

EL DÍA QUE TE CONOCÍ

EVA MAYRO

EL DÍA QUE TE CONOCÍ

Eva Mayro

Título: El día que te conocí. © Eva Mayro, 2023
Género de la obra: novela romántica juvenil.
Corrección: Raquel Rueda.
ISBN: 978-84-09-54970-2 DEPÓSITO LEGAL: DL SG 183-2023
Para que la obra goce de más realismo, el autor se ha tomado ciertas licencias sobre determinados lugares, tradiciones y hechos, para que así la trama goce de más realismo y se ajuste a la idea de ficción. Si las situaciones o personajes mencionados en la historia tienen parecido con personajes o situaciones de la realidad, será mera coincidencia y no voluntad de la autora. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación…) sin autorización previa y por escrito para que quede constancia del titular de la obra que se reserva, por ley, los derechos de autor. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual y contra la propia autora.

Para aquellas personas que empiezan un libro
en busca de una vía de escape… Buen viaje.

1

La mudanza

Las mudanzas pueden llegar a doler mucho. Tanto, que mis músculos se tensan generando una rigidez inmediata, dando paso a una serie de pinchazos ligeros. Y no por la cantidad de cajas, cajas y más cajas en las que he ido guardando mis pertenencias. Tampoco por el peso de estas cuando las he cargado hasta el coche de mi madre, con la que hace semanas solo discuto. Aunque más bien, soy yo la que contradice cada cosa, porque con ella es difícil pelear. Tampoco estoy así solo por despedir lo que he conocido hasta ahora como mi hogar, sino porque la intensidad de una ruptura en la adolescencia es sumamente dolorosa. Porque mi primera relación ha sido salvaje, apasionada y se ha incrustado en cada poro de una piel que solo él ha acariciado, tocado y besado, desde la más absoluta intimidad.

Permanezco tumbada en la cama del que ha sido durante estos años mi dormitorio, como si lo que Hero ha dicho no fuese conmigo. Como si no fuera a mí a la que acaba de arrancar el corazón para aplastarlo con sus propios dedos, dejándolo lleno de rasguños. Igual que cuando tiras de una tela y, sin esperarlo, las costuras se rompen; deshilachándose. Todas. Una tras otra. Hasta que no queda ninguna.

—Di algo. —Me pide, mientras se pasa la mano por el pelo.

Salta a la vista que está inquieto, pero eso no le hace perder ni un ápice de su atractivo. Es tan guapo que, a veces, me pregunto si le dolerá la cara por contener en un rostro tanta belleza. Percibo el olor de su ropa a pesar de que mantiene una distancia considerable. Sentado en la silla del escritorio, balancea uno de los pies con los brazos cruzados a la altura del pecho. Es algo que hace cuando se pone nervioso.

El cuello redondo del jersey deja a la vista las arterias superiores del tatuaje que se hizo hace cinco meses, en el centro del pecho: el boceto de un corazón a trazo fino, del que nace vida. Plantas como enredaderas que florecen a medida que salen a la superficie. Para Hero, una manera de marcar su propia identidad. Para mí, el camino hacia un futuro que ahora mismo se viste de color negro.

—No estoy para bromas. —Le sonrío desde la cama, con los brazos extendidos por detrás de la cabeza.

—Harper, hablo en serio.

Dos lágrimas descienden por sus mejillas hasta llegar a su marcado mentón, que se acentúa cuando aprieta la mandíbula. Trata de no apartar la mirada. Con la manga, quita la humedad que han dejado las gotas sobre la piel de su rostro, esforzándose por mantenerse entero. Por no caer al precipicio del sentimentalismo. Por sostener intacta la fachada de chico duro que no sufre por amor. Y yo me siento incapaz de aceptar la derrota, porque no quiero alejarme él, ni de sus caricias, ni de sus profundos ojos tan oscuros que parecen negros.

—Espera —ruego, intentando no perder los nervios—, ¿de verdad me estás dejando? ¿Por qué? ¿Por qué ahora?

Levanto la voz como nunca lo había hecho.

Y sí, confieso que me arrepiento al instante.

Yo no soy así.

No grito.

No pierdo los nervios.

No hablo de este modo a la gente que quiero.

—Te vas a Tacoma —murmulla.

Aprieta más los brazos sobre sí mismo, en una postura defensiva. Durante un momento, observo su expresión, donde la culpa encabeza la cumbre de sus emociones. Me cuesta creer que esté haciendo esto.

—Es temporal; —Le recuerdo—; solo hasta que acabe los estudios y encuentre trabajo.

Mi voz tiembla por los nervios.

—Y, ¿hasta entonces? Tacoma está lejos de Leavenworth. Harper… Son más de ciento cuarenta millas.

En eso tiene razón, aunque no me parece, ni de lejos, motivo suficiente para justificar lo que está haciendo. Por eso me levanto de la cama y voy hasta él sin saber muy bien qué decir. Jamás me he sentido tan mal ni perdida. Nunca me ha dolido el pecho de esta forma, porque hasta ahora no había pasado por ninguna ruptura. Porque no sabía lo que las relaciones podían doler. Ni el daño que ocasionan cuando no salen bien.

—¿Estás rompiendo conmigo por eso? De Tacoma a aquí hay, ¿cuánto? ¿Dos horas y media de viaje?

Cada vez me resulta más difícil no gritar.

Sujeta mi brazo intentando tranquilizarme, pero me alejo soltándome con un tirón.

—Apenas nos veríamos —añade con frialdad.

Es complicado pensar con claridad por la cercanía que hay entre nosotros. Su aliento al susurrar las últimas palabras me eriza el vello de la piel, algo que nunca puedo controlar. Pero la ira está ahí, patente; un sentimiento perturbador e irrefrenable, novedoso, con el que mis ganas de decir algo que le haga daño crecen. Y lo hago. Hago daño a la persona que quiero porque no sé cómo gestionar mis emociones.

—Podrías haberlo decidido antes de bajarme las bragas.

Me reprendo mentalmente por haber pronunciado esas palabras. Pero ya está. Ya las he dicho. Aunque desearía no haberlo hecho.

—Harper…

—¿Qué? ¡Lo hice contigo! —Es la segunda vez que alzo la voz de esta manera en tan solo unos segundos—. ¡Contigo!

—¿Puedes tranquilizarte? Me gustaría que termináramos bien.

No. No puedo.

Me tiro a sus brazos y lloro.

Soy la que pierde el sentido.

La que se siente usada, humillada y avergonzada por haber sido tan ingenua. Por haber creído cada una de sus palabras, los «te quiero» de la otra noche y las promesas que se han quedado en nada.

—¡Vete! —voceo—. No me toques.

A pesar de mi estado de nervios, me abraza desde atrás. Rodea con sus brazos mi pecho y acaricia mis hombros con las manos. Me derrumbo cuando pasa la yema de los dedos por mi mejilla. Todo lo que ha formado parte de mi vida se desmorona: primero mis padres, luego la casa, Leavenworth, también Hero…

Hero.

Hero.

Hero.

¿Cómo ha podido?

Los recuerdos de hace apenas un par de días me queman. Los besos, la ropa al caer, su erección haciéndose paso con suma delicadeza. Él, preso del deseo. Los tatuajes moviéndose en su piel. El calor. Yo, sintiéndome única en el mundo debajo de su cuerpo. Especial. Las cosquillas en el estómago. Los mágicos nervios de esa primera vez que nunca más va a volver a ser.

—Te quiero tanto, Harper, que no soporto la idea de que te marches.

—Entonces, no lo hagas —ruego, tocando la pulsera trenzada que rodea mi muñeca. La que me dio el día que nos conocimos. Esa que nunca me he quitado desde que nos encontramos el año antes de comenzar el grado—. Cuando acabe los estudios conseguiré trabajo, volveré aquí y todo será como siempre. Todo.

Me pongo de puntillas para esconder el rostro en su hombro. Sin saber qué más decir para convencerle de que no tire la toalla conmigo.

—¿Y si nunca vuelve a serlo?

Su pregunta me duele.

Veo la duda en sus ojos.

Las inseguridades.

El miedo.

—¿Y si te equivocas y todo sale bien?

Contraataco con la esperanza de convencerlo.

—Si me equivoco… Imagino que el futuro encontrará la forma de unirnos.

—¿Y si no lo hace? Me conoces, Hero. Los «Y si», no van conmigo.

Besa mi cabeza antes de coger el abrigo, como si nada de lo que he dicho importase.

—Lo siento.

Cabizbajo, mete los brazos en la parka con forro de sherpa que le regalé con las propinas que gané el año pasado, ayudando a mi madre en el negocio familiar, *Moore Decorations*: decoración de interiores y exteriores en casas, comercios y eventos, desde hace tres generaciones. En Halloween y Navidad, hubo tanto trabajo que tuve que encargarme de la tienda mientras mi madre hacía las ambientaciones y los escaparates de los particulares.

Me cuesta un mundo que las palabras salgan de mi boca.

—Si te marchas ahora, lo que tenemos se acaba para siempre. No podré perdonarte.

Se detiene antes de salir de la habitación, buscando en mí alguna señal que indique esperanza. Decidido y confundido a partes iguales.

—Espero que, si un día vuelves a Leavenworth, logres hacerlo.

Solo tengo una oportunidad antes de que nos separemos. Voy hacia él mientras el sentido común me abandona, nuestras miradas se encuentran y mis labios impactan contra los suyos. Saben a sal debido a las lágrimas.

—¡Harper, cariño! —Mi madre toca el claxon repetidas veces—. ¡Tenemos que irnos!

El momento se rompe, como yo.

Levanto la vista para mirarlo a los ojos e inspiro hondo antes de empujarlo y salir corriendo hasta la calle.

Sin que me importe lo que piense Anne de mí en un momento como este, me pongo el cinturón cuando subo al coche y bajo la ventanilla según arranca. Hero cierra la puerta de lo que he conocido hasta ahora como mi casa y se apresura hasta el vehículo.

—Vámonos, por favor —ruego.

El coche se pone en marcha.

Él aumenta el paso, pero se detiene, confuso. Luego corre intentando alcanzarnos, pero ya es tarde. Golpea una piedra con el pie antes de llevarse las manos a la cabeza.

Rompo en llanto y tiro su pulsera por la ventanilla.

—¡Maldito seas, Hero! ¡Ojalá no te hubiera conocido nunca!

2

Próximo destino: North End

Me preparo para uno de los discursos conciliadores de mi madre. Anne Moore podría haber sido monitora de yoga o pilates, experta en charlas motivacionales, mentora o cualquier otra actividad relacionada con una actitud entusiasta, sana y respetuosa. Pero se empeñó en mantener en pie la tienda familiar a base de ofrecer nuevos servicios.

—Cariño…

Da el intermitente para salir de la rotonda.

—Ahora no, mamá.

Desvío la vista a través del cristal.

Voy a echar mucho de menos Leavenworth.

—Sé que los cambios asustan, sin embargo, a veces son necesarios.

—Este no me lo parece.

Se contiene al oírme, escogiendo con cuidado las próximas palabras. Anne casi siempre actúa así; desde la serenidad y la calma. Y digo, «casi siempre», porque estas últimas semanas no se lo he puesto nada fácil. Me he portado tan mal con ella que en más de una ocasión he conseguido que perdiera la paciencia, algo de lo que no me siento orgullosa. Aunque tampoco me arrepiento. Odio que me obligue a vivir en Tacoma con mi padre. Odio que me saque del grado de finanzas y contabilidad a pocos meses de los finales. Y odio que me separe de Eli, mi única amiga de verdad. La idea de tener que empezar de cero o que me haya separado de Hero me parece detestable.

—Ya lo hemos hablado. —Se detiene ante una señal de stop más tiempo del necesario, buscando desesperadamente mi comprensión—. En Tacoma tendrás más oportunidades que aquí. Conocerás gente nueva y podrás centrarte en los estudios, sin distracciones. Sé que ahora te parece un mundo… Pero con los años entenderás que papá y yo lo hacemos por ti.

—No, mamá; tú eres la que hablas y decides por mí, no papá.

Sin entrar en mi provocación, arranca. Continúa con su perorata como si no hubiese oído lo que he dicho.

—Tacoma te va a gustar. Tendrás una habitación enorme y tu padre se encargará de que retomes las clases sin que te afecte el cambio.

—¿Desapareciendo como hizo hace años? —Sus ojos se enrojecen y me arrepiento muchísimo de haber pronunciado esas palabras en alto—. Lo siento. No quería decir eso.

Sorbe por la nariz, al tiempo que se recompone.

—Papá no desapareció, cariño. La separación fue dura para todos. En ese momento hicimos lo que era lo mejor.

—Siempre le defiendes.

—A ti también, Harper. Lo eres todo para mí.

—Entonces, ¿por qué quieres que me vaya? ¿Por qué no puedo seguir contigo? ¿Acaso te estorbo? ¿Me he vuelto una carga para ti?

Me quedo mirándola, deseando que dé la vuelta para volver a casa.

—No, cariño. Nunca has sido una carga ni para tu padre ni para mí. —Inspira en profundidad —. Tacoma puede abrirte muchas puertas cuando termines el grado. Tendrás un futuro mejor, ¿lo entiendes? Un futuro que incluso podrás crearlo y moldearlo a tu gusto. Ser lo que quieras, ¿entiendes?

Dejo escapar un largo suspiro.

Diga lo que diga, Anne Moore no va a cambiar de opinión. Lleva semanas repitiendo lo mismo: «tendrás más oportunidades», «conocerás gente nueva», «podrás centrarte», «la tienda dejará de ser una distracción».

Al ver que no digo nada, continúa:

—Podrás elegir tu vida. Quién quieres ser.

Y esas palabras sí duelen. Sí se clavan. Porque, aunque Anne Moore parezca la mujer más feliz del mundo, no lo es. Al menos, no desde que mi padre se marchó de Leavenworth.

—Quiero a Hero —intento sonar entera, pero cuesta—, y acaba de dejarme. Dice que no está preparado para una relación a distancia. ¿Por qué tengo la sensación de que lo que conozco como mi vida se desmorona? ¿Por qué siento que me ahogo? Todo lo que quiero se aleja como un alfiler cuando se escurre entre los dedos… Resulta imposible agarrarlo antes de caer al suelo.

Da el intermitente para coger un camino que se ve desde donde estamos, antes de detener el coche:

—Ven aquí —pide, extendiendo los brazos hacia mí.

Me dejo caer en su pecho, permitiendo que el contacto con mi madre me reconforte.

—Siento que Hero y tú no hayáis acabado bien.

Sé que lo dice de verdad. Sé que, por dentro, ella también está sufriendo al verme mal. Y sé que, en parte, piensa que lo que ha pasado es cosa suya por obligarme a ir a Tacoma.

—No es culpa tuya, mamá. Aunque eso no hace que escueza menos.

Siempre había creído que el amor era algo tan idealizado como innecesario. Un invento sobrevalorado por la población dependiente que necesitaba poner nombre a un sentimiento, para justificar las colectivas huidas de la sociedad frente a la soledad. Hasta que me crucé con Hero y mis hormonas se revolucionaron. Hasta que las cosquillas del estómago comenzaron a robarme el sueño por la noche. Y, entonces, me di cuenta de por qué todo el mundo lo ansía, lo busca, lo quiere. Entendí por qué los enamorados parecen a todas horas tan felices. Pero ahora, reflexionando sobre el sufrimiento que me ha causado, me pregunto si de verdad me ha querido. O si solo he sido un pasatiempo para amenizar sus años lectivos. Lo cierto es que desde que se fue mi padre siento esa falta de apego con todo el mundo. Inseguridad, creo. Me cuesta creer que alguien pueda quererme, porque mi padre me dejó aquí… Mientras él hacía su vida en Tacoma. Su nueva y exitosa vida, con su perfecta casa, su perfecto negocio y su perfecta mujer. Y ahí, como es de esperar, no entraba una niña inquieta y curiosa como yo.

—Eso que ni se te pase por la cabeza —avisa, como si me hubiera leído el pensamiento—. Todo el que te conoce te quiere.

Me limpio las lágrimas y dejo que bese mi cabeza.

—Gracias, mamá.

Cuando retomamos la marcha, recibo un mensaje de Eli donde se disculpa por no haber podido venir a despedirse. Por lo visto, acaba de terminar la reunión que tenía con el periódico local.

—¿Quién te escribe?

—Eli. Ha estado ocupada con una de las extraescolares.

—¿A cuántas se apuntó? Su madre estuvo en la tienda hace poco.

—A tres, creo. —Observo las líneas de la carretera con la frente apoyada sobre la ventanilla —. Me habría gustado despedirme de ella, pero no ha podido acercarse.

—Elizabeth es una buena chica. Ya verás, esto no cambiará nada entre vosotras.

—Eso espero. Está muy entusiasmada con el nuevo curso. Se esfuerza como nadie.

Tecleo un mensaje rápido contándole lo que ha pasado con Hero, pero antes de que pueda enviarlo se me apaga el teléfono, delante de mis narices.

A la mierda la batería.

—Mamá…

—Dime, cariño.

—No me abandones.

Me quedo dormida con el ceño arrugado, con el sabor agridulce de mi ruptura con Hero y triste porque no he podido despedirme de Eli.

3

North End

Nos adentramos en un barrio tranquilo de Tacoma. Las casas son grandes, se encuentran rodeadas de zonas verdes y las fachadas victorianas me parecen preciosas. Al principio me he asustado con la magnitud de la ciudad, pero esta zona está mejor. Muchísimo mejor.

—Es aquí.

Noto un hormigueo entre los dedos cuando el coche se detiene. No me había dado cuenta hasta ahora de lo nerviosa que estaba.

—¿Eso?

Señalo una casa pequeña de madera. Diminuta en comparación con las demás. La risa de mi madre es fresca. Sus carcajadas me recuerdan a las de los niños pequeños: inocentes y contagiosas.

—¿Qué te resulta tan divertido? —pregunto molesta, porque la situación no me hace ninguna gracia. Por eso, y porque no entiendo nada.

—Eso es el cobertizo —explica cuando consigue parar de reír—. Los únicos trastos que viven ahí son las herramientas de bricolaje de tu padre. Es todo un manitas. De pequeña adorabas pasar las tardes con él. ¿Te acuerdas?

Sonrío al pensar en esos momentos, aunque al mismo tiempo me invade la pena. ¿Cómo podría olvidarlos? Habría dado cualquier cosa por volver a ellos.

—Eso de que es un manitas… Tardó dos semanas en hacer la casa árbol.

Los ojos de mi madre brillan cuando hace memoria.

—Le perseguías a todas partes desde bien pequeña. Es más, los primeros pasos los diste con él. Erais inseparables, cariño, uña y carne.

Miro de nuevo por la ventana, volviendo a la realidad, a una en la que mi padre no está. Al menos, no como un buen ejemplo de figura paterna. No desde que se fue.

Cambio de tema, señalando con el dedo la construcción victoriana.

—Es enorme.

—Lo es. Voy a por tu maleta.

Me dejo caer contra el respaldo del coche mientras trago saliva, reprimiendo las ganas de llorar. Sin quererlo, imagino cómo habría sido criarme en esta casa. En esta ciudad. En este barrio donde parece que predomina la calma. Con mamá y papá juntos. Mamá, papá y yo.

—¡Anne!

Mi padre sale de su impresionante casa con las manos en los bolsillos. Parece tan nervioso como ella. Miro con disimulo cómo se abrazan por el espejo del retrovisor. Es un gesto que dura poco, pero lo suficiente intenso como para que la mujer que espera a unos pasos de él se remueva un poco nerviosa. La reconozco enseguida.

—Cariño —abre la puerta del copiloto—, tu padre y su mujer están esperando.

—Qué bien —farfullo.

La fresca brisa es lo único que me anima cuando salgo del coche. Me gustaría gritar a mi padre miles de cosas, echarle en cara todo lo que me he callado este tiempo. Quiero decirle que

hablar por teléfono dos veces al año no llena ni uno de los huecos que dejó con su ausencia. Que las Navidades con su silla vacía me hacían llorar cada año. Y que, en clase, a veces se metían conmigo porque mis padres se habían separado. Sin embargo, me callo. No sé si guardo silencio por mi madre, por la mujer que espera notablemente nerviosa al lado de mi padre o por mí, pero imagino que montar un número el día de mi llegada solo empeoraría las cosas.

—Hija —Robin carraspea, intentando disimular el temblor de su voz—, cómo has crecido. Eres… Toda una mujer.

«Si no te hubieras ido, me habrías visto crecer».

Tengo que morderme la lengua para no decir nada inapropiado en alto.

—Bonita casa —respondo sin demasiado entusiasmo. Tiro del asa de la maleta—. ¿Mi habitación?

Anne abre mucho los ojos, sorprendida por mi falta de tacto. Y no le falta razón, estoy siendo una maleducada con todos. Al menos, ellas no se lo merecen.

—Es la del balcón orientado hacia la bahía —dice, agarrada al brazo de mi padre—, supuse que te gustaría. Las vistas son extraordinarias, pero puedes elegir otra si lo prefieres.

Me sorprende su amabilidad, y que haya sido ella quien ha elegido mi dormitorio en vez de Robin. Ni siquiera en eso ha sido capaz de implicarse.

—Gracias, señora Stone.

Pronuncio el apellido que ha adoptado al casarse con mi padre con amargura.

—Para la familia, soy Olivia.

4

Olivia y mi padre nos acompañan hasta la habitación que voy a ocupar a partir de ahora. Anne me ayuda a deshacer la maleta cuando nos dejan solas y empezamos a colocar la ropa en el vestidor. Lo único que me gusta es tener baño propio, además de un balcón maravilloso con vistas al mar. Dejo sobre el escritorio de madera mi cuaderno de dibujos, al lado los lapiceros de grafito.

—Estarás bien.

Sé que está haciendo un esfuerzo titánico para no derrumbarse ahora. Por eso se entretiene sacando prendas de la maleta que estira y dobla antes de colocar en las baldas del armario.

—Eso espero.

—Te voy a echar tantísimo de menos… Llámame siempre que lo necesites, ¿de acuerdo?

Asiento, tragando el nudo de emociones.

—Mamá, sé sincera conmigo… ¿Cuándo podré volver a casa?

Me resulta muy difícil contener las lágrimas.

—Cariño, lo importante es que te centres en los estudios. Leavenworth siempre va a ser tu hogar. —Limpia mis mejillas con los pulgares—. Da una oportunidad a tu padre, ¿vale? Él te ama. Eso no ha cambiado, ni lo hará nunca. Eres su niña, nadie puede cambiar eso.

—Entonces, ¿por qué nos abandonó? ¿Por qué, mamá? ¿Qué le hice yo? ¿O tú? Es que no logro entenderlo.

Tapo mi cara con las mangas.

—Nada. Solo eras una niña que vivió la separación de sus padres a una edad temprana. Además, eres clavadita a mí —ríe con un atisbo de amargura. Como si la atormentase la idea de que yo me parezca a ella.

—Te quiero, mamá.

—Y yo a ti. —Inspira en profundidad—. Solo hago lo que creo que es mejor para ti.

Mi madre se va con los ojos rojos, cerrando con suavidad la puerta de la que será a partir de ahora mi habitación. Sin saber qué hacer cuando me encuentro sola en el cuarto, decido ponerme ropa de estar por casa: unos calcetines gordos, el pijama y una coleta alta. Antes de esconderme bajo las gruesas mantas que cubren mi cama, miro el teléfono. Ni un mensaje de Hero. Tampoco de Eli.

«Esto va a ser bastante más difícil de lo que esperaba».

5

Primera semana de clase

No es que mis compañeros explotaran de felicidad durante el recibimiento, pero, al menos, no me sentí tan sola como había imaginado. Emily, Bethany y Sophie se sentaron a mi lado cuando hicimos el cambio de aula a otra asignatura. Más tarde, me invitaron a comer en la cafetería del campus. Desde entonces voy con ellas a todas partes como una más del grupo. Me gusta la sensación de sentirme integrada. Y lo mejor es que las tres me caen bien. Emily es muy natural. Dice todo lo que se le pasa por la cabeza sin importarle quién esté delante. Suele vestir a la última, aunque me he dado cuenta de que su marca personal se resume en lo siguiente: mallas ajustadas, chaqueta vaquera y usar solo zapatillas de marca. En cuanto a Bethany, es una chica que sonríe todo el tiempo. Tiene los dientes tan blancos y alineados que parece que lleve carillas de porcelana. Son perfectos. Sophie, a diferencia de Emily o Bethany, es un poco introvertida y me da la impresión de que huye de las multitudes.

—¿Café?

Bethany se lleva la taza a los labios.

—Más tarde —dice Sophie.

Saca un libro de planes generales de contabilidad gordísimo. Me pregunto cuántas vidas necesitaría yo para acabar un tomo de esa dimensión.

—Solo —responde Emily.

Después me miran a mí.

—Sí, claro. Con leche.

La puerta de la cafetería se abre con estruendo. Dos chicos altos y rubios que son casi idénticos, con el pelo rizado, irrumpen en nuestra mesa. Van con el uniforme de *rugby* de la universidad y uno de ellos tiene el pelo algo más claro y espeso.

—¡Los hermanos Bennet! —saluda Emily.

Se nota por el tono que tiene confianza con ellos.

—¿Y tú quién eres? —pregunta el del pelo más oscuro, mientras su hermano pasa de largo para sentarse entre Bethany y Sophie.

—Harper.

Me observa más cerca de lo que me gustaría, en silencio.

—¡No la atosigues! —Emily le da en el brazo con complicidad—. Ellos son Brad y Seth. Hermanos gemelos, por si no te habías dado cuenta. Juegan en el equipo de fútbol de la uni. Seth es mucho mejor que Brad, todo hay que decirlo.

Me muerdo la lengua para no reírme tras ver la cara que pone el que tiene el pelo más oscuro, ofendido por no ser el mejor del equipo y dándome, al fin, un poco de espacio.

—¿Cómo es que no te había visto por aquí?

Brad me mira como miraría un gato a una sardina.

—¡Cuánto interés de repente! No seas cotilla.

—Métete en lo tuyo, Bethany.

Empiezan a tirarse bolas diminutas que hacen con una de las servilletas. Cuando se cansan de

jugar, respondo a su pregunta:

—Me he mudado hace poco.

Va a preguntar otra cosa, pero Emily se adelanta cuando la puerta se abre de nuevo.

—¡Keanu!

Levanta la mano para que nos vea el chico de rostro alargado, nariz puntiaguda y labios finos que carga con una mochila marrón tierra. La forma de sus ojos es más rasgada que la nuestra, pero ese rasgo no le hace para nada menos atractivo. Parece un chico sencillo, seguramente más educado que cualquiera de los hermanos.

—Keanu es japonés. Sus padres vinieron a Tacoma por trabajo cuando era un crío.

Emily habla bajo, como si las raíces del joven fuesen secreto de Estado. Keanu inclina la cabeza para saludarme y es Bethany la que se encarga de hacer las presentaciones, quitándose de la silla para que él se coloque al lado de Sophie. La camarera se acerca con la típica libreta de hojas rectangulares.

—Uno solo, ella con leche… ¿Queréis algo? —pregunta Bethany, mirando hacia Brad.

—Yo tomaré una cerveza. ¿Tú, Seth?

—Otra, pero sin alcohol. Conduzco a la vuelta.

Su voz es gélida como el hielo. Me levanto cuando Brad pone una mano sobre mi hombro, sin disimular mi desagrado por su licencia. La gente que se toma esas confianzas a la ligera me pone nerviosa. Carraspeo cuando alejo mi silla de la suya. Su hermano, en cambio, parece no haberse percatado de mi existencia. Y paso todavía más desapercibida cuando una de las animadoras del equipo aparece de no sé dónde, como un vendaval, y se sienta sobre sus piernas.

—¡Seth, estás aquí!

La risa de la chica retumba en toda la cafetería. Por los aires que trae, supongo que es la cabecilla de las *cheerleaders.* Intenta morder los labios a Seth, este la esquiva echándose hacia atrás.

—¡Hostia! ¿Seth Bennet acaba de hacer una cobra a la capitana del equipo de animadoras? —Emily se regodea en su asiento—. Lilly, ¿conoces a Harper?

La tal Lilly me mira de reojo.

Mal.

Empezamos mal.

—Hola.

Sin ningún interés, se gira de nuevo hacia Seth.

Intento responder con la misma indiferencia que ella.

—Hola.

—Se nota que es la alegría del huerto.

Se me escapa una carcajada con el comentario de Emily. La tal Lilly, en cambio, me mira como si mi mera presencia ya fuese una molestia.

6

Una hora más tarde, Sophie y Keanu se marchan a la biblioteca para leer unos tomos más gordos, todavía, que el que he visto antes de planes generales de contabilidad. Les despido con la mano. Mientras, Lilly se separa de Seth a regañadientes porque tiene que ensayar con el equipo los bailes que harán en el partido el próximo viernes. Brad también se va, ha quedado con una chica del campus, una con grandes tetas y el culo en su sitio... O eso dice él, una y otra vez, como si no hubiera nada más importante que el aspecto físico. Por un momento llego a pensar que estaba mucho más cómoda antes de que los hermanos Bennet aparecieran. Echo de menos a mi amiga y a Hero. Acordarme de ellos me causa tristeza, pero como tenemos la absurda costumbre de no mostrarnos vulnerables, intento disimular el bajón dando vueltas al café.

—Mierda.

Me doy cuenta de que he salpicado el jersey. Nadie parece reparar en mí cuando voy al baño de la cafetería para limpiarlo con jabón y agua. Aunque solo consigo empeorar las manchas cuando las pequeñas gotas se expanden más y más. Tengo que frotar mucho para que desaparezcan.

Toqueteo la prenda cuando quedo satisfecha y la estiro esperando que no tarde mucho en secarse el agua. Cuando regreso a la mesa, retuerzo los dedos al ver, a través de la cristalera, a Bethany y Emily corriendo hacia la parada del bus.

«¿Qué narices?».

«¡Lo voy a perder!».

—Era el último.

Seth me habla por primera vez, justo cuando las chicas desaparecen de nuestra vista.

—¿Qué?

Me giro hacia él.

Está detrás de mí, de pie.

Y aunque para la mayoría sea físicamente igual que su hermano, no sé por qué, siento que yo jamás les confundiría. Observo su nariz, que es un poco más estrecha que la de Brad. Y el pelo. Sí… Su pelo también es distinto.

—El autobús —Señala—. A veces pasa otro a las ocho, pero… Solo a veces.

—¿A las ocho?

Meto el jersey en la mochila que uso para la universidad y me pongo la chaqueta que he traído encima de la camiseta de tirantes. Sin decirle nada, salgo de la cafetería. Seth me pisa los talones por alguna razón que desconozco. Para resguardarme del aire, cruzo los brazos y agacho la cabeza mientras camino pensando en las opciones que tengo: llamar a un taxi o a mi padre. Ninguna me gusta, pero es lo que hay.

—¿Por qué zona vives?

Estoy tentada de contestar que a él qué le importa, cuando le veo sacar de la bolsa de deporte una sudadera. Me la lanza dando por hecho que voy a ponérmela.

—No, gracias.

Se la devuelvo.

Seth vuelve a dármela.

—Póntela, está limpia.

«Anda… Ahora sí me habla».

Antes me ignoraba y ahora se comporta con amabilidad, ¿quién entiende a este chico? Me gustaría decirle que no hace falta, que no necesito nada suyo para entrar en calor, pero sin el jersey a estas horas estoy helada de frío.

—En North End.

Me quito la chaqueta antes de ponerme su ropa. La sudadera es enorme, pero abriga y huele de maravilla.

—Te queda bien.

—Ja —contesto con ironía—. Qué sentido del humor, Bennet.

Una sonrisa canalla asoma por su comisura.

—Puedo llevarte.

Tengo uno de esos debates mentales que suelo tener conmigo misma cuando me cuesta gestionar mis emociones.

«¿Cree que voy a subirme a un coche con él?».

«Técnicamente, no le conozco».

«No. Me reafirmo… No le conozco».

—No pienso subir a tu coche.

Seth arruga la frente.

Seguro que no está acostumbrado a que las chicas le den calabazas, ni a que le desobedezcan. Pero yo no soy una de esas animadoras… Yo soy… Simplemente yo.

—Harper, intento ser amable. Hace un frío de mil demonios y si caminas desde aquí a North End, morirás congelada y yo me sentiré muy responsable de tu muerte.

No sé si eso ha sido un intento de broma, pero me gusta que se haya acordado de mi nombre. También su voz. Es suave, lo contrario a la de Hero. Maldito Hero. Se moriría de celos si me viese con un chico como Seth.

Acordarme de él me enfurece tanto que lo único que quiero en este momento es hacer cosas que le fastidien, aunque no vaya a verme. Y subir al coche de un desconocido es algo que le molestaría lo suficiente como para provocar una reacción en él.

«Claro que le molestaría… Sí».

«Y se pondría celoso. Eso también».

«Quizá no sea tan mala idea aceptar la invitación».

—Está bien —Levanto la cabeza para mirar a Seth—. Llévame a casa.

7

Apenas llevo unos minutos en el coche y ya tengo claro que este chico es un completo cabezota.

—¿Puedes no subir más la calefacción?

—Es por ti.

—Te he dicho que estoy bien. Vas a asarme como a un pollo.

—Vale, pero deja de marear con devolverme la sudadera.

—Es tuya. ¿Para qué la quiero yo?

Me hace gracia cómo echa el aire por la boca, exasperado. Con una mano en el volante y otra en la prenda, se estira para agarrar las mangas y ponérmela.

—Sí, es mía. Pero no hace falta que vayas en tirantes a tu casa. La chaqueta que llevas es una mierda. No abriga lo suficiente.

«¿Acaba de decir que es una mierda mi chaqueta?».

Le pellizco en el abdomen.

—¡Ay!

—Seth, es insoportable lo políticamente correcto que eres. No quiero tu maldita sudadera.

—Solo soy educado.

Vuelvo los ojos y le imito con un tono pueril.

—Solo soy educado…

Pasa de mí, de mi burla y de entrar al trapo. Él se centra en la carretera y yo desbloqueo mi teléfono. Bajo el volumen de la radio, esperando oír los tonos de la llamada. Hero lo coge enseguida. Si algo me gustó de él cuando lo conocí es que va de cara. No huye de los miedos ni de los problemas, prefiere enfrentarlos de frente y sabía que, ahora, conmigo, no iba a ser diferente. Aunque bueno, yo no soy un problema. Ni un miedo. Soy su ex, y ya está, ¿no?

—Harper.

Su tono me despista. Suena seco, cortante, pero a la vez aprecio un leve temblor que desenmascara su fachada de chico duro que no sufre por amor, dándome el impulso que necesito para mantener mi voz a raya.

—¿Cómo estás, Hero?

Se hace un silencio incómodo entre nosotros.

—¿Quieres que sea sincero?

—Eso siempre.

—En ese caso… Jodido a ratos.

—Vaya… Lo siento, eh. Yo bien, la verdad.

«Me va a crecer la nariz por mentirosa».

—Ah, ¿sí?

Noto la sorpresa en su voz.

—Sí. Bueno, solo quería saber qué tal te iba. Tengo que colgar.

Subo la música sin terminar la llamada. Seth me mira de reojo mientras Hero maldice al otro lado de la línea.

—¿Dónde estás?

—Seth, es esta calle que sale a la derecha. Cuidado con el badén.

Sé que Hero ha oído el nombre de Seth, también que ha escuchado lo suficiente como para

deducir que estoy a solas con un desconocido dentro de un coche. Como era de esperar, pierde los nervios:

—Harper, ¿con quién estás? ¿Quién cojones es Seth?

Sin alterarme, me acerco el micrófono a los labios.

—Un compañero.

—Venga ya. ¿En serio? ¿Un compañero?

—Eso he dicho. He perdido el bus y se ha ofrecido a llevarme a casa. Es un chico muy… Educado.

Intuyo, por lo que oigo al otro lado del teléfono, que ha debido estampar algo contra la pared o el suelo. Algo que, sin duda, se ha convertido en miles de pedazos.

Quizá no esté bien lo que siento, pero me alegro de la reacción que está teniendo. De que haya enloquecido al imaginarme a solas con otro que no sea él. De que destroce todo lo que tenga a su alrededor, como hizo al cortar conmigo. Porque siento un alivio enorme al haber comprobado que todavía le importo, aunque sea un poco. O quizá esté confundiendo sus sentimientos… Puede que lo que siente se deba a algo diferente, porque el tono que usa a continuación me hace tanto daño que no sé si voy a ser capaz de no romper en llanto.

—¿Sabes, Harper? No esperaba que Tacoma fuese a cambiarte de esta forma. Ni tan deprisa.

No estoy acostumbrada a que se dirija a mí así, ni a que me hable desde la rabia. Me veo a mí en él, porque es un chico lleno de dolor que sufre por no saber gestionar sus emociones. Pero mi empatía no está por la labor de colaborar en este momento, porque la única realidad es que, cuando nos enfadamos, decimos cosas sumamente hirientes. Y eso es lo que estamos haciendo.

—Tacoma no ha cambiado nada, Hero. Lo has hecho tú al darme la patada.

Sin más, cuelgo.

«Definitivamente, este no va a ser mi año».

Cojo aire intentando recomponerme, mientras Seth atrapa con la yema del pulgar una lágrima que se desliza por mi mejilla. Lo curioso de esto es que ni siquiera he sido consciente hasta este mismo momento de que estaba llorando. Y tampoco estoy segura de que el único motivo de mi llanto sea Hero. En realidad, creo que lo que más me atormenta es no tener ni idea de qué estoy haciendo ni de hacia dónde voy a encaminar mi futuro. Eso, y que la idea de estar sin él, sin mi mejor amiga y lejos de mi madre, me destroza.

En cuanto detiene el coche, abro la puerta para salir. El frío se mete de golpe en el interior, pero en este momento ni siquiera me importa.

—Gracias por traerme.

—Harper…

Tira con suavidad de mi brazo, impidiendo que me marche. De nuevo en el asiento, se inclina por delante de mí para cerrar la puerta. El calor vuelve al interior del coche, reconfortante.

—Tengo que irme.

Se dirige a mí en un tono calmado, mientras acaricia con suavidad mi mano.

—¿Qué te pasa?

Intento abrir la puerta, pero vuelve a cerrarla.

—Abre.

Sus dedos entrelazan los míos con determinación.

—No hasta que me cuentes lo que ocurre.

No sé si me está vacilando o si de verdad necesita saber qué me pasa, pero sentir sus dedos sobre mi piel me pone nerviosa. Hace que todo mi cuerpo tiemble. Como cuando sientes mariposas en el estómago, pero multiplicado por cien.

—Me dejó el día que me fui de Leavenworth, fin de la historia.

Sus ojos se encuentran con los míos cuando retira la mano de la puerta. La confusión aparece en su rostro, como si no entendiera que alguien pudiera haberme dejado por algo tan absurdo. De repente, tira de mí hacia él, para abrazarme. Pero el contacto dura poco; se aparta enseguida y lo que dice después se me graba a fuego.

—Todos merecemos a alguien que, aunque se muera de miedo por perdernos, se quede a nuestro lado. No deberías conformarte con menos.

Salgo del coche sin saber muy bien cómo procesar esas palabras. Él baja la ventanilla cuando me acerco al cristal.

—Tienes razón, pero no sé cómo hacerlo. Olvidarme de él, digo.

—Tiempo.

—Ya. Gracias.

—Hazme caso, lo único que necesitas es eso. ¿Nos vemos el viernes en el partido?

El cambio de tema me pilla desprevenida.

—¿Qué?

—El partido de la uni. Juego al *rugby*, ¿recuerdas?

—¿Van las chicas?

—Supongo.

Se queda observando, a la espera de mi contestación.

—Lo pensaré.

—Es a las seis —dice, antes de subir la ventanilla y marcharse.

8

Cuando entro en casa, Olivia está sentada en el sofá leyendo una revista. Parece mucho más joven con el pelo recogido y las gafas de lectura. Todavía no sé muy bien cómo comportarme cuando estoy con ella, por eso decido irme a la habitación antes de que me vea.

—Qué bien que hayas venido, llegas justo para cenar.

«Mierda… Me ha visto».

—Fantástico.

Enseño los dientes como hace Bethany. No me apetece en absoluto cenar en «familia» cuando desde hace años no sé lo que es eso.

—Tu padre ha hecho costillas.

Robin aparece en el gran salón con un delantal de cuadros. Aún no me he acostumbrado a las magnitudes de esta casa victoriana, amueblada con la mejor madera, con los mejores azulejos, con la encimera de mármol y los sillones de piel. Nada que ver con la pequeña y envejecida casa de mi madre en Leavenworth…

—¡Recién sacadas del horno!

Apoya la humeante bandeja sobre una base de madera que ha colocado su mujer en el centro de la mesa.

—Robin Stone hace las mejores costillas del mundo.

Le besa en la mejilla después de dejar las gafas en el reposabrazos.

—No tengo mucha hambre.

—Eso es hasta que pruebes la primera, luego no podrás parar. ¿Qué tal si os vais sentando? Yo me encargo de traer el resto.

Incómoda, elijo la silla que más lejos está de mi padre.

Llevo toda la semana evitándole.

—¿Qué tal las clases?

—Bien.

Ni siquiera soy capaz de mirarle al responder.

—¿Y con las chicas? Tu profesor de estadística me ha contado que estás integrándote muy bien. Me alegra que hagas amigas nuevas.

—¿Has hablado con mi tutor?

Levanto la voz. Estos días lo hago con demasiada frecuencia, y no me gusta en absoluto.

—Lo siento. No pensé que fuera a molestarte.

Arrastro la silla para ponerme de pie.

—Creo que no voy a cenar, de verdad que no tengo hambre.

Choco con Olivia al darme la vuelta.

Ni siquiera la he oído acercarse.

—¿Pasa algo?

Mi mirada vuela hasta mi padre, que permanece inmóvil en su asiento. Al principio creo que lo mejor es irme a mi habitación sin discutir, pero luego recuerdo lo mal que lo he pasado de pequeña y los reproches salen de mi boca uno tras otro.

—Esperaba que esto fuese diferente. Hasta he llegado a pensar que te esforzabas porque nuestra relación se pareciera a la de antes, por recuperar el tiempo perdido. Pero prefieres —le

señalo con rabia— preguntar a los demás por mí antes que hablar conmigo.

La cara de Robin está desencajada.

—Hija, eso no es así.

—¡Has ido a hablar con el señor Johnson, papá! Ni siquiera me has preguntado en el tiempo que llevo aquí por mi adaptación, por mis nuevas amigas o, no sé, por las clases.

—¿Colin Johnson?

Olivia coloca una mano sobre mi hombro, para que me tranquilice.

—Sí. Es mi tutor.

—Harper, cielo… El señor Johnson es amigo de tu padre.

—Ah, ¿sí?

Miro a Olivia.

Luego a Robin.

—Jugábamos al fútbol con los chicos del barrio, en Leavenworth. Con el tiempo nos hicimos amigos, pero no sabía que daba clases en Tacoma hasta que fui a informarme antes de que presentaras la matrícula.

—¿El señor Johnson no es mucho más joven que tú?

—Doce años, pero desde bien chico era un buen defensa. Vino a casa esta tarde, aunque no para hablar de ti —Me observa con dulzura—. Me ha ayudado a montar los muebles que he hecho para tu terraza y, divagando de todo un poco, dijo que te veía bien con Emily, Bethany y Sophie. Eso, y que te habías adaptado al ritmo del temario sin ninguna dificultad.

—En ese caso, lo siento.

Me siento mal por cómo le he hablado, también por lo que he dicho. Lo único que se me ocurre, además de disculparme, es volver a tomar asiento.

—¿Quién quiere costillas?

Olivia hace la pregunta con voz cantarina, como si la discusión se pudiera tapar con el olor de la carne mientras sirve la cena. Huelen bien. Son tiernas y la salsa baña la piel tostada por el horno. De vez en cuando, levanto la cabeza para mirarlos. Contengo el aliento cuando Robin besa en la mejilla a su mujer, en una muestra de afecto y cariño. Si no fuese mi padre, me parecería que hacen una pareja perfecta, pero en el fondo no puedo olvidar que hace años también estaba así con mi madre. Hasta que se fue. Y entonces, mi mundo cambió. Mi vida, mi ánimo, mis rutinas. Dejé de ser la niña más feliz de la tierra para convertirme en un manojo de inseguridades, miedos y nervios. Porque nadie me había preparado para eso. Y tampoco nadie me dijo que después de su marcha podía empezar a generalizar el no sentirme amada, temor a desarrollar un apego profundo o que desde tan pequeña cuestionase mi propio valor como persona. Porque a esa edad no se entiende que papá no duerma en casa, que papá no bese mi frente al despertar, que papá no juegue más conmigo en la casa árbol, que papá no esté en Navidad ni en el cumpleaños de mamá.

9

Veinte minutos después, no queda nada sobre la bandeja.

—Los dos tardaremos menos.

Mi padre insiste en recoger, pero Olivia se niega.

—Robin, siéntate. Yo me encargo.

Cruzan una mirada significativa que no me pasa desapercibida. Y cuando mi padre apoya pensativo los dedos sobre su mentón, tengo claro que quiere hablar conmigo. Su mujer desaparece con los platos.

«Oh, no. Esto huele a encerrona».

Espero paciente, pero mi padre en esta ocasión parece más vulnerable que yo.

—¡Voy arriba!

«¿Ya ha acabado de recoger?».

«Claro… Seguro que ellos tienen lavavajillas y tardan un minuto en aclarar y meter la vajilla».

Olivia nos habla desde la escalera.

—Voy a darme un baño. Ah, y me pondré un poco de música clásica en los auriculares, ¿vale?

Mientras mi padre busca fuerzas para enfrentarse a todo lo que arrastramos, aprovecho para mirarlo. Está tal y como lo recordaba, excepto por alguna nueva arruga que luce en la comisura de los labios, alrededor de los ojos o por esos cuatro o cinco mechones blancos repartidos por su cabellera. Me cuesta entender que este hombre sea el mismo que me abandonó. Y a la vez, el mismo que me llenó de amor. Porque si mi infancia ha sido maravillosa también fue, en parte, gracias a él.

—Me gustaría explicarte por qué que tu madre y yo…

Vuelve a hundir las yemas de los dedos en el mentón.

No estoy preparada para enfrentarme a eso. No. Todavía no. Por eso corto por lo sano, interrumpiendo la frase que ha empezado a formular.

—La próxima semana habrá un partido de *rugby* en la uni. Es el viernes, a las seis. —Tuerce el gesto, confundido por el rumbo de la conversación—. Me gustaría ir con las chicas y… No sé, quedarme un poco con ellas después. ¿Puedo?

—Con las chicas.

Repite para sí mismo.

—Sí. Emily, Bethany y Sophie.

—Vale. Pero con dos condiciones.

«¡Bien!».

—¿Cuáles?

—Tendrás el móvil disponible. En todo momento, Harper.

—De acuerdo. ¿La otra?

—Nada de drogas, nada de irte con desconocidos y prohibidísimo subir al coche de alguien de la universidad si ha bebido.

—Eso son más de dos condiciones. Pero me parecen justas. Gracias.

Me apetece darle un abrazo, pero creo que sería muy raro para ambos. Demasiado tiempo sin

vernos. Demasiado tiempo separados. Y demasiado tiempo sin saber el uno del otro. Me limito a sonreír mientras me dirijo a las escaleras.

—Que descanses, hija.

—Sí. Igualmente… Buenas noches.

Ya en la habitación, saco mi teléfono del bolso de la sudadera. Marco el teléfono de Elísabeth y me tiro sobre la cama sin ser consciente de que he hundido la nariz en la sudadera de Seth.

«¿Por qué huele tan bien?».

—¡Hola! —Eli grita eufórica— ¿Cómo estás? Ya pensaba que no ibas a llamarme.

Casi se me saltan las lágrimas al oír su voz.

—Te echo muchísimo de menos.

—Debe ser duro dejarlo todo. ¿Qué tal todo?

—No tengo mucho que decir. Estoy centrada en los estudios y solo salgo con tres compañeras y Keanu. Bueno, hoy he conocido a los hermanos Bennet…

Hablo con ella de las clases, de las chicas, de mi padre y de Olivia, también de la conversación que he tenido con Hero antes de llegar a casa, pero sobre todo de Seth. No paro de hablar del chico que juega al *rugby* en la uni y tampoco logro quitarme de la cabeza el cosquilleo que he sentido cuando se me ha acercado en el coche.

—Oye, ¿no te estarás pillando por ese chico?

La pregunta me viene tan de sorpresa que tartamudeo al responder:

—¿Yo? No digas tonterías.

—No has parado de hablar de él.

—Mira que eres exagerada. Oye, tengo que colgar. El viernes hay partido en la uni y luego saldré con las chicas. Deberías venir.

—No creo que me dejen mis padres. Están muy pesados con los exámenes.

—Inténtalo. Seguro que lo pasamos bien.

—Veré qué puedo hacer.

Sopeso sus palabras con una sonrisa. No creo que Olivia ni mi padre tengan problema en que venga mi amiga Eli a pasar el próximo fin de semana, de todas formas, mañana se lo preguntaré. Esta no es mi casa, y lo último que quiero es incomodar a nadie. Sobre todo, a Olivia. Es muy buena conmigo desde que he venido y, aunque sea la mujer de mi padre, me cae bien.

10

Día quince de universidad

Hace dos semanas que empecé las clases y es ahora cuando siento que encajo en el grupo de las chicas, aunque Sophie no está tanto conmigo como las demás porque asiste a varias extraescolares. Estoy convencida de que Eli y ella se llevarán bien, porque siempre quieren saber más y aprender cosas nuevas. Keanu también es así, aunque en estos días he descubierto que su pasión no son los números en sí, como pensé en un principio cuando lo vi en la cafetería. A él le apasiona el espacio, la distancia entre los planetas y todo lo relacionado con agujeros negros, la fuerza gravitacional y ese tipo de cosas que la mayoría del resto del mundo no entiende.

—Mira, están allí.

Tiro del brazo de Eli, todavía sin creer que haya venido. Corremos hasta las chicas sin importarnos que la arena del suelo nos manche las zapatillas.

—¿Y Sophie?

Bethany sonríe como de costumbre cuando me ve.

—Estará con Keanu, leyendo tomos interminables sobre contabilidad.

—Vaya. Oye, ella es Eli.

—¿Qué tal? Yo Bethany.

Se abrazan con gran entusiasmo, movidas por la jovialidad del ambiente.

—Hay mucha gente. Es una auténtica pasada.

—Y todavía faltan por llegar.

Aprovecho que Emily se une a nosotras para terminar con las presentaciones y tomar asiento.

—Ella es Emily. Emily, Eli.

Antes del partido, las animadoras de ambos equipos salen al ritmo de la música. Primero baila el grupo local, donde Lilly encabeza el grupo. Advierto que todas llevan el mismo uniforme: minifalda, calentadores en los gemelos, camiseta de manga larga por encima del ombligo y el pelo recogido en un moño prieto. Todas menos la cabecilla, que luce un oscuro cabello largo y espeso, repartido en dos coletas separadas por una raya en medio. Los chicos forman fila en el centro y la música cambia dando paso a la coreografía del equipo contrincante. Los jugadores salen como ya han hecho los de nuestra universidad: alineándose en el campo.

—¿Queréis? Son de la cafetería.

Emily saca de una bolsa de papel perritos calientes.

Eli coge uno.

Yo también.

Tienen una pinta estupenda, pero su aspecto mejora cuando abro el sobre de mostaza y lleno el pan de ese condimento espeso y agridulce.

—Delicioso.

El partido comienza cuando voy por el tercer bocado. La brutalidad con la que juegan los visitantes en comparación con la actitud de los locales me parece poco deportiva. Aunque Brad es la excepción de los estudiantes de Tacoma. Golpea con los hombros a los contrincantes cada vez que tiene oportunidad. Seth, en cambio, conserva un temple calmado, aunque eso no hace

que su efectividad como jugador disminuya. De hecho, es el primero en realizar un *touchdown.*

—Te dije que era el mejor del equipo.

Asiento, dando la razón a Emily.

—Ya veo. ¿Siempre han sido tan… distintos?

—¿Quiénes?

Bethany asoma la cabeza para no perderse nada de la conversación.

—Brad y Seth. Son como la noche y el día.

—¡Y que lo digas! —añade Emily—. Brad es un maldito arrogante, pero tiene rollo.

—¿Y Seth?

«Mierda».

«Puede que haya sonado demasiado interesada».

—Seth… Tan solo es él mismo. Me cae bien.

—¡Vamos!

Las chicas que tenemos sentadas justo detrás gritan para animar a los jugadores. Brad atrapa el balón con fuerza y corre por la hierba, chocando contra todo aquel que se atreve a ponerse delante de él, hasta que un chico enorme entorpece su trayecto haciéndole caer al suelo. Segundos después, cuatro jugadores del bando contrario se echan sobre él.

Eli bebe de su refresco.

—Oye, ¿y a ti desde cuándo te gusta el fútbol?

Su pregunta me pilla desprevenida.

—No sé. ¿Me gusta?

—Estás viendo un partido.

—Pues… no sé. ¿Tú recuerdas desde cuándo te gusta escribir en el periódico local?

—Estás muy rara…

—Estoy en Tacoma.

*

El revuelo que se forma cuando acaba el partido es, para mi sorpresa, agradable. No pensé que disfrutaría tanto de esto, porque el deporte no es lo mío. Pero ver a Seth en el campo ha tenido su gracia. Me gusta cómo ha movido los hombros al correr y la forma de sostener el balón cuando los demás iban a por él. También el autocontrol que demuestra en cualquier sitio, sin alterarse. No puedo evitar preguntarme si habrá algo en el mundo que le haga perder los nervios.

—Harper, vamos a por algo de beber, ¿vienes?

—¿A un bar abarrotado de gente borracha? Os espero aquí.

Las chicas muestran sus vasos vacíos antes de irse y Eli se aleja unos pasos para hablar por teléfono. Me quedo sola, sentada mientras las gradas se vacían con la salida de los estudiantes, hasta que una voz me sobresalta.

—Has venido.

Seth parece sorprendido. Me gusta que no mencione que me llevó a casa la semana pasada, porque la única a la que se lo he contado es a Eli, que… Por la cara que pone, imagino que está hablando con su madre.

—Ya ves. Las chicas me dijeron que iban a venir y, bueno, aquí estoy. Por cierto, buen partido.

—Ha estado mejor de lo que esperaba. Tú… ¿Cómo lo llevas?

Intuyo que se refiere a mi relación con Hero. O, mejor dicho, a mi no relación.

Hero.

Hero.

Hero.

Su altura me hace sentir pequeña. ¿Qué le han dado de comer sus padres? Me saca al menos dos cabezas.

—¿Asimilando que he estado saliendo con un capullo?

Es una pregunta retórica con la que a los dos se nos escapa más de una carcajada. Cuando establecemos contacto visual, me reafirmo en que es muy atractivo y aprovecho el momento para estudiar la forma de sus labios, el arco que ambas cejas crean en los extremos y en la forma tan graciosa en la que se le ondula el cabello.

—Me gusta cuando sonríes.

—¿Sí? —carraspeo.

—Mucho.

—Mm… Gracias.

Apenas me sale un hilo de voz cuando Lilly, Emily y Bethany vienen con Brad hacia nosotros.

—Harper, ¿te encuentras bien?

Emily me ofrece un vaso lleno de refresco y hielos.

—¿Eh?

Aparto deprisa la mirada de Seth.

—Estás colorada.

—No. Qué va.

Palpo mis mejillas con las manos… Están ardiendo.

—Qué sed.

Doy un trago, sin comentar nada acerca de los colores de mi cara. Mientras bebo, noto un codo clavarse en mis costillas. Es de Lilly, quien acaba de ponerse entre Seth y yo. Vuelvo los ojos cuando la animadora enreda los brazos en su cuello.

—Has jugado muy bien, Seth Bennet. ¿Te apetece que vayamos a celebrarlo?

Le sujeta con ambas manos la cara, acariciándole.

—¿A dónde?

—Hay una fiesta en casa de uno de los jugadores de tu equipo.

Sin dejar de observarme, se aparta de ella con educación y nos mira a las chicas y a mí.

—¿Qué os parece si lo celebramos todos?

Lilly no despierta nada en Seth. Con ella es frío y distante, pero se empeña siempre en buscarle. ¿Por qué? No lo sé. Y tampoco me importa. ¿O sí?

«Mierda». «No. No me importa». «Claro que no».

Sin dejar de mirarme, Seth se aparta de ella con educación. Él siempre tan políticamente correcto, tan galán, tan caballero. Las chicas estallan eufóricas y deseosas de ir a la fiesta. Todas menos Lilly, que cruza los brazos por encima de su top, enfadada con el mundo porque Seth Bennet ha vuelto a pasar de ella. Por eso, y porque todas nos vamos con los hermanos Bennet de fiesta.

11

Después de más de dos horas escuchando todo tipo de canciones, el sonido de la música comienza a molestarme. Tengo que gritar para que las chicas me oigan y resulta incómodo que haya tanta gente bailando, bebiendo y fumando. Están por todas partes.

Brad ha desaparecido con una chica de pelo rojo. Por lo que cuentan Emily y Bethany, intuyo que la pareja está pasándoselo muy bien en una de las habitaciones de la planta de arriba. No como Lilly, que es insoportable, deambulando de un lado a otro, siempre con el vaso lleno de cerveza en la mano.

Ignorando sus miraditas como llevo haciendo toda la noche, me atrevo a preguntar a Seth una cosa que no entiendo desde hace tiempo, aprovechando que Eli se ha alejado de nuevo para responder otra llamada.

—¿Por qué no me saludaste el día del bar?

Finge estar haciendo memoria, como si no se acordase. Pero no me engaña. Sé que se acuerda… Por eso le pellizco en el abdomen como hice la semana pasada en el coche. Lleva toda la fiesta a mi lado y… Bueno, mentiría si dijese que no me gusta tenerle cerca.

—¡Ay!

—A ver si así recuperas la memoria.

Apoya un brazo en la pared.

—Estaba nervioso.

Al escucharle decir eso, me entran ganas de achucharle. Evidentemente, no lo hago, me contengo y guardo las formas, sin dejar de sonreír.

«Para. Harper. Se te está yendo la cabeza».

—Seth Bennet, ¿nervioso? —imito la irritante voz de Lilly cuando después del partido le ha llamado por su nombre y apellido.

Ríe a carcajadas, hasta que mi mejor amiga vuelve con nosotros.

—Vaya mierda.

Noto su agobio. La conozco demasiado como para que pueda ocultarme algo, por eso acaricio su espalda con complicidad.

—¿Te encuentras bien?

Niega con la cabeza después de guardar el teléfono en el bolso.

—Se va a liar, Harper… Lo lamento, de verdad.

Me siento responsable de su estado por haberla hecho venir a Tacoma sabiendo cómo son sus padres. Sobre todo, su madre. Para ella es un disparate que su única hija prefiera divertirse el viernes con las amigas a hundir la nariz en los libros de clase.

—Tranquila, Eli. Si quieres nos vamos y… No sé, puedo pedir a mi padre que te lleve a Leavenworth por la mañana.

Estoy convencida de que odia estar aquí por cómo se revuelve cuando llegan las chicas. Esquivamos a un grupo de jugadores que pasan a nuestro lado haciendo el burro. No me pasa desapercibido el gesto que tiene Seth hacia mí, al poner un brazo alrededor de mi hombro para evitar que me zarandeen. Cuando desaparecen de nuestra vista, soy consciente del estado de la mayoría de las personas que están aquí: unos drogados, otros borrachos, gente joven dándose el lote sin importarles que los veamos…

La pantalla del teléfono de Eli parpadea sin parar.

—No te enfades —ruega, casi colgándose de mi brazo—. Te juro que no sabía que se atrevería a venir…

—Pero, ¿qué dices? ¿Ha venido tu madre a buscarte?

—¿Mi madre? ¡No!

—Entonces, ¿quién?

Miro a Emily y a Bethany en busca de ayuda, respuestas o algo, pero parecen estar tan perdidas como yo. Mientras, Seth vuelve a apartar los brazos de Lilly de su cuello. Creo que es la décima vez que intenta algo con él en lo que va de noche.

—Está aquí, Harper. Aquí.

Las chicas cruzan miradas entre sí antes de desviar la vista hasta Eli. Luego me miran a mí.

—¿Quién? —pregunta Bethany.

Eli permanece cabizbaja, sin soltar su móvil.

—Hero.

El rostro de mis compañeras va encabezado por la duda. Ellas no tienen ni idea de quién es Hero, y yo no tengo tiempo ni fuerzas ahora mismo para contarles mi vida ni el patético motivo por el que cortó conmigo. Así que me giro hacia ella, estoy tan enfadada que no soy consciente de que la estoy empujando hasta que Seth sujeta mis brazos con delicadeza.

—¿Es con él con quien hablabas por teléfono después del partido? Di, Eli. ¿Es él el que te ha llamado hace un momento?

Eli no articula palabra, pero su expresión me lo dice todo. No me lo puedo creer.

—Estaba muy nervioso porque no le coges el móvil desde el viernes. Ha llamado a Anne y ella le ha contado que yo estaba contigo en Tacoma y, —tartamudea por los nervios—, no sé, Harper. Me he puesto muy nerviosa cuando me ha gritado por teléfono. ¡Lo siento!

—Esto es increíble.

—¿Qué querías que hiciera? Es Hero.

Me libero de los brazos de Seth.

—¿Perdona? Y yo tu mejor amiga.

La tensión se hace insoportable entre nosotras justo cuando las luces de un coche que derrapa en el jardín se cuelan por los ventanales de la sala de estar.

12

Es tal el portazo que da cuando uno de los jugadores abre la puerta, que el estruendo se escucha a pesar del volumen de la música. De hecho, la pintura de la pared salta cuando la madera impacta de canto. Nadie de aquí conoce la facilidad con la que Hero puede perder los papeles. Nadie, excepto yo, que ya he presenciado más de una pelea en la que la otra persona salía, como poco, con la cara magullada. Siempre por motivos absurdos. Injustificables. Hero gira la cabeza hacia ambos lados, hasta que me ve a la otra punta de la casa. La mayoría de las personas de la fiesta ni siquiera se han percatado de su llegada. Están demasiado absortos en beber, drogarse o meterse mano.

—¿Quién es ese tío? Está cañón.

Miro a Emily, que señala hacia la entrada con la boca abierta. Cañón está, eso es innegable, pero también es el que me dejó porque entre nosotros iba a haber mucha distancia.

—Alguien que no debería estar aquí.

—¿Es él?

Seth espera mi respuesta.

—Es, sí.

—Y… ¿Vas a ir con él?

—¿Qué? ¡No! Si ya se va. Ahora vuelvo.

Me olvido del resto de personas cuando observo sus ojos oscuros. Hero parece… ¿Dolido? Sí. Eso es. No deja de mirarme a mí y luego a Seth, hasta que todo lo que nos rodea queda fuera de nuestra burbuja cuando estamos juntos, como si ni la música, ni la gente, ni el resto del mundo existieran. Como si dentro de un círculo imaginario tan solo estuviésemos él y yo. Pero entonces reparo en Seth. Él no ha desaparecido como el resto del mundo. Él está a mi lado y la tensión crece cuando los dos cruzan miradas entre sí. Hero está furioso. Muy furioso. Lo sé por cómo sus hombros suben y bajan por culpa de una respiración acelerada, y también por cómo las aletas de la nariz se le abren y cierran al inhalar y exhalar.

—¿Por qué no has respondido a mis llamadas?

Más que una pregunta, parece un rugido gutural. Me esfuerzo por mantener la calma, aunque en mi situación resulta bastante complicado.

—Pero, ¿en qué mundo vives? ¿Por qué tendría que hablar contigo?

Hago aspavientos con las manos y, de nuevo, alzo la voz.

Hero eleva el tono por encima del mío.

—¡Tú me llamaste primero!

Le imito, harta de que nos hablemos así.

—Tú, tú, tú…

—Pero, ¿a qué juegas?

—¿Yo?

—Harper… —advierte.

—Yo no juego a nada. ¡Tú me dejaste! ¿Recuerdas? Y ahora vienes aquí, a toda hostia con el coche, casi revientas la puerta de una casa que ni es tuya y me haces reproches. ¿Es que estás mal de la cabeza? ¡Dijiste que no querías una relación a distancia!

—¡Ya lo sé!

Levanta tantísimo el tono que todos nos miran.

—Entonces, ¿por qué has venido?

Una parte de mí quiere que se vaya. Que dé la vuelta y salga por donde ha entrado, que vuelva Leavenworth, borre mi número y me deje seguir a mí. Pero la otra, que es de todo menos racional, espera un solo motivo para volver a sus brazos. Deseo que se arrepienta. Que me ruegue que vuelva. Que me bese como ocurre en los libros o en las películas, cuando el chico malo se enamora de la pobre y solitaria intelectual. Pero esto no es una película ni un libro, esto es mi vida. Y últimamente es una auténtica mierda.

—Por ti, Harper, joder. Estoy aquí por ti.

—Dijiste que no querías una maldita relación a distancia.

Cruzo los brazos en una actitud entre protectora y defensiva. Él se desahoga dando una patada al futbolín de acero que hay a un lado de la sala de estar.

—¡Y no quiero una puta relación a distancia! —Me coge de los hombros, atrayéndome hacia él—. Pero verte de vez en cuando es mucho menos doloroso que no estar contigo.

Me habría gustado que estas palabras las hubiese escogido el día de mi marcha, no hoy ni aquí, rodeados de gente que no conocemos, bajo la atenta mirada de cada una de las personas que hay en esta maldita fiesta. Me remuevo incómoda cuando me sujeta, hasta que el brazo de Seth se interpone entre él y yo, consiguiendo que me suelte.

—Déjala en paz.

El silencio se hace en la casa. Alguien apaga la música y la tensión del ambiente crece. Todos, incluida yo, nos sorprendemos al escuchar la dureza del tono de Seth. Hero se descontrola, empuja a Seth, pero solo trastabilla unos pasos antes de erguirse y volver a colocarse delante de mí, motivo por el que Hero pierde del todo la cabeza.

—¿Y tú quién mierdas eres?

Intento ponerme entre los dos para evitar una pelea, pero Seth no deja de cubrirme con su cuerpo, y Hero no deja de intentar acercarse a mí. Seth parece implacable.

—No va a ir a ningún sitio contigo. Sube al coche y lárgate.

—Harper —insiste—, vámonos.

Dudo, porque la única verdad es que no tengo ni idea de qué es lo que quiero, o lo que no quiero hacer. La gente se amontona a nuestro alrededor mientras yo miro a uno y a otro, más confundida que nunca. Los chicos, incluso, abuchean y vitorean cuando entre Hero y Seth hay cruce de palabras, pero yo no actúo, me bloqueo.

—Hero —la voz de Seth es firme—, lárgate. Ella se queda aquí.

Llegados a este punto, creo que la sinceridad es la mejor opción. La gente empieza a formar pelotón y tengo que asomarme por uno de los lados, antes de dirigirme al chico de ojos casi negros que hace dos semanas me partió el corazón:

—No me parece buena idea que hablemos ahora. Quizá cuando visite a mi madre en Leavenworth y estemos… más tranquilos. ¿Vale?

—¿Qué? —Se lleva las manos al pelo. Mete los dedos entre los mechones, inquieto—, llevo horas conduciendo. ¿Por qué no puedes salir fuera y hablar conmigo? —Me mira decepcionado —. Pensaba que si venía aquí… Tú y yo…

Seth parece que se tensa con las palabras «tú y yo».

—La dejaste en la mierda —interviene, manteniendo a la gente que se acerca lejos de mí—. ¿Por qué no te largas a Leavenworth y dejas que haga su vida? No necesita a alguien como tú a su lado.

Hero aprieta los puños.

Y cuando hace eso, las cosas acaban siempre de la misma forma.

«Oh, no».

«No. No. No».

—¿Y tú quién mierdas eres para decir eso?

Apoya la frente en la de él. Ninguno pestañea. Ninguno se mueve. Ninguno retrocede.

—Seth Bennet.

Los ojos de Hero se abren al atar cabos. Al caer en que el chico que me cubre con su propio cuerpo es el mismo que me llevó en coche a casa de mi madre. El mismo con el que estuve el viernes pasado en un coche a solas, durante la llamada que hice por despecho. El mismo que me dijo que no me conformara. «Y el que te dejó una sudadera a la que dormiste abrazada», me recuerdo a mí misma desde las profundidades de mi conciencia.

—¿Este es Seth?

—Por favor, parad.

Intento que dejen de estar frente a frente, pero ambos son como estatuas inamovibles.

—¿Sabes una cosa, Seth Bennet? —Hero pronuncia el nombre y el apellido con asco. Conozco ese tono, y lo que viene a continuación—. Llevo deseando hacer esto desde el viernes.

—Hero, ¡no!

Intento atrapar su puño en el aire, pero fracaso y los nudillos de Hero impactan contra la barbilla de Seth.

13

Sé que lo que está pasando es culpa mía, y me odio por no haber gestionado de otra manera la llegada de Hero. Por eso, y por haber dejado que Seth me proteja de una forma tan evidente, a ojos de los demás. Tendría que haberme largado de esta casa. Tendría que haber subido al coche con Hero. Así, al menos, ahora no estaría ocurriendo nada de esto.

—¿Qué estás haciendo?

Me aferro al brazo que eleva para golpear otra vez a Seth, o más bien me cuelgo de él, impidiendo que lo haga al salir volando por encima de su cuerpo. En consecuencia, caigo contra la dura mesa de juego. «¿Quién narices tiene un futbolín de acero en el salón?». Me duele la espalda y me da miedo haberme partido algo cuando intento torpemente y, algo mareada, levantarme.

—¡Harper!

Hero me tiende su mano, asustado por si me he hecho daño, pero antes de que me incorpore, Seth le embiste como si estuviera jugando un partido: lanzándole con estrépito. El ruido que su cuerpo hace al impactar de costado contra la pared me hace saber lo mucho que le habrá dolido el golpe. Pero ni siquiera eso le detiene.

—Por favor, ¡basta! ¡Parad!

—¡Brad!

Escucho a Bethany buscar ayuda. Pero debido a la gente que se ha arremolinado a nuestro alrededor, le cuesta mucho hacerse paso. Seth y Hero continúan con la pelea. Rotan por el suelo, enredados entre sí mientras los jugadores del partido arman jaleo bastante animados por el enfrentamiento.

—¿Es que nadie piensa hacer nada?

Me desespero. Quiero tirarme encima de los dos y separarles, gritarles que este comportamiento es vergonzoso e innecesario. Aunque lo que más me enfurece es que esto se haya dado por mi culpa. Por no haber controlado la situación.

Sufro cuando Hero coge del cuello a Seth. Y también cuando Seth golpea en el estómago a Hero. No quiero que ninguno salga mal parado. No quiero que sufran. No quiero que se peleen. Y lo más horrible es que no sé del lado de quién estoy: ¿del que arma este jaleo por mí o del que se mete en líos por protegerme sin apenas conocerme? El círculo de gente se abre a un lado cuando ambos consiguen ponerse en pie. Enseguida vuelven a enredarse, aunque esta vez es Seth el que choca contra un mueble. El cristal de las puertas se hace añicos, al igual que la vajilla. Hay cristales por todas partes. Por suerte, Brad y tres chicos del equipo de la universidad consiguen hacerse hueco entre la multitud para detener la pelea. Entre los cuatro consiguen separarlos. Mis ojos van de Seth a Hero. De Hero a Seth. Ambos respiran con dificultad debido al esfuerzo que han realizado y yo no sé a quién de los dos acercarme. Ni siquiera sé si puedo mantenerme en pie.

—¡Acabaré contigo, Seth Bennet!

Abro la boca para decirle que ya basta, pero los gritos de Lilly consiguen que todos nos quedemos en silencio. Tiene la vista clavada en el abdomen de Seth. Y Seth tiene la camiseta manchada de sangre. «Mierda». Sin pensar en las consecuencias, corro hacia él.

—Déjame ver.

Tengo las manos temblorosas cuando despego con cuidado la tela de la camiseta de su piel.

—Tranquila, no es nada.

Pero sí. Sí que es.

—¡Traed algo con lo que pueda sacar el cristal!

Seth me toca el brazo, procurando que la caricia pase desapercibida a ojos de los demás, intentando calmar mis nervios. No los calma del todo, pero sí consigue apaciguarme un poco.

—Estoy bien —murmura, cerca de mi oído.

Y no sé por qué, oír que lo está hace que me sienta mejor; más tranquila.

—En serio, ¿a ti qué mierdas te pasa?

Hero entra en cólera al ver que el chico con el que acaba de golpearse me ha susurrado algo al oído. No entiende qué hago con un desconocido después de lo que ha pasado, en vez de irme con él. A decir verdad, yo tampoco. De hecho, no entiendo nada. Solo sé que no puedo quitarme de la cabeza la imagen de Seth sangrando. Y la necesidad de hacer que su dolor pare. Con más dureza de la que me gustaría, me dirijo a Hero:

—¡Eres un capullo! No puedes dejarme y luego venir aquí como si lo nuestro siguiese intacto.

Silencio. Todos los de la universidad y los jugadores nos observan, pero me da igual. Lo único que quiero es acabar con esto.

—Me equivoqué, Harper. ¡Y no sabes cuánto me arrepiento!

Nadie ve cómo Seth agarra mi mano por debajo de su camiseta. Nadie ve cómo acaricia mi piel. Nadie ve que por dentro me asalta un jodido remolino de emociones que no sé identificar, al tiempo que mi corazón se rompe por segunda vez.

—Si me quieres, vete. Vuelve a casa, Hero.

Puedo oír su respiración desde donde estoy. Se me parte el alma al verlo así de confundido y perdido, porque no entiende que las personas con el corazón roto tardamos mucho en confiar. Ni que la ruptura me ha hecho sufrir muchísimo estas dos semanas. Hero no sabe lo duro que fue para mí su rechazo el día de la mudanza.

—Harper —sus ojos se enrojecen—. ¿De verdad quieres que me marche? ¿Quieres que salga de tu vida como si entre nosotros no quedase nada?

—No sé si es lo que quiero, pero sí lo que necesito en este momento.

Se me eriza el vello del cuerpo cuando se quita la pulsera que tiré por la ventanilla. La suya. Su preferida. La que he llevado puesta en mi muñeca desde que nos conocimos.

—¡A la mierda!

La parte con rabia. Y un pedazo de mí se quiebra a la vez. Me duele muchísimo todo lo que nos está pasando, pero más me aflige la sangre que sale del abdomen de Seth.

—He encontrado pinzas de las cejas, desinfectante, gasas…

Emily nos acerca el botiquín y el resto de cosas. Mientras busco lo que necesito para limpiar la herida, escucho el coche de Hero al arrancar. Ni siquiera le he visto irse. Y antes de que pueda darme cuenta, estoy llorando a moco tendido sobre Seth.

14

Consigo parar de llorar cuando nos metemos en uno de los baños que hay en la segunda planta. Las chicas, incluida mi mejor amiga, pasan con nosotros. Brad también nos acompaña, preocupado por su hermano. Saco con mucho cuidado el cristal que tiene clavado en el abdomen. Es pequeño, pero estaba metido hasta dentro y la sangre sale, ahora que se lo he quitado, con más fluidez que antes. Aun así, es una herida superficial.

—¿Puedes presionar aquí?

Le ofrezco un algodón para que tape el corte, mientras me lavo las manos por segunda vez. Eli sale fuera, mareada. Nunca ha soportado la sangre. Bethany y Emily la acompañan, preocupadas por cómo se encuentra.

—Brad —Seth gruñe al echarse hacia delante—, es tarde. Deberías llevar a las chicas a casa.

—¿Y Elizabeth? Duerme en tu casa, Harper.

—Sí. Eli viene conmigo.

Vuelvo a concentrarme en desinfectar la herida.

—Entonces… Os esperamos abajo. Yo llevo a Bethany y Emily, ¿y tú a Harper y a Eli?

—Está bien.

Seth no deja de mirarme ni cuando responde a su hermano.

—Voy abajo.

Abandona el baño, cerrando la puerta tras de sí.

Seth y yo permanecemos solos en el servicio. En silencio, limpio con agua la sangre que hay pegada alrededor, antes de añadir un poco de antiséptico.

—Esto ya está.

—Gracias.

Dejo de tocar la piel de su abdomen con los dedos y levanto la vista para mirarlo.

—¿Gracias? Te has metido en este lío por mi culpa.

Hago una mueca.

—No es culpa tuya que Hero sea un gilipollas.

Coge mi mano por debajo de la tela, provocando que algo en mí dé un vuelco.

—Es una herida superficial, pero cuida que no se infecte.

Tira de mí.

—Odio verte llorar por una persona así.

—Él… no es malo. —Sorbo por la nariz.

En la medida de lo posible, me esfuerzo por defender a Hero. Aunque tenga un carácter de mierda cuando se enfada, ha sido muy bueno conmigo. Excepto cuando me dejó, claro.

—Pero te hace daño continuamente.

Limpia mis lágrimas por segunda vez en lo que va de noche.

—Antes de la mudanza estábamos bien. Es solo que… Tacoma nos ha venido grande a los dos.

—Más bien, tú le vas grande a él.

Me limito a sonreír, hasta que noto cómo recorre mi cuerpo con la mirada. Contengo la respiración cuando se agacha, acercándose más.

—¿Por qué me miras así?

—No tengo ni idea. Solo sé que no puedo dejar de hacerlo.

Mi cabeza dice que esto no está bien, pero el deseo eriza cada vello de mi piel. Sin embargo, aunque me muera de ganas de hacer algo que sé que luego me va a suponer más quebraderos de cabeza que buenos ratos, me alejo. Lavo por tercera vez mis manos, frotando a conciencia la sangre que tengo pegada entre los dedos y cuando consigo controlarme, me giro hacia él. Seth permanece sentado en la taza del baño sin quitarme los ojos de encima.

—No pensé que fueras de esos chicos que se meten en peleas.

Estira el brazo para coger de nuevo mi mano, atrayéndome hacia él, sentándome sobre su regazo y pegando su torso desnudo contra mi espalda cuando me envuelve en sus brazos.

—Y no lo soy. Es la primera vez que me peleo con alguien.

Me giro, asombrada.

—¿De verdad?

—Sí. Nunca antes me habían partido la cara en una fiesta.

Ríe como si ni él mismo creyera lo que ha pasado hace unos minutos y, aprovechando el momento de soledad que nos otorga el baño, pregunto una cosa que llevo tiempo queriendo saber.

—¿Qué pasa con Lilly? Sois… ¿Novios o algo así?

Me mira.

—¿Por qué dices eso?

—No sé —Intento sonar desinteresada—. Siempre que sale con el grupo busca un acercamiento contigo.

Se le escapa una sonora carcajada.

—Solo juega. Nos liamos alguna vez, pero fue hace tiempo. Fin de la historia.

Me hace gracia que diga «fin de la historia», lo mismo que dije en el coche cuando le hablé de Hero.

—Y… ¿No te incomoda? Que esté encima de ti, digo.

Seth sonríe con picardía cuando responde.

—A juzgar por los hechos, la que está ahora mismo sentada en mi regazo, eres tú, no Lilly —Consciente de lo que dice, me incorporo—. ¿Qué haces? Ven.

Tira de mí otra vez. El espacio que había entre nosotros se disipa. En su mirada hay muchas cosas: fuego, nervios, confusión y una chispa que no me pasa desapercibida. Coloca mis brazos alrededor de su cuello, mientras sus manos pasean sin prisa por debajo de la tela de mi camiseta. Acaricia la parte baja de mi espalda conmigo a horcajadas. Necesito que me suelte y que se aleje, que me deje ir antes de hacer algo de lo que más tarde me arrepienta. Pero no lo hace, es más, continúa pegado a mí sin separarse. Y las tornas cambian. Lo único que me interesa ahora es cerciorarme de que entre ellos no queda nada.

—Entonces, ¿no sales con ella?

—No —Deja caer un suave beso sobre mi barbilla—. No salgo con nadie.

—Qué alivio —murmuro.

—¿Cómo has dicho?

Vuelve a besarme. Esta vez, apoya los labios un poco más cerca de mi comisura.

—Nada. Tonterías.

—¿Y tú, Harper? —Su expresión se ensombrece—. ¿Qué pasará a partir de ahora con Hero?

Sus palabras me recuerdan que alguien importante para mí se ha marchado de aquí hace apenas unos minutos, con el corazón en un puño. Con las ilusiones rotas. Con la decepción marcada en el rostro. Mi madre siempre ha dicho que las cosas claras están bien. Y que más vale

un enfado por una verdad que por una mentira. Así que cojo aire antes de responder con total sinceridad:

—No lo sé. Hero ha sido… mi primera relación. Y tú…

—¿Yo qué?

Sus ojos se iluminan.

—Tú eres todo lo contrario a él.

Se aparta un poco para estudiar mi expresión, antes de abrir la boca y acercarse.

—Harper… No tengo ni idea de lo que me pasa contigo, pero me gustas demasiado.

«¿Me va a besar?».

Sus labios apenas han rozado los míos cuando la puerta del servicio se abre de golpe, consiguiendo que me levante casi por inercia. La expresión de Lilly es inescrutable. Me mira con asco antes de ignorarme y dirigirse solo a Seth.

—Llevo buscándote un buen rato. Brad ya está en el coche con Bethany y Emily. ¿Me llevas?

—Ve con ellos. Mi hermano te acercará a casa.

—Ya, entiendo. —Aunque intente disimular su rabia, está claro que nada de esto le resulta divertido—. Estás descontrolado, Seth. Tú jamás has sido el chico malo que va pegando puñetazos por ahí, y menos por una chica como ella.

Me señala con el dedo.

—¿Disculpa?

—Lo que has oído.

—Mira, Lilly… He intentado ser amable contigo desde el principio. No te he hablado mal. No te he hecho ningún desprecio. No te he clavado el codo al pasar a tu lado ni te miro con asco cada vez que coincido contigo. ¿Puedes decir tú lo mismo?

Seth se pone en pie. La mirada que echa a esa chica exageradamente bonita y maleducada es perturbadora.

—¿Es eso cierto?

Ella se encoge de hombros, incómoda.

—No me da buena espina.

Seth no está dispuesto a escuchar más tonterías, por eso entrelaza sus dedos con los míos cuando pasamos por delante de ella. Tengo que esforzarme para no devolverla el codazo de antes, pero ya llevo demasiado tiempo sin ser del todo yo misma, hacer eso no me hará sentir mejor, por eso me limito a salir del baño, aferrada a la mano de Seth. Él, en cambio, usa un tono cortante con la animadora.

—Lilly, piérdete.

15

Apaga las luces del coche antes de parar a unos metros de la que es ahora mi casa. Eli no ha dicho nada en todo el camino, continúa mareada y pálida desde que ha visto la sangre. También algo afligida por lo que ha ocurrido con Hero. Lo único que espero es que Robin se haya dormido pronto y que no se percate de mi llegada o estaré castigada hasta que cumpla dieciocho o, quizá veinte, por no llegar a la hora acordada. Antes de bajar del coche, miro de reojo la cara magullada de Seth. Todavía no entiendo cómo alguien que apenas me conoce, ha estado dispuesto a dar la cara por mí. Por protegerme. Por darme el sitio que merezco.

—Seth, siento mucho lo que ha pasado.

Ayudo a Eli a bajar. Se encuentra tan mal que tiene que sentarse en la hierba. Él arranca sin despedirse, y eso me desconcierta. ¿Qué le pasa? Tiene la mirada fija en el cielo oscuro.

—Oye —Abro la puerta del copiloto—, ¿qué ha cambiado? Entre nosotros, digo.

Uso un tono de voz bajo para que Eli, en la medida de lo posible, no nos escuche. Un gesto de resignación atraviesa su rostro, o puede que sea otro, quizá una expresión condescendiente, como si no estuviera satisfecho con algo.

—Perdona. Es solo que… No sé. Esta noche me habría gustado pasar más tiempo contigo.

—¿Qué quieres decir?

Me tiembla la voz, pero no me importa. Solo quiero volver a escuchar lo que acaba de decir.

—Es lo que más deseo en este momento, quedarme contigo. Y me enfada mucho no poder hacerlo. Eso, y que nada haya salido como esperaba.

Soy incapaz de parar el cosquilleo interno que recorre mi cuerpo. Y aunque pudiera, sé que no lo haría. Me dejo llevar por lo que siento. Por lo que Seth me transmite. Por lo que mi parte egoísta pide. Por los nervios que me golpearon esa primera vez que nos cruzamos en la cafetería del campus, la tensión en el coche, los acercamientos, las miradas. Todo entre nosotros ha sido intenso desde el principio, y puede que eso justifique lo que digo a continuación.

—¿Qué tal se te da trepar?

Su cara se ilumina.

La mía también.

*

Cierro la puerta con sigilo. Eli sigue mis pasos hasta el dormitorio y doy gracias al comprobar que mi padre y Olivia duermen en su cama de matrimonio.

Eli se quita el vestido para ponerse el pijama.

—No quería que pasase nada de esto. Ni siquiera pensé que se atrevería a venir, mucho menos que montaría la que ha liado.

—No debería haber aparecido en la fiesta.

— No le culpes… Sigue loco por ti.

Yo también me cambio. Alcanzo un chándal gris que uso para estar por casa, un par de calcetines gordos y recojo mi pelo.

—Eli… Te juro que ha sido la noche más intensa de mi vida.

—Y que lo digas. Oye, Harper.

—¿Sí?

Bosteza a la vez que sus ojos se cierran poco a poco.

—Lo siento mucho. Perdóname.

Asiento, dejando que apoye su cabeza en mi pecho. Permanezco unos minutos así, para cerciorarme de que no se va a despertar. Cuando estoy segura de que su sueño es profundo, abro la puerta del dormitorio que da a la terraza. Me asomo sin hacer ruido y alumbro con el flash del móvil la fachada. El ruido de las hojas al crujir me indica que Seth trepa con bastante soltura. Le veo asomar un pie en la repisa que sobresale de una de las ventanas, para luego aferrarse a los barrotes del balcón. Sin apenas esfuerzo, se impulsa hacia arriba y cae de un salto en la terraza. Señala la hora del reloj de su muñeca.

—Pensé que habías cambiado de idea.

Presiono mi dedo índice sobre sus labios.

—Shh… Habla más bajo o se despertarán.

Ahogamos una risa nerviosa. El aire de la noche es frío y veo cómo su expresión cambia al estar solo conmigo. Cuando susurra en mi oído, me estremezco.

—Necesitaba sentirte cerca.

Sin separarnos, nos sentamos en el sofá que mi padre ha hecho con la base de madera. Los cojines se acoplan a nuestra silueta cuando nuestro peso cae sobre ellos. Seth permanece encima de mí, mete una mano por debajo de la sudadera y se inclina hacia delante.

—Llevo desde que te vi en la cafetería deseando hacer algo.

—¿El qué?

Rueda hacia uno de los lados, quedando de costado. Apoya el codo en el cojín y la barbilla en su mano.

—Una cosa que… No sé si estará bien. Al menos, no sin tu consentimiento.

Su mano continúa acariciándome la piel, mientras nuestras miradas se encuentran. El efecto que Seth provoca en mí resulta difícil de explicar. Tiene el don de comunicarse conmigo con solo mirarme a los ojos. Como en este momento, en el que sin decir lo que quiere, sé que se muere por besarme. No entiendo qué me pasa con este chico, ni cómo es posible que la química entre dos personas que apenas se conocen pueda ser tan fuerte como para hacerme olvidar que, Hero, ha venido por mí a Tacoma, pero… ¿A quién le importa Hero en este momento? Yo solo puedo pensar en una persona ahora, y está muy cerca de mí, esperando a que continúe. Pero estoy tan nerviosa que no me salen las palabras y en su lugar me invade un ligero temblor.

—Seth…

—Tranquila. Tú marcas los tiempos, ¿de acuerdo?

Sus ojos me recorren de arriba abajo antes de hundir su nariz en mi cuello. Luego pasea la lengua por mi oreja y muerde el lóbulo. Ese leve contacto, hace que quiera más cuando se aleja unos centímetros. Estoy confusa, pero también tengo algo claro que enseguida le hago saber:

—Seth Bennet, bésame antes de que me arrepienta y entre corriendo a mi habitación.

—¿Estás segura?

Las comisuras de mis labios se estiran.

—Bésame, Seth.

—Sí. Voy… Aun así… Quiero que lo tengas claro. Y que no te arrepientas de nada de lo que hagamos. Lo de Hero es reciente para ti, ¿vale? No quiero ser el chico parche que tapa las cagadas de otro.

Contrariada, tuerzo los labios. No dejo de mirarle en ningún momento, y él a mí tampoco. Recorro la piel de su brazo con la yema de mis dedos.

—Será mejor que me beses ya, chico parche.

No es verdad. Él no es mi parche para sanar lo que ha roto Hero. Él es un chico estupendo,

aunque políticamente correcto. Sus pupilas se dilatan antes de arrancarme la coleta del pelo. Los mechones caen por mis hombros y, sosteniéndome por la nuca, atrae mi boca hacia la suya con premura. Ambos sabemos que no es «solo un beso». Es algo más adictivo, más fuerte e irresistible. Algo que a los dos nos nace desde dentro, con lo que no podemos luchar. La calidez de sus labios me embriaga y siento que floto cuando su lengua se hunde buscando la mía. Ambas se entrelazan, al igual que nuestras bocas y mi cuerpo, que de principio a fin entra en calor. Es un fuego abrasador que ya conozco: el del deseo, cuando la persona que te gusta te toca, te roza, te besa. Seth estira una mano sin separarse de mi boca, alcanza la manta gruesa que he dejado en el sillón y cubre nuestro cuerpo con ella.

—Harper…

Oír su nombre en esa especie de gemido hace que el deseo que siento por él crezca. Lamo su labio superior con la lengua y él vuelve a morder con delicadeza el lóbulo de mi oreja. Cuando su boca recorre mi cuello y sus manos, mi cintura, me atrevo a bajar los dedos por la parte inferior de su abdomen. El contacto en esa zona hace que se tense mucho más. Sus músculos también se ponen rígidos y noto, entre mis muslos, el roce de su erección.

—Creo que será mejor que me vaya.

—¿Qué? ¿Por qué?

Señala hacia abajo, consciente de la reacción de su cuerpo. Pero… No. De ninguna manera. No quiero que se vaya, por eso, tiro de él para acabar con la poca distancia que nos separa y vuelvo a hundir mis labios en los suyos. Cuando consigo que se olvide de la estúpida idea de irse, meto la mano por debajo de la manta, buscando la cremallera del pantalón. Por un momento, duda si dejarme continuar o no cuando rozo esa parte de su cuerpo con los dedos, pero el deseo puede más que la conciencia y nos entregamos a las caricias. Él también pierde su mano por el interior de mi pantalón, retirando con algo de torpeza la ropa. No como Hero, que podría atar un sujetador con los dientes y las luces apagadas si quisiera. Pero claro, Seth no es Hero. Y tampoco quiero que lo sea. El calor y el deseo aumenta mientras nos acariciamos sin dejar de besarnos, hasta que algo cálido cae sobre mi mano. Me mira de una forma que me desarma, entre jadeos. Cuando consigue recomponerse, me tumba de costado.

—Ahora tú.

El movimiento de sus dedos aumenta con suavidad, consiguiendo que una especie de escalofrío me recorra por dentro. Mis piernas se tensan segundos después, justo cuando hunde la mano. Susurro su nombre mientras hago lo mismo que ha hecho él y luego, con la respiración acelerada y nuestros cuerpos sudorosos, permanecemos abrazados hasta que el sueño me vence por completo.

16

Me despierto en mi cama, con la pierna de Eli envolviéndome. Seth debió meterme en la cama después de quedarme dormida junto a él en la terraza. Me ruborizo al recordar lo que hicimos y antes de que Eli despierte, aprovecho para darme una ducha. Casi me da pena que el olor de Seth desaparezca de mi cuerpo, por eso hundo la nariz en mi propia piel, por si quedara algo de él.

—¿Harper?

Eli llama a la puerta del baño.

—¡Voy!

Me enrollo en una de las toallas que hay en el mueble alto del baño y vuelvo a la habitación. Sé que no debería enfadarme con ella, al fin y al cabo, fue mi madre quien dijo a Hero que Eli estaría conmigo en Tacoma. Pero no puedo evitar sentirme traicionada. Creo que las amistades deben basarse en la lealtad y sinceridad, por eso me siento en el borde de la cama, dispuesta a hablar con ella.

—¿Por qué le dijiste dónde estábamos?

Baja la vista al suelo.

—Ya te lo conté. Se volvió loco y… No sé, Harper. Me bloqueé. Pensé que hacía bien.

—No vuelvas a hacerlo, ¿vale? Me dejó él, Eli. No puede irse y aparecer cuando le apetezca. ¿Lo entiendes?

Asiente.

—No va a volver a pasar.

—Mira… Quiero que seamos amigas, aunque él y yo ya no estemos saliendo. Entiendo que vosotros sigáis teniendo relación y, oye, ojalá vuestra amistad no cambie, pero tienes que respetar mis decisiones. Y eso implica no volver a hacerme una encerrona como la de anoche.

Me da uno de esos abrazos largos que tanto he echado de menos y besa mi mejilla.

—Harper, confía en mí.

*

En la sala de estar encontramos la mesa puesta. Olivia ha hecho tortitas, huevos revueltos y zumo de naranja. También hay fruta y café. La mesa está decorada con manteles lisos y brillantes, telas opacas que proporcionan al momento ese toque acogedor, la mantequillera de cristal y pan tostado.

—No hacía falta, Olivia… Es… Impresionante.

Tomo asiento sin saber muy bien qué coger primero.

—La visita de Eli lo merece. ¿Qué tal lo habéis pasado anoche?

—Muy bien, señora Stone.

Eli se sienta a mi lado y unta una generosa cantidad de mantequilla sobre el pan.

—Tu padre se quedó dormido en el sofá. Cuando se desveló eran las doce de la noche.

«Mierda».

«Nos ha pillado».

—¿Está muy enfadado? Nos invitaron a casa de una amiga y… Lo siento. Perdimos la noción del tiempo.

Sirve café en nuestras tazas.

Creo que no se ha creído que estuvimos en casa de una amiga.

—Harper, tranquila. Yo también he sido joven, sé lo que es pasárselo tan bien que deseas que la noche no acabe nunca. Porque jamás es suficiente. A vuestra edad todo se vive con una intensidad desbordante.

—Entonces, ¿no está molesto conmigo?

—No. Robin cree que vinisteis antes.

Ni Eli ni yo entendemos nada.

—¿Cómo?

—Cuando despertó, le dije que ya os habíais ido a la cama. Así que decidle cuando baje que llegasteis a las once.

—Gracias, Olivia.

—No hay que darlas, me gusta mucho verte feliz.

Acerca la fuente de fruta cortada, Eli y yo cogemos varias porciones y mientras desayunamos, pienso que he pasado los últimos años odiando a una mujer que no conozco, y a mi padre por empezar su nueva vida con una persona que no fuese mi madre. Me convencí de que era mezquino abandonar a su esposa e hija por otra mujer, pero es tan buena conmigo que las barreras que había puesto hacia ellos hace días que se tambalean. También detestaba la idea de vivir en Tacoma, pero después de medio mes en esta casa, después de conocer a Bethany, Emily y Sophie, a Keanu, después de lo que pasó anoche con Seth… Empiezo a considerar que mi madre a lo mejor tenga razón. Tacoma puede abrirme puertas que en Leavenworth no encontraría y, a decir verdad, por el momento… North End no está tan mal. Y Robert y Olivia tampoco.

—Vaya, ¿me habéis dejado algo?

Mi padre baja por las escaleras con una sonrisa radiante. Se le ve feliz cuando toma asiento con nosotras. Besa a Olivia en la mejilla antes de darnos los buenos días y servirse un generoso desayuno. Recordando lo que nos ha contado Olivia, intento respaldar su coartada.

—Papá, ¿has dormido bien?

—Muy bien, ¿por qué lo preguntas?

—Anoche parecías cansado.

—Han sido unos días duros en el trabajo. Lo siento, me quedé dormido en el sofá, pero ya me ha dicho Olivia que llegasteis a la hora.

—No importa.

Mi padre tiene una cadena de ferreterías. Por lo poco que me contaba mi madre, empezó montando una al venir aquí y funcionó tan bien que se fue expandiendo. Si no me equivoco, ya son seis las que tiene en total por el estado de Washington. Olivia ofrece a todos más desayuno, se ha esmerado tanto que cojo otra rebanada a pesar de notar que ya estoy más que saciada.

—¿Qué os apetece que hagamos? Tu padre no te recoge hasta las cuatro, ¿no, Eli?

No me gusta pensar que mi amiga se irá en cuestión de unas horas a Leavenworth, porque no sé cuánto tiempo pasará hasta que volvamos a vernos. Eli, entusiasmada, coge mi mano con complicidad.

—¿Podemos ir a jugar a los bolos? Aunque Harper siempre gana.

—¡No me digas! —Olivia y ella entablan conversación—. A Robin también se le da bien. ¿Queréis que vayamos?

Mi padre se encarga esta vez de recoger la mesa.

—Es una idea estupenda. Venga, chicas, subid a cambiaros.

*

Hemos hecho dos equipos para jugar: Robin y Olivia forman el primero, Eli y yo el segundo. Pasamos una mañana de sábado divertida y aprovechamos para comprar unas cosas en el centro

comercial.

—Dentro de poco es tu cumpleaños —recuerda Eli mientras caminamos por los pasillos de las tiendas—, dieciocho. Estarás deseando.

Vuelvo los ojos.

—¿Qué tienen de especial? Tú los hiciste el año pasado.

—Sí, pero a mí no me adelantaron un curso en la escuela.

—Bueno, nos conocimos gracias a eso. Y… a Hero también.

—Cierto. ¿Vas a celebrarlo?

—¿Mi cumple?

—Sí.

—Paso. Este año no me apetece.

Olivia, que camina de la mano de mi padre a escasos pasos por detrás de nosotras, irrumpe en la conversación.

—Claro que sí. Podemos hacer una fiesta en casa. Es más, Harper, creo que debes hacer una gran fiesta en casa.

—¿No os importa?

—Hija —papá aprieta mi hombro con afecto—, no se cumplen dieciocho todos los días.

—¿Y puedo invitar a mis compañeras de la universidad?

—Por supuesto. Aunque ya hablaremos de las condiciones. —Mira el cartel de una cadena de comida rápida—. ¿Queréis comer ahí?

—Por mí bien, me muero de hambre.

El estómago de Eli ruge cuando nos dirigimos al local. Cuando entramos, vamos a una de las mesas y tomamos asiento en los sillones alargados. Las baldosas cuadradas del suelo alternan dos colores: azul y blanco. Los sillones van en la línea, así como las butacas. Lo único que cambia son las paredes, pintadas de un rojo intenso que destaca sobre el resto de los tonos. Llega la mesera a tomar nota y, como de costumbre, soy la última en pedir.

—Yo… Aros de cebolla, patatas fritas y hamburguesa de pollo.

Disfrutamos de la comida, y casi hemos acabado cuando por la puerta aparecen Seth y Lilly. Me pregunto qué hace con ella y recuerdo lo que me dijo en el baño sobre que no eran nada. Luego recuerdo que por haber hecho algo con él anoche no tengo derecho a pedir explicaciones. Es más… Ni siquiera debería enfadarme por verlos juntos, pero lo estoy. Intento ponerme la chaqueta para irme, pero como estoy tan nerviosa no atino cuando meto las manos en las mangas. En consecuencia, vuelco el refresco de Eli sobre la mesa y el líquido salpica su ropa.

—¡Harper!

—Mierda. Perdona, Eli.

Mi padre y Olivia cruzan miradas entre ellos.

—Hija, ¿te encuentras bien?

—Sí, sí. Es solo que… ¿No hace calor aquí? Mejor os espero fuera.

Tapo mi cara con una de las cartas de comida cuando me dirijo a la salida, felicitándome a mí misma cuando salgo sin ser vista.

—¿Harper?

Me doy la vuelta.

Seth está detrás de mí, y parece divertido.

—Ah, hola. Yo… No te había visto.

Las comisuras de sus labios se estiran.

—¿No?

—No. Claro que no.

—Me ha parecido que huías de mí.

—¿Yo? Para nada. —Miento— ¿Con quién estás?

—Ya. He quedado con Lilly. ¿Quieres saber para qué?

No hay duda, soy imbécil por haber pensado que lo de anoche fue especial, por eso me armo de valor. No pienso dejarle ver las inseguridades que me provoca encontrarlo con ella.

—Me da igual el motivo, Seth. Está claro que tú y yo no somos nada, guárdate tus estúpidas explicaciones.

Tira la cartera al suelo después de oír lo que digo y se acerca, sosteniéndome por los hombros.

—Pero, ¿qué te pasa? ¿Por qué me hablas así?

—¿Que por qué te hablo así? ¡Estás aquí, solo, con Lilly!

—¿¡Solo!? —grita también—, ¿una cadena de comida rápida abarrotada de gente en el centro de Tacoma te parece que sea estar a solas con alguien? ¿Quién eres tú y qué has hecho con la chica de anoche?

—Eso es lo que querías, ¿verdad? Bien. Ya puedes alardear de lo que hicimos, pasar de mí y decir a los demás que pasas de mí porque soy una pesada. Es lo mismo que has hecho con Lilly. ¿Cómo era, Seth? Ah… Sí… Fue un rollo, fin de la historia.

Los ojos me pican.

—¿Eso piensas de mí? ¿Crees que anoche te usé? —Recoge la cartera del suelo antes de dar un golpe a la farola—. Perfecto. Que te den, Harper. ¡Que te den!

—¡Que te den a ti, Seth Bennet!

Mi padre, Olivia y Eli salen unos segundos después. Me meto al coche cuando Robin lo abre y aguanto como puedo las lágrimas mientras le veo volver dentro con Lilly.

17

A siete días del cumpleaños

Lo único que hago desde hace semanas es asistir a clase, estudiar y encerrarme en el dormitorio a dibujar. Eso, y examinarme de la vista y presentar infinidad de documentos, además de las pruebas, para conseguir la licencia de conducir. Ha sido el regalo anticipado de Robin y Olivia por mi cumpleaños. Es la semana que viene y todavía no he decidido si me apetece celebrarlo.

—¡Enhorabuena, conductora!

Todos los estudiantes que hay en la biblioteca, incluidos Keanu y Sophie, se giran hacia Emily.

—Baja la voz, por favor.

Pone los ojos en blanco antes de sentarse a mi lado. Las mallas que lleva son brillantes, a juego con la mochila y los pendientes.

—Esta noche vamos al autocine, ¿te apuntas?

Llevo evitando a las chicas desde mi discusión con Seth. Es más, desde ese día, paso más tiempo con Keanu y Sophie encerrada en la biblioteca que con ellas. Y doy gracias de que los hermanos Bennet estén en el último año de la carrera, así, al menos, no tengo que verle con Lilly. Aunque bueno, ella está en segundo. Por desgracia sí voy a tener que cruzarme con la animadora los próximos dos cursos.

—Gracias, pero prefiero adelantar trabajos de clase. Queda poco para los exámenes finales.

Siento alivio cuando se pone en pie sin insistir.

—Qué lástima… Tendré que dar la razón a Lilly.

Me giro hacia ella.

Intento sonar tranquila, pero no lo estoy.

—¿A qué te refieres?

—Dijo que era una tontería invitarte, porque no querrías venir. Eso… Y que no pintas mucho en un sitio así.

Meto mis resúmenes en la carpeta. Ni siquiera me importa si los estoy colocando por orden o desordenados.

—¿Eso dijo? Porque resulta que ahora me apetece muchísimo ver esa película.

Estira la boca para aplicarse más brillo de labios.

—Harper, no te he dicho cuál vamos a ver.

—¿Qué?

—Que no te he dicho el título de la película.

—Da igual, —coloco la silla en su sitio—, me encanta el autocine. ¿A qué hora habéis quedado?

*

No sé cuál es el rostro que más sorpresa refleja: si el mío al descubrir que el que espera en el coche es Seth, o el de Seth al verme con una falda vaquera, zapatillas deportivas de lengüeta alta y una estrecha chaqueta negra. Se suponía que era Brad el que recogía a Bethany y Emily antes de venir a por mí, no su hermano gemelo. Además, ¿por qué no hay nadie con él? Al principio

pienso que las chicas me han hecho una encerrona, pero es imposible, porque nadie sabe lo que ha ocurrido entre nosotros. Seth me observa desde el interior del vehículo. Por un momento creo que va a disculparse por cómo me gritó la última vez que nos vimos. Por eso, y por haberse reído de mí. Pero como no dice nada, me limito a subir al coche. Yo tampoco me disculpo. Me gustaría que hubiese entre nosotros algún tipo de tregua, pero a menos que encontremos la forma de retroceder en el tiempo, no tengo tan claro que podamos ser solo amigos. Y tampoco sé si sería eso lo que quiero.

—Felicidades, Harper.

Clava sus ojos en mí.

Yo le miro de reojo.

—¿Por qué?

—Emily me ha dicho que ya tienes la licencia.

—Ah, sí. Ya la tengo. ¿Dónde están las chicas?

Encoge los hombros.

—Ni idea.

—¿Cómo que ni idea?

—Como que no lo sé, supongo que con Brad.

—Y, ¿puedes decirme por qué no ha venido él a por mí?

—¿Por qué tendría que hacerlo? Estoy yo.

Incrédula ante su contestación, cruzo los brazos.

—Porque he quedado con ellas y con tu hermano, no contigo.

Arranca en cuanto cierro la puerta. Lleva la misma sudadera que me prestó el día que nos conocimos. Tendría que habérmela quedado para seguir disfrutando de su olor, pero luego me quito esa idea de la cabeza. Si me la hubiera quedado, habría llorado más, sobre todo por las noches, porque su olor es jodidamente envolvente. Me concentro en mirar las rayas que hay pintadas sobre el asfalto. De vez en cuando, lo observo de reojo, comprobando que aprieta los puños sobre el volante. Es la primera vez que hablamos desde hace semanas, porque hasta ahora me he dedicado a huir de él en la universidad. Y ahora, esto es demasiado raro.

—Si vas a quejarte todo el camino, te dejo aquí.

—Muy bien.

Abro la puerta con el coche en marcha.

Él frena en seco.

—¿Te has vuelto loca?

No puedo evitar reírme al ver su cara. Por si tiene alguna duda, señalo el cinturón.

—¿No pensarías que iba a tirarme?

Se inclina sobre mí para alcanzar el manillar, antes de cerrar de nuevo, esta vez con un portazo de regalo.

—No vuelvas a hacer eso.

—Pues tú no me amenaces con dejarme en la cuneta.

Me imita. El muy canalla me imita.

—¿No creerías que iba a dejarte a medio camino?

Le pellizco en el abdomen. Empiezo a pensar que se está convirtiendo en un gesto rutinario que solo hago con él. Y la idea… No me disgusta. Retomamos la marcha hasta el autocine con mucha tensión y sin dirigirnos la palabra. Casi puedo ver a lo lejos la pantalla blanca en la que proyectarán la peli, pero antes de meternos con el coche al aparcamiento, Seth se desvía.

—¿Qué haces?

—Lo que tendría que haber hecho cuando discutimos.

Contesto con ironía.

—¿De qué discusión hablas? Ah, ya… De cuando me dijiste «Que te den, Harper. ¡Que te den!», antes de largarte con Lilly. Por cierto, ¿qué tal la comida? Ojalá se os quedara fría.

—Harper… Intento ser amable.

—A lo mejor ese es el problema, que confundes amabilidad con no ser claro. Con flirtear. Porque con ella también eres «amable», ¿o vas a decirme que no?

Detiene el coche de golpe.

—Ahora resulta que no soy claro, y que además flirteo con todas. ¿Sabes? No sé ni por qué pierdo el tiempo intentando que esto funcione.

—¿Esto? ¿Qué es «esto»?, ¿un trío? No soy tu juguete, Hero. No puedes usarme cuando estás aburrido y luego largarte con la capitana de las animadoras. Eso fue… Humillante.

El tono con el que me responde es gélido como el hielo. Sin mirarme, arranca. Golpea el volante con la palma y maldice.

—No me jodas, Harper.

—¿Qué haces? ¿Así solucionas las cosas? Porque te adelanto que vas mal, muy mal.

—¡Acabas de llamarme Hero, joder!

—¿Qué?

Hago memoria. Joder. Sí. Vale… Le he llamado Hero. Mierda. Seth conduce sin mirarme ni dirigirme la palabra. Y se pasa la mano por el pelo despeinado, hasta que consigue calmarse un poco.

—Te llevo con las chicas al maldito autocine.

18

Reconozco la estridente voz de Lilly antes de ver al grupo en el aparcamiento. Emily, Bethany y Brad están sentados en el amplio maletero. Se lo han montado muy bien colocando almohadas, mantas y pequeñas luces led que generan un ambiente acogedor alrededor de la tapicería. Lilly habla animada con un chico. Su cara me suena. Creo que juega en el mismo equipo que Seth. Por lo que parece, han venido solos en otro coche.

—¡Eh! Llegáis a tiempo. ¿Palomitas y refresco?

Emily se acerca a nosotros cuando Seth aparca al lado de Brad.

Bajo la ventanilla para agarrar un puñado de palomitas que me llevo a la boca. Luego Seth aparca hacia atrás, para que el maletero esté orientado hacia la pantalla, como el de su hermano.

Bethany nos saluda desde el coche.

—¡No olvidéis sintonizar la radio para oír el audio!

Seth asiente sin mucho entusiasmo. Me duele verle así, resentido por algo que ni siquiera he hecho de forma premeditada. Pero claro, si él me hubiese llamado por el nombre de otra persona, también me habría enfadado. Y seguramente mucho más que él.

Mientras colocamos los cojines y las mantas en el maletero, intento tener con él algún acercamiento, conversación o contacto. En ninguno de ellos me hace caso, así que después de varios intentos sin resultado, me resigno a buscar asiento. El coche de Brad está ocupado por Bethany y Emily. Pienso que no pasará nada porque vea la película con ellos, pero antes de pedirles que me hagan un hueco, decido intentar arreglar las cosas con Seth. Señalo el sitio libre que hay a su lado.

—¿Puedo?

Retira la esquina de la manta. Aunque no me dirija una sola palabra ni la mirada, me lo tomo como una invitación. Durante los primeros minutos veo desde el maletero cómo el jugador y Lilly se besan. Me da la impresión de que lo hace para dar celos a Seth, pero él parece no prestarles atención. Lo único que mira es la gran pantalla y ni siquiera pestañea más de lo estrictamente necesario.

Emily aplaude cuando terminan los anuncios.

—Por fin empieza. ¿Cuántos han puesto? Por lo menos diez.

Brad tira de su capucha hasta tapar la cara de mi compañera en su totalidad. Lo hace con complicidad y ella se ríe después de darle en el hombro.

—A callar, pesada.

Emily le hace burla, pero guarda silencio. Por suerte, los ruidos que hace Lilly al darse el lote con el chico del coche dejan de oírse cuando comienza la película. Aprovecho para colocar un par de cojines antes de inclinarme hacia atrás. El grupo ya no está a la vista porque, al igual que el resto de espectadores, se han acomodado en los asientos o maleteros. Doy un sorbo a mi refresco antes de intentar otro acercamiento. Me prometo que será el último cuando Seth mira mis labios de reojo mientras sorbo el refresco con la pajita.

—Oye… Siento lo de antes.

—¿Ha salido una disculpa de tu boca o lo he imaginado?

El tono que usa no me gusta. Y a él tampoco, lo sé por cómo maldice por lo bajo. Hay un silencio incómodo entre nosotros que decido romper.

—Si vuelves a hablarme así, me largo. Lo siento de verdad, ¿vale? Pero tienes que entender que es demasiado reciente. Apenas rompió conmigo hace un mes. Luego pasó lo de la pelea y… Bueno. Después tú y yo… Ya sabes. No he pensado en él desde esa noche. Al menos, no como lo hacía antes.

La confesión final parece gustarle.

—¿Y en mí? ¿En mí has pensado?

Sé que puede sonar estúpido, pero no me avergüenza admitir que se ha metido en mi cabeza. Eso, y que desconozco la fórmula para hacerle salir.

—Sí.

—¿Cuánto, Harper? ¿Cuánto piensas en mí?

Me vuelvo para que no vea mis mejillas sonrojadas.

—No voy a decirte cuánto.

—Entonces… Dime si te gusto lo suficiente como para que merezca la pena intentarlo.

Mis ojos se concentran en la gran pantalla antes de responder.

—Seth, esa noche fue increíble. Pero al día siguiente te faltó tiempo para salir con Lilly.

Tira de mí, apoyando mi cabeza en su regazo.

—No has respondido a mi pregunta.

—¿Se te ocurre un motivo por el que deba hacerlo?

Dejo que me haga cosquillas en el pelo. Son… relajantes.

—No quedé con ella para lo que tú crees.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿para qué?

Como si le molestase que no confíe en él, echa el aire por la boca.

—Para hablar de ti. Quería que entendiera que hay cosas que no puede seguir haciendo, como colgarse de mi cuello cada vez que nos vemos. Sé que eso te molesta, aunque no lo digas. Y que te ha tratado mal desde el principio.

Cada una de sus palabras generan en mí un efecto calmante. Y me proporcionan la fuerza que necesito.

—Entonces, ¿no te has vuelto a liar con ella?

Ríe tan alto que sus carcajadas resuenan con eco en el autocine. Más de una persona se gira pidiendo silencio.

Seth baja la voz.

—No. Solo quería hacer las cosas bien. Sus padres son muy amigos de los míos. También es del grupo. Intentaba evitar problemas futuros, y que te respete. Ahora dime… ¿Crees que merece la pena que lo intentemos?

Tiemblo.

—¿Tú qué quieres?

—Que no huyas de mí, ni de ti misma. Que tires todas esas capas bajo las que te escondes. Quiero que pases página, aunque tengas que volver a tropezar otras mil veces. Y… aunque sé que no lo necesitas, también quiero protegerte. Y no… No me preguntes, por qué, porque no lo sé. Pero te necesito conmigo, Harper.

Su respuesta está cargada de determinación. No me salen las palabras, así que opto por sujetar su cara entre mis manos, acariciar su barbilla y besarlo. Es un beso íntimo, con el que disfruto de la suavidad de sus labios. Del calor que me produce su lengua cuando atrapa la mía con delicadeza. De sus manos sujetando mi barbilla. Eufórica, arqueo la espalda cuando recorre mi cuello con sus besos. Antes de introducir su mano por debajo de la falda, pide permiso. Él siempre tan educado, respetuoso y políticamente correcto. Le invito a acariciar mi cuerpo.

—¿Y si nos ven?

Tira de la manta para taparme las piernas y yo dirijo mis dedos hasta la cremallera de su pantalón.

—No vuelvas a mencionar su nombre.

Me pego más a su cuerpo.

—No lo haré.

—Bien…

El ritmo de nuestras respiraciones se acelera.

—Seth, no quiero más secretos. Si quedas con Lilly, aunque me gustaría que no lo hicieras a solas, debo saberlo.

—Vale.

—¿Vale?

Le miro para asegurarme.

—Nada de secretos.

Volvemos a besarnos. Nuestras manos juegan y mi corazón amenaza con salirse del pecho. Cedo a la tentación de abrazarlo y me coloco a horcajadas sobre él. Sus ojos resbalan por mis labios antes de atraparlos de nuevo. Vuelve a besarme, a acariciar mi cuerpo como si este fuera un templo, como si no pudiera evitar tocarlo. Noto el cosquilleo en la boca del estómago cuando habla con voz suave en mi oído, cubriendo su rostro como si le avergonzase el hecho de exponerse tanto. De abrirse. Y acaricia el contorno de mis labios.

—Dios… Harper… Creía que no volvería a estar contigo así.

—Yo también te he echado de menos, si era eso lo que querías decir.

Seguimos acariciándonos mientras compartimos ese algo especial que nos une. Me da miedo que esto se acabe, incluso el separarme de sus labios. No me importa dónde estamos ni que haya más gente, porque tengo la sensación de que es imposible que encuentre en un futuro a alguien así de especial. Por eso me dejo envolver por sus brazos.

—¿Cuánto? ¿Cuánto me has echado de menos?

—Demasiado, Seth.

Confieso, antes de abandonarme a él.

19

Vivir en Tacoma no está tan mal, incluso me siento mejor de lo que habría imaginado. Lo único que echo de menos de Leavenworth es a mi madre y a Eli. Aunque hablemos casi a diario, no es lo mismo. Resulta complicado estar lejos de lo que considero mi familia y hogar, aunque puede que esa percepción tan recta esté cambiando. Hay días en los que sonrío varias veces sin darme cuenta y ya no lloro por las noches. Pero que Anne no esté conmigo… Es duro. Da igual que salga con las chicas o con Seth, que Olivia organice planes increíbles o que los estudios me absorban, porque nada consigue que no eche tanto de menos a mi madre y sus abrazos, el tono cálido de su voz o incluso su respiración cuando nos tumbábamos las tardes soleadas en el patio; ella a leer, yo con mis pinturas.

—Felices dieciocho. Te he comprado algo.

Seth irrumpe en la cafetería con su enorme bolsa deportiva. Como siempre hace, llega más que puntual y besa con cariño mi cuello. No esperaba nada, así que más que emocionada, tiro del extremo del lazo que envuelve la caja. Es una sudadera, pero no una cualquiera… No… Es la de Seth. Es la que me dejó en esta misma cafetería del campus cuando nos presentaron. Y me trae tantos recuerdos bonitos de esos días que me parece el mejor regalo del mundo.

—¿Es para mí?

—A ti te sienta mejor.

—Gracias, gracias, gracias… Significa mucho.

Saca una tarjeta de papel grueso mientras carraspea, y no puedo por menos que tirarme a sus brazos. Me mira durante una eternidad, quedándose muy quieto cuando acaricio su labio superior.

—Hay otra cosa.

Entusiasmada, me fijo en que el mejor jugador de la uni parece nervioso. Vuelve a carraspear antes de hablar, sin dejar de acariciar mi espalda.

—Mis padres se van mañana a Ashford, tienen una casa a las afueras de la ciudad. He pensado que, si te apetece, podrías venir con nosotros.

Leo lo que pone en el grueso papel: «Te propongo un fin de semana inolvidable, ¿qué me dices?». Se le ve feliz ante la idea de que conozca a sus padres, tanto que me resulta impensable rechazar la invitación.

—Me encantaría, pero no hace ni un mes que nos estamos conociendo. ¿A ellos les parece bien?

—Lo sé, lo he pensado también. Pero me da igual. Prefiero que crean que hemos perdido la cabeza a que estemos un fin de semana separados.

Me da la risa porque, aunque suene loco, yo también prefiero que piensen que hemos perdido el juicio a estar hasta el lunes sin vernos. El único problema es que Robin va a ser un hueso duro de roer.

—Intentaré convencer a mi padre.

Satisfecho con mi respuesta, me coge en brazos. La carpeta y los apuntes salen volando. Me río cuando se arrodilla de forma dramática para recogerlos del suelo como el caballero que es, mientras ignora todas y cada una de mis quejas.

—¡Seth! Venga. Voy a llegar tarde a la primera clase.

—¿Cuánta gente va a ir a la fiesta?

—Veinte, más o menos. He invitado a alguna compañera del grado de finanzas y contabilidad, a las chicas, a Brad y Keanu… Ah, y a un tal Seth.

—Ah, así que va un tal Seth…

Le pellizco en el abdomen cuando me hace cosquillas, después me inclino para darle un rápido beso en los labios. No quiero separarme de él, pero tengo clase.

—Eso parece. ¡Me voy!

Tira de mí antes de que me vaya y besa mis labios de esa forma tan suya que se asemeja a recibir una brutal sacudida. Con las cosquillas aún en el estómago, corro por los pasillos de la universidad hasta la clase de economía y entro casi a la vez que el profesor. Se nota que falta poco para los exámenes, porque las aulas como esta, en la que normalmente sobra la mitad del mobiliario, un día como hoy está repleta. Intento prestar atención a lo que dice el maestro, pero me desconcentro pensando en Seth, en lo feliz que estoy con él, en lo bien que me hace sentir y en cómo logra que todo lo que me rodea parezca más fácil. Después de Hero, no habría imaginado que volvería a sentir tanto por alguien, mucho menos tan rápido. Con Seth, el tiempo pasa de forma diferente a cuando estoy con el resto del mundo. Con él siento que puedo ser yo, porque no me juzga. No tengo que sonreír si no me apetece ni fingir que estoy bien en los días malos. Puedo reír a carcajadas por algo que me divierte o llorar hasta quedarme sin lágrimas porque eche de menos a Anne. Puede que por esos motivos esté tan enamorada de él. Y que la idea de que se vaya a Ashford el fin de semana sin mí, aunque suene surrealista, me destroce. La necesidad de tenerlo cerca crece a medida que nos vamos conociendo, porque, aunque nos obliguemos a ir con calma por las circunstancias, por dentro ambos sabemos que nos queremos. Y es que amar tantísimo a otra persona también asusta, sobre todo cuando esa chispa incomprensible e inesperada no hace otra cosa que crecer.

Cuando la cabeza de mi tutor asoma por la puerta del aula, dejo mis fantasías y me veo de vuelta en el mundo real.

—Señorita Stone, venga conmigo.

Bajo los escalones a la carrera para no perderle de vista, hasta que se detiene en el pasillo. Coloca con familiaridad su mano sobre mi hombro y le sigo hasta la que es su clase.

—Señor Johnson, ¿ocurre algo?

—Colin, por favor… Está bien guardar las formas en el aula, pero aquí no nos escucha nadie.

Guardar las formas es importante, muy importante, pero entiendo que la amistad que comparte con mi padre me da ciertas licencias. No sería correcto llamarle por su nombre delante de los alumnos ni de otros profesores, pero como bien ha dicho: «aquí no nos escucha nadie». Y su clase está completamente vacía.

—¿Cómo llevas el curso?

Me invita a sentarme en uno de los pupitres.

—Perdona, Colin. ¿Esto es una especie de tutoría?

No es que me moleste que me haya sacado de la primera clase del día, solo me preocupa que el motivo para hacerlo debe haber sido algo muy gordo.

—Más o menos. Verás, quería felicitarte por tu trabajo. Eres una de las alumnas más brillantes del centro. Los profesores y yo, admiramos la increíble adaptación que has tenido en las clases.

—No sé qué decir, supongo que también es mérito vuestro.

—Sigue así, Harper, y en el futuro podrás ser lo que quieras. Solo quería transmitirte mi reconocimiento, no pretendo robarte más tiempo. Por cierto, feliz cumpleaños. Sé de buena tinta

que tu padre está muy orgulloso de ti.

—Colin.

Le llamo antes de que se vaya.

—¿Sí?

—Gracias. Robin te tiene en alta estima, empiezo a entender por qué.

—No tanto como yo a él.

20

Felices dieciocho

Olivia y Robin se disponen a marcharse. Han prometido no volver hasta las doce si me comprometía a no sacar alcohol en la fiesta, a no fumar y a tener el teléfono disponible. Las chicas, Keanu y algunas de mis otras compañeras de clase ya han llegado.

—Espera, papá.

Se detiene cuando le llamo, al ver por la enorme cristalera del salón el coche de Seth. Voy fuera con Olivia y él, justo cuando el chico más guapo de Tacoma sale del vehículo con un pantalón de vestir recto, la camisa lisa y unos tirantes negros. Cuando nuestros ojos se cruzan, noto la mirada de Olivia sobre mi nuca. Los nervios hacen que las palabras salgan de mi boca de forma atropellada.

—Quiero presentaros a alguien… Él es Seth.

Robin se lleva los dedos a la barbilla.

—Así que tú eres Seth.

—Me alegro de conocerle, señor Stone. A usted también, señora Stone.

La inclinación que realiza con la cabeza me parece de lo más tierna. Después me da un casto beso en la mejilla y me ablanda el corazón que Olivia parece emocionada antes de romper el hielo, envolviéndolo en un cálido abrazo.

—Estamos muy contentos de conocerte, ¿vais a la misma clase?

—No. Yo estoy en el último curso.

—Así que tienes veintidós —inquiere Robin.

—Papá, solo son cuatro años de diferencia.

—Pero en edades en las que la vida es muy distinta.

Su respuesta me descoloca, porque no creo que la diferencia de edad sea significante para nada. ¿Desde cuándo cuatro años pueden separar a dos personas? Seth acaricia mi espalda con sutileza mientras Olivia riñe a Robin. Mi padre no tiene nada que hacer contra ella, siempre claudica el primero, dando por perdida la pelea.

—No seas antiguo. El chico parece encantador y tu hija es mucho más feliz ahora que cuando llegó a Tacoma.

Aprovecho el momento para soltar lo de la escapada.

—Eso es… Justo de lo que quería hablaros. Me ha invitado a Ashford, a pasar el fin de semana. Estarán sus padres y su hermano.

—Ni hablar —Robin es tajante, hasta que ve cómo le está mirando Olivia—. Quiero decir que, aunque estén tus padres, quizá es pronto para que…

—Oh, venga ya… Tiene dieciocho años.

—Pero aún es una niña.

—Siempre, por muchos años que pasen, seguirás viéndola como tu niña. Pero no lo es, Robin. Harper es lista y responsable, además de una de las mejores de su clase. Yo creo que se ha ganado ese fin de semana en Ashford.

—Maldita sea. Ni siquiera sé si Anne lo aprobaría.

Junto las manos.

—Por favor, papá.

—Pero te quiero el domingo de vuelta.

¿Eso ha sido su forma de decir que sí? Su mujer me guiña un ojo cuando se apartan de la puerta, para que el resto de mis compañeras de clase pasen al salón. Seth les habla con respeto cuando suben al coche.

—Cuente con ello, señor Stone.

Me alza en brazos cuando el coche se pierde en la noche y comienza a girar sobre sus talones. Los volantes de mi vestido ondean en el aire hasta que me deja en el suelo. Y mi padre, desde el final de la calle, toca el claxon al vernos por el retrovisor. Mi cuerpo no para de temblar por la emoción cuando Seth agarra mi mano. Corremos hasta dentro de la casa y una vez en el sofá, me siento sobre su regazo.

—Estaba convencida de que no me dejaría ir.

—Pues lo ha hecho.

Nos besamos hasta que Sophie se sienta a nuestro lado. Sé que para ella es un esfuerzo estar aquí, por eso valoro tanto su presencia. Además, trae algo pequeño envuelto en un delicado papel.

—Feliz cumpleaños, Harper.

—Gracias por venir.

—Espero que te guste.

Lo desenvuelvo con intriga. Ante mí aparece la foto que ha puesto en el marco, en la que salimos nosotras, Seth, Brad, las chicas y Keanu. Es de una mañana cualquiera en la cafetería de la universidad. Todos salimos haciendo el bobo: con la lengua fuera, poniendo muecas o abriendo la boca con desmesura. Me la llevo al corazón, porque Tacoma para mí son ellas y Seth, Olivia y Robin, los puestos de comida rápida y jugar a los bolos. Y aunque no vaya a quedarme para siempre en North End, sé que me acordaré de cada uno de ellos.

—Sophie, es un detalle muy bonito.

Emily trae refrescos antes de sentarse entre Bethany y Keanu. Saca del bolso dos micrófonos y una pantalla táctil que conecta a la barra de sonido del televisor. Es un juego que ya conozco.

—¿Jugamos?

Una chica de la uni se acerca al sofá.

—Oye Harper, han llamado al timbre.

—Gracias por avisar, he pedido cena.

Revuelvo el pelo a Seth cuando me levanto para abrir, pero al otro lado de la puerta está Lilly y me da con el pelo en la cara al girarse. Se ríe como si le importara una mierda todo lo relacionado conmigo y entra sin permiso a la casa de mi padre y su mujer con unas cajas llenas de alcohol. Comienza a sacar latas de las bolsas que ha traído y la gente se amontona alrededor. Alguien abre la puerta entre todo este caos y los chicos del tercer y último curso se cuelan en casa, acompañados del resto de las *cheerleaders.* Su estridente voz atraviesa mi cabeza.

—¿Quién quiere cerveza?

La casa se desmorona con ellos: cigarros encendidos, vasos por el suelo, alcohol por todas partes, comida en el sofá… El olor del humo se pega a las paredes y a los muebles. El ambiente se carga demasiado y llega el repartidor con las pizzas, aumentando más, todavía, el caos. Manos de desconocidos y desconocidas vuelan hasta las cajas haciéndose con las porciones. Más que personas, parecen animales cuando comen. Mientras esquivo la mierda que van tirando al suelo, pienso en las consecuencias que habrá como mi padre llegue y se encuentre con esto. Si eso ocurre, ya me puedo ir despidiendo de Ashford.

Seth tira del brazo de Lilly sin ninguna delicadeza.

—¿De qué vas?

—¿De qué vas tú agarrándome así? Desde que te tiras a la engreída de Harper pareces otro, Bennet.

—No vuelvas a decir eso.

—¿El qué? ¡Toda la universidad sabe que te la estás follando! Lo mismo piensas que no os vimos en el autocine.

Siento que todas las miradas se centran en mí cuando voy hasta ella y tiro de su top. Y también de una buena parte de su pelo. Varios mechones se me quedan entre los dedos.

—¿Crees que todas nos abrimos de piernas con la misma facilidad que tú?

Lilly me da un manotazo cuando los jugadores y las animadoras gritan lo primero que se les pasa por la cabeza. No me gusta cómo me mira ni lo que dice a continuación, después de reírse con malicia.

—Entonces, ¿es cierto que aún no te la has follado? Vaya, Bennet… Conmigo no esperaste tanto. De hecho, si no recuerdo mal, me lo hiciste en el asiento trasero del coche, la primera noche que nos liamos.

—¿Sabes, Lilly? Espero que esto lo disfrutes, al menos, la mitad de lo que me va a gustar a mí.

Agito una de las latas de cerveza y la abro delante de su cara. La espuma sale propulsada, empapando las paredes y el suelo, su pelo y la ropa. Las capas y capas de maquillaje que lleva en su rostro se desmoronan. A nuestro alrededor, vuelve a formarse un bullicio ensordecedor que aumenta cuando clava las uñas en mi cuero cabelludo, a la vez que sus dedos se enredan en mi pelo. Siento un escozor inmediato en la cabeza mientras noto cómo la sangre me hierve en las venas.

—Zorra —grita.

Vuelve a clavarme las uñas.

—¿Yo? Si comparada contigo soy una monja.

Las chicas, Seth y Brad, que había desaparecido con una de mis compañeras de clase al empezar la fiesta, hacen lo posible por separarnos. O más bien por quitar las manos de Lilly de mi pelo. Aprovecho la ayuda para mover la cabeza en un impulso hacia arriba y, de repente, choco con algo que hace «crac». Creo, por los gritos de Lilly, que la he dado en la nariz. Y mi teoría se reafirma cuando al suelo caen dos gotas de sangre. No me alegro de haberla hecho daño, pero después de todo, tampoco es lo que más me preocupa en este momento.

—Te arrepentirás de esto, Harper.

Una de las *cheerleaders* me dedica una mirada de reproche antes de llevársela fuera. Y eso me molesta tanto que pierdo los nervios.

—¿Y tú qué miras? ¡Fuera de aquí!

Sophie y Keanu llegan a mi lado a la vez que Seth. Las chicas y Brad no tardan en hacer lo mismo. Todos se preocupan por cómo me siento, pero soy incapaz de contestar. No me gusta la Harper que no tiene el control. No me gustan las peleas. No me gusta levantar la voz como lo he hecho, ni sentir que, en todo lo que tenga que ver con Seth, me resulta imposible mantener frío el cerebro.

—Harper.

Seth comprueba que Lilly no me haya hecho daño. Lo que no sabe, es que hay heridas que no se ven. Me acerco al equipo de sonido y arranco el cable de la pared antes de gritar como una loca. Empujo a los jugadores y a las animadoras para echarlos a la calle. Emily y Bethany me ayudan, junto a Seth y Brad. Me siento bien con Sophie y Keanu, que permanecen en todo

momento a mi lado.

—¡Largo de aquí! ¡Todos! ¿Es que no me habéis oído? Se acabó la fiesta. ¡Fuera!

Cuando la casa queda vacía, miro a mi alrededor y observo que todo es un auténtico desastre.

—Hay que limpiar esto antes de que vuelvan Olivia y mi padre.

21

Sophie limpia las manchas que la cerveza ha dejado en la pared. Mientras, Keanu recoge las colillas de los cigarros, los vasos de plástico y las botellas vacías. Emily y Brad abren todas las ventanas para ventilar, suben al piso de arriba y comprueban que no haya más parejas acarameladas en ninguna de las habitaciones. Bethany tira los trozos de pizza mordisqueados del sofá y los restos de comida que hay por la mesa grande a la basura, al tiempo que Seth barre el suelo. Voy pisándole los talones con la fregona, frotando la bebida derramada. Cuando termino de fregar el salón, suspiro, agotada mientras mi cuerpo se relaja sobre el mullido sofá.

—Gracias. No sé qué habría hecho sin vuestra ayuda.

—Ha sido la mejor fiesta del año.

Giro la cabeza hacia Emily.

—Sí —me burlo—, claro.

—En serio, Harper. ¡Has puesto a Lilly en su sitio!

—El cabezazo ha estado bien —comenta Brad.

Bethany sonríe mostrando todos los dientes.

—¿Bien? Ha sido una pasada. Además, hoy estás muy guapa.

Keanu se fija en mi vestido.

—Sí. Te sienta bien.

Sophie extiende los brazos.

—¿Abrazo de grupo?

—¡Felices dieciocho! —me felicitan.

—¿Enciendo el karaoke hasta que lleguen el señor y la señora Stone?

—Lo siento, Emily, pero no tengo muchas ganas de…

Bethany no me deja terminar.

—¡Claro que sí! Es tu cumpleaños.

—Está bien. —Cojo uno de los micrófonos—. Pero elijo de pareja a Sophie.

—¡Oh! ¡Venga ya! —gruñe Keanu, porque es la que mejor canta.

—¡Ah! Soy la cumpleañera.

Cantamos una canción actual antes de pasar los micrófonos a la siguiente pareja formada por Brad y Emily. Les toca una que no conocen muy bien y pierden puntos cuando fallan parte de la letra. Keanu, Bethany y Seth, cantan juntos para que nadie se quede sin participar en ninguna de las rondas. Todo esto es muy divertido. Cada vez me gusta más estar con ellos, porque puedo expresarme sin sentir que juzgarán cada una de mis acciones o palabras. Porque todos somos muy nuestros, diferentes de los demás: Keanu y Sophie no son dos frikis, como se dice en la universidad; de hecho, son las personas más curiosas e inteligentes que conozco. Brad, en cambio, tiene otras virtudes; una sonrisa picaresca y, como dijo en su día Emily, «mucho rollo». Aunque parezca que nos tira la caña, tan solo es su forma de actuar, y parece ser la única manera en la que sabe comportarse. Bethany es pura alegría y carisma. Emily es real, natural, siempre dice lo que piensa con claridad. Y Seth… Seth es mi debilidad. Me fascina su personalidad, cómo me trata y su temple. Estar con él resulta adictivo; siempre tengo la sensación de que necesito más. De que mi cuerpo no se cansa de él, ni mi cabeza ni mi corazón. Lo quiero todo de él. Ya está. Ya lo he dicho. Soy Harper Stone… Y me he vuelto adicta a Seth Bennet.

*

Cuando nos quedamos solos, la casa permanece sumida en un silencio relajante. Lo cierto es que estoy hecha polvo con lo que ha pasado, y no intento ocultarlo. Solo ignoro el sentimiento doloroso. Eso, y las imágenes que recrea mi cabeza, que parece haberse empeñado en imaginar a Lilly sobre él, en el asiento del coche.

—¿Qué te preocupa? —pregunta.

Siento que soy para él como un libro abierto. Desde que empecé con Hero, tenía la sensación de que nadie lograría calmarme como lo hacía él. Pero me equivocaba, otra vez. Hay personas que nos entienden, con las que coincidimos, gente a la que no hace falta explicar nada para que comprendan las cosas. Pero con Seth es diferente. Mágico. Más fuerte. Como si nuestra conexión fuese única en el mundo. Como un choque de mente y corazón que no entiende de tiempo ni distancia, porque con él puedo compartir algo tan íntimo como mis temores e inquietudes. O algo tan bueno como que perciba mi estado de ánimo.

—No soporto a Lilly. Me pone de los nervios imaginaros… Ya sabes. Estoy harta de ella, ¡más que harta de que se meta en todo!

Parpadeo para disimular que mis ojos están acuosos por las lágrimas.

—Harper, ella no me interesa en absoluto.

—Dijiste que Lilly era amiga de tus padres.

—En realidad, sus padres son amigos de los míos. Y después de lo que ha hecho, solo quiero que esté lejos de ti. No mereces pasar por estas mierdas.

Su cuello se tensa al recordar lo que ha ocurrido en la fiesta.

—Necesito sentirte, Seth. —Me contoneo sentada encima de él, levantando el vestido para que el roce sea mejor cuando le desabrocho el pantalón—. Quiero borrar de tu cuerpo cada beso o caricia que Lilly o cualquier otra chica te haya dado.

Deja escapar un profundo suspiro antes de meter las manos bajo el corpiño. Sus ojos recorren mis muslos antes de hundir sus labios en mi boca. Su cuerpo enseguida reacciona ante el mío, está tan duro que me pongo nerviosa cuando nos rozamos.

—Para, Harper.

—¿Tienes un preservativo?

Vuelvo a moverme sobre sus caderas. El contacto resulta agradable, por eso cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás. Él hace lo mismo, intentando resistir el deseo.

—Espera, ¿con tu ex has…?

—Solo una vez. Fue antes de venir a North End.

No ha vuelto a pronunciar el nombre de Hero desde la pelea. Y yo tampoco. Si tiene que referirse a él, lo llama como ha hecho ahora: «tu ex». Los recuerdos de ese encuentro me abordan. Me acuerdo de cada beso, de su ropa al caer, de la erección haciéndose paso con suma delicadeza. Pero sobre todo de los tatuajes moviéndose en su piel, mientras el calor nos asaltaba porque la atracción era brutal.

—¿Fue importante para ti?

Sus manos continúan en mis caderas. En su rostro no hay odio ni resentimiento, tampoco celos, solo curiosidad por descubrir en qué punto emocional me encuentro. Besa mi hombro, atrayéndome hacia él.

—Sí, Seth. Una no pierde la virginidad a diario, ni a su pareja días después.

—Yo también quiero borrar cualquier resquicio que haya dejado sobre tu piel. —Hunde sus labios en mi boca antes de continuar—. Pero no porque te hayas puesto celosa con lo que ha dicho Lilly. Quiero decir que, me gustaría hacerlo solo cuando sientas que estás preparada.

Cuando hayamos hecho tantas cosas juntos que el acto sexual no suponga más de lo que es. Porque no importa el sexo en sí, sino lo que la otra persona te hace sentir. Y nadie me ha hecho sentir tan bien como tú.

Me emociona el significado de sus palabras y estoy más que segura de querer hacerlo con él. Cuando muevo mis caderas, gruñe en un esfuerzo por no perder el control de su cuerpo. Su boca desciende por mi hombro, y se dirige al pecho. Me mira a los ojos antes de deslizar su lengua por el escote. Retira la ropa interior para meter dos dedos dentro, y yo le rodeo con los míos antes de hacer movimientos rítmicos arriba y abajo.

—Estoy preparada, ¿vale?

Niega con la cabeza después de besar mi frente.

—Mañana en Ashford.

—¿Por qué?

—Porque quiero que nuestra primera vez sea especial.

Abro mucho los ojos. No sé cómo es posible querer a alguien más que a uno mismo, pero se puede.

22

Ashford

Cuando el señor Bennet detiene el coche frente a una preciosa casa de color rojo con forma de cabaña, no puedo evitar preguntarme cómo no viven aquí. Alrededor es todo verde. Infinidad de cedros forman parte del paisaje, así como la hierba, el musgo y las flores violetas. Observo impresionada cómo la forma puntiaguda de las montañas se refleja en el agua mientras froto mis manos para calentarlas, en uno de esos días en los que las temperaturas son bajas.

—Se ve el lago desde aquí.

Soy incapaz de apartar la vista del paisaje, hasta que la señora Bennet saca las llaves y me invita a pasar.

—Entremos dentro, hará mucho mejor que a la intemperie.

Brad se ríe. Abraza con afecto a su madre.

—Por favor, que estamos en marzo, no en diciembre.

Finge darle una colleja cuando pasa por su lado.

—Anda, tira.

Solo he traído una maleta de mano con lo necesario, pero Seth insiste en llevarla.

—¿Siempre ha sido tan caballero?

—Desde bien pequeño, no como Brad.

Pone los ojos en blanco cuando el aludido hace una mueca.

—Os he oído.

—No seas dura con él —bromea su padre—, o querrá volver a Tacoma antes de mañana.

Pasamos al interior. Todo es de madera: las paredes, las vigas, el suelo… El largo sofá parece acogedor y la alfombra verde esmeralda proporciona a la estancia un aspecto cálido. La chimenea es de acero y, aunque esté apagada, queda muy bonita como parte de la decoración. Me fijo en el cesto de mimbre que hay al lado, donde guardan los troncos ya cortados. El señor y la señora Bennet me enseñan la casa antes de decirme cuál es mi habitación, pero Seth se apoya en la pared con los brazos cruzados. Sus padres intercambian miradas entre sí. Por sus caras, creo que es la primera vez que Seth trae a una chica. Y puede que por eso no sepan cómo actuar.

—Harper se instalará conmigo.

—No —intervengo—, no pasa nada. Esta habitación está muy bien.

—No dormirá en esta habitación. Es mi pareja y no hay nada más que discutir sobre este tema.

Le pellizco con disimulo el abdomen, pero no parece satisfecho ni dispuesto a aceptar una negación. No está dispuesto a ceder y tira de mí en el pasillo hasta que gira a la derecha, metiéndose en un dormitorio con baño propio, cama doble y una enorme ventana desde la que se ven los árboles, el lago y los picos de las montañas.

—Oye, ¿a qué ha venido eso?

—¿Sabes a la de chicas que se ha follado Brad en esa habitación? Ni de coña habría dejado que durmieras ahí.

—¿Y tú?

—Yo no.

—¿Ni siquiera a Lilly?

—No. Venía alguna noche a cenar con sus padres, pero nunca la he invitado a dormir.

Paseo los dedos por la estantería llena de fotos, por las camisetas de *rugby* firmadas, por los trofeos y las medallas que adornan las baldas.

—¿Y aquí has estado con ella?

—No. Nadie entra en mi habitación. Bueno, nadie excepto tú, ahora. Ni siquiera mis padres.

—¿Por qué?

—Hace años que es mi… refugio. Un espacio personal. No me ha apetecido compartirlo.

Cojo uno de los trofeos que presiden el mueble.

—¿Son tuyos?

—Cada uno de ellos.

Se sienta en la cama, observando cómo toco las camisetas firmadas.

—Eres demasiado bueno, Seth. En todo lo que haces.

Resulta difícil descifrar su mirada, pero observándole con detenimiento puedo ver el dolor que esconden sus ojos. Dibujo un círculo imaginario alrededor de nosotros.

—¿Qué ocurrió para que te aislaras aquí de las personas que más te quieren?

La cama cruje un poco cuando me siento a su lado.

—Hace tiempo, mis padres pasaron por una mala racha. Muy mala, a decir verdad. —Echa el aire por la boca—. Hubo rumores en North End que acusaban a mi padre de algo que era mentira. Y fue tal el escándalo que estuvieron a punto de divorciarse.

—Y esto… Era tu fortaleza. Tu lugar seguro.

—Sí. Esta habitación y la de la casa de North End. Me centré en el deporte y en los estudios para evadirme. Para escapar de toda esa mierda que nos ha perseguido durante años.

Apoyo mis manos en su cara.

—Si ocurrió hace años, quizá no fue tan malo como lo recuerdas.

—Acusaron a mi padre de algo muy serio. No sabes lo que nos ha costado recuperar nuestra vida de antes. La normal. Volver a ser una familia feliz y querida por los mismos vecinos que nos miraban inseguros, por culpa de una mujer que intentó arruinarnos la vida.

—Tuvo que ser muy duro.

Apoya la cabeza en mi pecho.

—Él tuvo un desliz en el trabajo. Estoy seguro de que haber fallado a mi madre es algo que le perseguirá de por vida, pero no es un violador.

Por mi cabeza pasan cientos de preguntas, pero las ignoro porque a Seth este tema le hace daño. Tuvo que ser un golpe muy fuerte para todos y no puedo ni imaginar lo que sintió la señora Bennet al descubrir la infidelidad. Ni siquiera soy capaz de visualizar a su padre con otra mujer.

—No es un violador —repite, antes de romperse.

Rozo sus labios. Es un beso sencillo, cargado de sentimiento. Le rodeo con los brazos antes de subirme a horcajadas sobre él, sujetando su cara entre mis manos, asustada porque nunca le he visto tan vulnerable ni expuesto.

—Siento mucho que hayas pasado por eso. Si necesitas hablar, estoy aquí, ¿vale? A tu lado. Para lo bueno y para lo malo.

—¿Sabes? El día que empezaron los rumores, no quería volver a casa. Acabé el partido de *rugby* y me quedé en los vestuarios durante horas. Cuando me atreví a salir, los vecinos que había por la calle me miraban con pena.

Hace una pausa, tapándose la cara con las manos. Cuando levanta la cabeza, sus ojos están

rojos por las lágrimas.

—No sigas si no quieres.

—Quiero, Harper, porque necesito que conozcas esa parte de mi vida. Mis padres estaban gritándose cuando llegué. Había cristales rotos en el suelo, supongo que los tiró mi madre por los nervios, durante la discusión, y su maleta estaba en la puerta. Cuando me vio, lloró como nunca lo había hecho. —Coge aire—. Sufrió un ataque de ansiedad tan fuerte que la ingresaron. Y cuando volvió, después de varios días en la clínica, se encontró con que todo el vecindario la señalaba. Todo el mundo sabía que mi padre la había engañado. Se inventaron que había violado a una de sus clientas, aprovechándose del cargo que tiene en la sucursal.

Después de todo lo que ha dicho, parece que se relaja un poco, como si hablando del problema hubiese soltado parte de la carga. Nos tumbamos juntos sobre la colcha de la cama y le acaricio el cabello cuando cierra los ojos.

—Tus padres se aman, Seth. Quédate con eso. Ojalá los míos hubiesen tenido un final como el suyo —susurro, y recuerdo mi propio dolor cuando Robin nos abandonó.

23

Bajo al salón después de ducharme. La ruta por los senderos ha sido agotadora, aunque ha merecido la pena respirar el aire fresco y disfrutar de las vistas que ofrecía el paisaje. Me acomodo en el sofá. A través de la cristalera veo cómo Brad, Seth y el señor Bennet, beben cerveza mientras charlan con tranquilidad. Se les ve felices, sentados en uno de los bancos de forja.

—Harper, ¿te apetece un café?

—Claro.

—¿Con leche?

—Por favor.

Lo remuevo con la cucharilla cuando me acerca la taza.

—¿Qué tal la universidad? Seth me ha contado que estudias contabilidad y finanzas.

—Sí. Mi madre está en Leavenworth y, bueno, hay que entender los números para llevar la tienda y los servicios de decoración.

—¿Has dicho Leavenworth?

—Sí. ¿Lo conoce?

—Sé que está en el condado de Chelan, pero no he tenido el gusto de visitarlo.

—Mi madre trabaja allí. La tienda se llama *Moore Decorations*. A lo mejor ha escuchado el nombre, lleva abierta varias generaciones.

—Un momento, ¿*Moore Decorations*?

—Sí. Es una tienda pequeña, pero bonita.

—Harper, ¿eres la hija de Anne?

—¿Conoce a mi madre?

Su taza cae sobre la alfombra verde esmeralda.

—Señora Bennet, ¿se encuentra bien?

Estoy pensando en avisar a Seth del estado de su madre cuando escucho las ruedas de un coche derrapar cerca de la casa, hasta detenerse muy cerca de la fachada. El grito de Robin atraviesa las paredes, precedido del portazo que da al bajar del vehículo. Su voz suena implacable y me apresuro a salir. Mi corazón va a un ritmo frenético. ¿Qué es lo que está pasando?

—¿Dónde está mi hija?

—Papá, ¿qué haces?

—Coge tus cosas y sube al coche.

—Pero, ¿qué pasa?

—¡Que vayas a por tus cosas!

La madre de Seth se lleva una mano al corazón cuando ve a mi padre. No me pasa desapercibido cómo nos mira: primero a él, luego a mí. Necesito que alguien, quien sea, me dé una explicación.

—Papá, ¿por qué haces esto? Me has dado permiso para venir.

Su rostro se ensombrece.

—Eso fue antes de que Colin me dijera, esta tarde en casa, que Seth es un Bennet. No volverás a verlo, ¿me oyes? Nunca.

—¿Qué? No puedes decirme a quién puedo o no ver.

Seth, que hasta ahora se ha mantenido en un segundo plano, se acerca.

—Oiga, no puede venir así y pretender que Harper suba al coche sin más. Sea lo que sea que

haya cambiado de ayer a hoy, podemos hablarlo como adultos.

Robin le empuja.

—Aléjate de ella, chaval.

—¡Papá!

Tiro de él. Seth, a pesar de la advertencia de mi padre, no se aleja de mí y es el señor Bennet el que interviene. La mirada que se echan es aterradora. Hay una tensión espesa que carga el ambiente, y que hace que respirar se vuelva insoportable.

—Robin, el chico no tiene que pagar mis platos rotos. Si hubiésemos sabido que Harper es tu hija, te aseguro que no estaría aquí.

Brad tampoco entiende qué ocurre.

—¿A qué te refieres?

—Díselo —mi padre alza la voz—. Di a tus hijos cuáles son tus asquerosos platos rotos. Y a tu mujer. A ella también.

Miro a la madre de Seth. Me da mucha pena ver cómo se abraza a sí misma, apoyada en la puerta de la entrada. Le tiembla todo el cuerpo y su rostro palidece. Estoy acojonada por el remolino de mierda que va a acabar con todos nosotros. Lo veo en su mirada, en cómo apoya los dedos sobre su mentón, en la ira que le acompaña desde que ha llegado a Ashford.

—Papá, di lo que tengas que decir de una vez.

—El señor Bennet denigró a tu madre. Violó a Anne, aprovechándose de su precaria situación.

—¿¡Qué narices!? —grita Seth.

Al ver que el acusado no contesta, sus peores miedos se hacen realidad.

—Lo siento, hijo.

—No me jodas. ¡No me jodas, papá! ¿Es cierto? ¿Todos los rumores eran verdad?

Tira la lata de cerveza contra el tronco de un árbol, al que golpea con los puños hasta acabar con los nudillos envueltos en sangre. Ni siquiera Brad y su madre consiguen detenerle. Y yo ni lo intento. Permanezco inmóvil, con los ojos inundados en lágrimas, pensando en todas las consecuencias que puede tener un solo acto, en el sufrimiento de mi madre, en el de mi padre, en el de la señora Bennet y sus hijos… Y ahora en el que sufriremos Seth y yo, porque esto, queramos o no, es una brecha enorme que nos afecta directamente a los dos. Las piernas me fallan, no las controlo y caigo de rodillas al suelo, mientras la madre de Seth comienza a sufrir una crisis de ansiedad.

—Eso no es cierto —repite la pobre, mordiéndose las pieles de los dedos—, fue una invención de Anne para dejarnos sin nada. Lárguese de aquí, Robin. ¡Largo!

—No se equivoque —advierte—, fue su marido el que nos dejó a nosotros sin nada. Arruinó la vida de mi ex mujer, y con ella la de mi hija. También la mía. Pregúntele cuánto dinero pagó a la clínica por manipular el informe médico de Anne.

La señora Bennet titubea.

—Jackson, dime que eso no es cierto.

Su marido se tapa la cara con las manos al verse descubierto y Seth, en un descontrolado arrebato de ira, se lanza contra su padre. Asesta dos puñetazos sobre la boca del estómago del señor Bennet, que cae sobre el musgo del suelo. Jackson recibe un golpe en la mejilla izquierda, otro en el costado. El último, en la mandíbula, que le parte el labio. En ningún momento se defiende frente a su hijo.

—¡Maldito hijo de puta! —Maldice Seth.

Su padre permanece tendido en el suelo sin defenderse y son los gritos de la señora Bennet lo

que hace que Robin y Brad reaccionen. Las llaves del coche de mi padre caen de su bolsillo cuando intenta separar a Seth de su padre. Las cojo en medio del revuelo y subo al coche, con los ojos enrojecidos por las lágrimas. Acelero a tope, derrapando sobre la tierra, y conduzco con una sensación muy desagradable en el pecho; como si me faltase el aire.

24

Leavenworth

Es difícil ver bien con los ojos empapados por las lágrimas. En la medida de lo posible, esquivo los árboles que asoman por el sendero dando volantazos mientras limpio mi rostro con la manga de la chaqueta. Boto en el asiento debido a las raíces de los troncos que paso por encima. Como puedo, rechazo las llamadas entrantes de Seth y mi padre. Anne y Robin no deberían haberme engañado. Han permitido que viva pensando lo que no es durante demasiado tiempo. Tengo dieciocho años, y si no hubiese aceptado la invitación de Seth a Ashford, quizá nunca habría descubierto lo que pasó. El verdadero motivo de la ruptura de mis padres. Vuelve a sonar el teléfono. Me estiro hacia el asiento para colgar otra llamada entrante. Necesito respuestas, y las necesito ya. En un descuido, golpeo el lateral derecho del coche con un tronco. Casi me salgo del camino, pero consigo enderezar la dirección justo antes de incorporarme a la carretera y comprobar que el depósito de la gasolina está lleno. Así que, decidida, piso a fondo el acelerador, dejándome llevar por el remolino de sentimientos que me invade tras lo que ha pasado, tras lo que he descubierto, y conduzco hasta Leavenworth en busca de las respuestas que ni Anne ni Robin me han dado en años.

*

Llego con los brazos doloridos por sujetar el volante con demasiada fuerza, dejando de cualquier manera el coche sobre el césped que rodea la casa. La longitud que las malas hierbas alcanzan me indica que algo no va bien. Aunque eso ya lo sé. Por eso mismo me mandó a Tacoma mi madre, ¿no? Bajo del coche, cierro de un portazo y veo que el recorrido de las ruedas se ha marcado sobre la maleza, pero ¿a quién le importa? La imagen del jardín no puede ser peor. Casi llego a la puerta cuando la voz de Hero hace que me sobresalte. Me giro hacia él sin saber muy bien cómo comportarme después de lo que pasó en la fiesta.

Respira entrecortado. Por la ropa que lleva y el sudor de la frente, intuyo que ha salido a correr.

—¡Harper! ¿Vuelves a casa?

—No. Solo he venido para hablar con mi madre.

—Ah. ¿Ocurre algo?

—Lo siento, pero tengo que irme.

Comienzo a andar hacia *Moore Decorations.*

—Espera un momento. ¿Has venido sola hasta aquí?

Se fija en el golpe que tiene el coche en un lateral.

—Sí. Me he sacado el permiso de conducir.

—Enhorabuena.

Su voz es seca. Mete las manos en los bolsillos del pantalón y se pone la capucha, después camina a mi lado.

—Hero, ¿qué haces?

—Acompañarte.

Cruzo los brazos.

—Continúa con lo tuyo.

—Tú eres continuar con lo mío.

Pongo los ojos en blanco mientras le sujeto de la pechera de la sudadera.

—Ya no. Me encantaría que después de todo tuviésemos una relación normal, de amistad, de dos adolescentes que con el tiempo han conseguido crecer en lo emocional, pero contigo no se puede. Vives anclado en lo que hemos sido, sin entender que yo ya no soy la misma de antes. —Acaricio su rostro, también cambio mi tono a uno más suave—. Ya no soy esa Harper, ¿lo entiendes?

—Entonces, ¿quién eres?

—No lo sé, pero tenerte cerca no me va a ayudar a descubrirlo.

—Y ya está —gruñe—, ¿pretendes que me conforme con eso? ¿O es por ese maldito chico pijo?

Le empujo cuando me agarra para atraerme hacia él.

—Basta. ¿No ves que esto no nos lleva a ninguna parte? ¿Que lo nuestro se ha resquebrajado en miles de pedazos?

La gente del vecindario se asoma a las ventanas cuando me alza la voz.

—Entonces, ¡vete! ¡Lárgate de Leavenworth para siempre! Porque no puedo verte y hacer como si nada. ¿Lo comprendes? ¡No puedo dejar de sentir esto por ti!

Me duele verle así. No es habitual en él mostrar lo que tiene dentro, ni dejar de lado su fachada de chico malo que no sufre por amor. Y me repito que, a pesar de todo, Hero es bueno. Por eso me calmo, le doy un abrazo y me marcho con la sensación de que algo se ha removido en mi interior, pero no como antes. No. Ya no quiero de esa manera a Hero. No después de Seth.

25

Agradezco no encontrarme con nadie conocido de camino a la tienda. El letrero led de *Moore Decorations* tiene varias letras apagadas, y las que sobreviven, parpadean intermitentes. Por fuera del cristal hay carteles adhesivos con descuentos insostenibles y me entran ganas de vomitar cuando leo en uno de ellos: «liquidación por cierre». Siento la acidez de la bilis subir por mi garganta, pero me contengo, obligándome a mantenerme entera cuando desbloqueo el teléfono para llamar a Anne, que aparece tras el mostrador, ajena a mi presencia. Las ojeras que tiene, son un claro indicativo de la carga que lleva a sus espaldas. Aun así, sonríe cuando una de las clientas compra algo de la tienda. Con los precios que veo en el escaparate, dudo que esté ganando algo e imagino que su móvil está en casa o en silencio, porque no suena, así que llamo al fijo del local. Estira el brazo para atender la llamada.

—*Moore Decorations*, buenas tardes.

Arranco con rabia el cartel que tengo delante.

Mi voz se quiebra al otro lado de la línea.

—Mamá.

—Cariño, —Se esfuerza por sonar entera—, ¿cómo estás?

Miento, sin dejar de observarla.

—Bien, ¿cómo va la tienda?

Nerviosa, juega con un boli que sostiene en la mano libre.

—Hoy está siendo un día bueno.

—Ah, ¿sí?

Duda.

—Te preocupas demasiado. ¿Qué tal la fiesta de cumpleaños?

—Mamá, ¿puedes por una vez decirme la verdad?

—¿Por qué dices eso?

Cuelgo cuando entro. Todavía hay una clienta dando vueltas por la tienda, pero no me importa. Doy un portazo y me dirijo al mostrador con uno de los carteles en la mano. Lo dejo sobre la mesa de recepción, delante de ella.

—Liquidación por cierre, ¿de verdad?

—Cariño, ¿qué haces aquí?

Alzo las manos, exasperada.

—¿Acaso importa? ¡Liquidas la tienda, mamá! ¿Por qué?

La mujer que merodea entre los artículos decorativos tiene la decencia de irse para dejarnos solas. Aprovecho que sale para cerrar por dentro, evitando así más interrupciones de clientes. Anne se acerca con intención de abrazarme, pero rechazo el gesto. Con la cabeza gacha, baja la vista al suelo, se lleva las manos a la cara sin saber muy bien qué hacer y, abatida, toma asiento con pesadez en la silla que tiene tras el mostrador.

—Los números no salen. Lo he intentado todo, pero nada funciona.

—Todo no, mamá. Conmigo no has hablado.

—¿Cambiaría algo?

—Puede.

—Estás en edad de disfrutar. No deberías tener más preocupación ahora mismo que la de los estudios.

—Quizá sí.

—O no, cariño.

—¡No lo sabes! Si hace años hubieses confiado tus problemas a papá, a lo mejor ahora no estarías a punto de perder la tienda. ¡Incluso puede que siguiéramos todos juntos, siendo una familia! Lo sé todo, mamá.

Se lleva las manos a la boca.

—Maldita sea, Harper. Tú no tendrías que saberlo. No deberías cargar con…

Sujeto a mi madre por los hombros.

—¿Cargar con qué? No tienes la culpa de lo que ese hombre te hizo. Deja de cargar con mochilas que no son tuyas de una vez, mamá.

—No sabes lo que dices.

—Sí lo sé. Siempre intentas arreglarlo todo, pero, hay cosas, personas y sucesos que son irreparables.

—Accedí por dinero. Sabía que no lo comprenderías, igual que no lo hizo tu padre. Vivir con precariedad siendo madre no es fácil.

—¿A qué accediste mamá?

—Me acosté con él a cambio del maldito préstamo.

—No. Tú… ¿Accediste a eso? Tenías a papá. Me tenías a mí. ¿Tan importante es esta puñetera tienda como para hacernos eso?

La decepción que ve en mi rostro le hace más daño que mis palabras.

—Estaba desesperada. Pensé que sería una solución fácil con la que cortar el problema de raíz. Me arrepentí en cuanto me puso las manos encima. Le pedí que parara…

—¿Por qué no pediste ayuda a papá?

—Porque Robin había invertido nuestros ahorros en la ferretería. No teníamos dinero, ¿entiendes? Y el préstamo que el banco nos había concedido lo invertimos en el local. Si le hubiese contado a tu padre la situación económica de *Moore Decorations*, habría vendido la ferretería. O puede que ni siquiera la hubiese abierto. Pero… No pude decírselo. Él estaba tan ilusionado, tan convencido de que le iría bien que no tuve fuerzas para romper sus sueños.

—Le querías mucho, ¿verdad?

—Muchísimo. —Sonríe al pensar en él—, tanto como para hacer lo que hice.

—Pero te arrepentiste.

—Sí, aunque el señor Bennet no lo entendió.

—Es… El padre de Seth.

—¿Quién es Seth?

—Seth… es el chico al que estaba conociendo, mamá. —Hablar en pasado de él hace que no sea capaz de controlar el llanto—. No sabía que el señor Bennet te había…

No puedo continuar.

Anne se arrodilla frente a mí, acunándome en sus brazos. Me apoyo en ella buscando refugio y cayendo en la cuenta de que, al igual que mi madre, yo también me estoy sacrificando por amor.

—¿Cómo es ese chico contigo?

—Increíble. Pero después de esto, ¿qué sentido tiene? Cada vez que me mire recordará que Jackson es un violador. No puedo hacerle eso.

—Escúchame, cariño… Lo que Seth necesita es tu apoyo. No cometas los mismos errores que yo con tu padre o lo perderás.

—¿Eso piensas?

—Estoy segura. Vuelve y habla con él, ¿de acuerdo?

—Te ayudaré otro día con la tienda, voy a irme ya… Hay bastantes millas desde aquí hasta

Ashford.

Me persigue a la salida. Y recuerdo que Robin no le había contado nada a Anne acerca de la escapada del fin de semana. «Mierda».

—¿Ashford? ¿Estabas con él en Ashford?

—Mamá, te explico todo a la vuelta —Quito el cerrojo de la puerta—. ¿Sabes hasta qué hora abre la gasolinera que hay en la salida de la carretera principal?

—¿Es que has venido conduciendo tú?

—A ver —intento defenderme—, tengo dieciocho años y me he sacado la licencia de conducir. Bueno, eso, y quitado el coche a Robin. ¿Me dices el horario ya?

—¿Le has quitado el coche a tu padre?

—Mamá, céntrate. La gasolinera.

Mira el reloj de la pared antes de contestar, volviendo los ojos como hago yo en ocasiones.

—Cierra dentro de una hora.

—Gracias. Si hablas con papá, dile que me perdone. Y que le avisaré nada más llegar. Te quiero mucho.

—Y yo a ti, cariño. Ve con cuidado, por favor.

26

Ashford - Tacoma

Después de tres horas al volante, encuentro la casa de Ashford vacía. Me sorprende, aunque al mismo tiempo sé que era una posibilidad. Llamo a mi padre para que sepa que estoy bien antes de volver a subir al coche, con los brazos pesados de agarrar el volante.

Le tiembla la voz cuando coge la llamada.

—Harper, ¿estás bien?

—Siento mucho haberme ido así.

—Lo importante es que estés bien, ¿vale? Ha sido muy duro para ti descubrir lo que le pasó a tu madre. No debería haber actuado así.

—Me duele haberte culpado los últimos años de abandonarnos, papá. Siempre he creído que, al empezar tu nueva vida con Olivia, me olvidarías, pero estaba equivocada.

—Eres mi hija. No hay nada ni nadie más importante que tú. ¿Dónde estás? Iré a buscarte.

—He… vuelto a Ashford para hablar con Seth, pero no está.

—Estábamos muy preocupados por ti, ha vuelto conmigo a North End. Para él también está siendo duro.

—Lo sé. ¿Cómo están Brad y su madre?

—Mal, también volvieron con nosotros. Su padre se fue solo, después de discutir con la señora Bennet. Pobre mujer.

Recuerdo su cara desencajada cuando mi padre dijo que su marido sobornó a la clínica para que cambiaran el informe. Recuerdo sus ojos indescifrables cuando Seth se ha tirado encima del señor Bennet, incapaz de controlar la rabia que sentía. Porque toda la familia llevaba años engañada. Y eso duele.

—Voy a buscar a Seth, necesito… Hablar con él.

—No me parece buena idea después de lo que ha pasado. Puede que sea un buen chico, pero lo que Jackson hizo a Anne le marcará de por vida.

—Papá, sé que quieres lo mejor para mí, pero Seth no es responsable de los errores de su padre. Solo… Necesito hablar con él.

—De acuerdo, pero ve con cuidado.

—Claro.

*

Intuyo que el señor Bennet no va a volver a casa, al menos no esta noche, porque no veo su coche aparcado en la entrada. El de Seth sí que está, aunque advierto que falta el de Brad. Las manos me sudan cuando me acerco a la puerta maciza para llamar. «Toc, toc, toc». Golpeo con los nudillos hasta que la señora Bennet aparece con una bata rosa de seda, el cabello recogido en una pinza grande del mismo color y las pomposas zapatillas con pelo sintético en la parte superior. Su aspecto se me parece al de un pastel de fresa. Se nota que no esperaba verme, así que la doy un abrazo cuando sus ojos se humedecen.

—Harper. Por favor, pasa.

—Perdón por aparecer tan tarde, ¿le importa avisar a Seth? No quisiera molestarla a estas horas.

Parpadea, puede que un poco confundida.

—No está aquí. Ha ido con Brad donde… Lilly.

—Vaya. Y… ¿Dónde vive Lilly?

—En las casas que hay a la orilla de la bahía. Es la blanca con tejado verde.

—Gracias, señora Bennet.

—No me llames así. Después de lo de hoy, tan solo soy Grace.

Se me pone la carne de gallina al comprobar lo poco que se valora. Y me da la sensación de que es de esas personas, tan inseguras, que antes de intentar las cosas, dan por hecho que no pueden hacerlas.

—Grace suena mucho mejor que «señora Bennet».

Me dedica una sonrisa tierna antes de devolverme el abrazo.

—He estado demasiado tiempo con la venda en los ojos. Lo que hizo Jackson a tu madre fue horrible, lo siento mucho.

—Yo también, Grace.

Camino entre las sombras cuando se mete en casa y cierra la puerta. Marco el número de Seth en el coche, pero no coge el móvil. Cabreada, tiro el teléfono sobre el asiento y conduzco hasta la casa de Lilly. El alboroto de la fiesta puede oírse desde fuera. Aparco sobre el cuidado césped, sin importarme que por el camino me he llevado la mitad de las flores del jardín. Al bajar del coche, veo que me habla uno de los jugadores del equipo de *rugby*. No me pasa desapercibido que de uno de los árboles cuelgan rollos de papel ni que en el suelo hay infinidad de vasos rojos de plástico. Un chico bebe cerveza de una botella de litro y me aparto justo a tiempo para evitar que me vomite encima.

—¡Cuidado, tía! Casi me tiras la bebida al abrir la puerta.

—Eh, tú —vocalizo para que me entienda. Está demasiado ebrio—. ¿Has visto a Seth?

—No. Pero puedes imaginar, si quieres, que yo soy él.

—Deberías cambiar esa mierda amarillenta por un trago de agua.

—Que te den, tía.

—Que te den a ti.

—Esto es una fiesta, no un convento para monjas.

Le hago una peineta con el dedo mientras me dirijo a la entrada. Ni Lilly ni todas las animadoras de la universidad juntas van a impedir que hable con Seth. La puerta está abierta, así que me tomo la licencia de pasar sin llamar. Miro a mi alrededor en su busca, pero solo encuentro gente borracha o fumada. El suelo está tan pegajoso por el alcohol derramado que suena al pisarlo, y el olor a tabaco y marihuana resulta asqueroso. Pregunto a una de las chicas que va a mi clase si lo ha visto, pero ni siquiera sabe quién es.

—¡Tiene un hermano gemelo! —grito para que me oiga. La música está a todo volumen—. Es alto. ¡Alto! Juega al *rugby* en el equipo de la universidad. Así, más o menos —estiro mi brazo para simular la altura de Seth—, con el pelo un poco más claro que Brad.

—¡Ah! Sí. Ha subido arriba con Jenni.

—¿Con Jenni?

Apenas la oigo.

—¡Sí!

Siento pinchazos en el pecho.

—¿Quién coño es Jenni?

Antes de que me dé una respuesta, estoy subiendo las escaleras y abriendo cada una de las habitaciones, hasta dar con él. Seth está de espaldas, follándose a la tal Jenny sobre una de las baldas de la estantería que hay en la estancia. Los músculos de su espalda se contraen con cada

movimiento mientras ella gime de placer, envolviendo las piernas alrededor de su cintura.

—Así, joder. ¡Sigue, sigue!

—La próxima vez lo haremos en una cama.

La besa mientras se mueve dentro de ella. Noto que me mareo y tengo que agarrarme al marco para no caerme cuando desliza sus dedos por los pechos de la chica. Son tan turgentes que botan cada vez que él se mueve. Aunque la luz es tenue, puedo ver la sonrisa de la tal Jenni al descubrirme en la entrada.

—Eh, tú, ¿qué es lo que miras? ¿Acaso quieres unirte?

Salgo corriendo. Seth me agarra en el pasillo y tapa sus partes con las manos. Yo le empujo y le golpeo con las manos el pecho. Estoy furiosa, tanto que no sé cómo contenerme.

—¡Harper! ¿Por qué estabas mirando mientras follo? Eso ha sido raro de cojones.

—¿Te parece gracioso? Deja de reírte, maldito mentiroso. ¡He vuelto a Ashford por ti! ¡He venido aquí por ti! Y te encuentro follando con… Esa.

Le doy una bofetada cuando se ríe.

—No me jodas, Harper. —Se lleva una mano a la mejilla enrojecida—. Creía que eras la única que no nos confundía, además de Grace y mi padre. Claro.

—¿Qué?

Levanto la vista.

Estaba tan nerviosa que no me había dado cuenta de que no es Seth, sino Brad. Vuelve a tapar sus partes con las manos.

—Con razón has salido corriendo.

—Joder, perdona. Te vi de espaldas y creí que eras Seth. Una chica de la uni me dijo que había subido aquí con…

Termina la frase por mí.

—Con Jenni.

—Sí. Eso.

—Suelen confundirnos. Mi hermano está en la piscina cubierta; en la planta baja, al salir al porche a la derecha. —Revuelve mi pelo con cariño—. Si me disculpas, voy a terminar lo que he empezado.

—Sí. Termina, y… perdona.

Sin perder tiempo, corro escaleras abajo.

27

North End (Tacoma)

Siguiendo las indicaciones de Brad, llego a la piscina cubierta. A pesar de haber mucha gente bañándose, reconozco a Seth. Está metido en el agua con una botella de *whisky* pegada a los labios. Los dedos de Lilly pasean juguetones por sus hombros desnudos, mientras se acerca más a su cuerpo. Bebe de un trago demasiado alcohol para mi gusto, echando la cabeza hacia atrás cuando la animadora saca un hielo de su copa. Se lo pone en los labios antes de deslizarlo por el cuello de Seth.

—Para.

—¿Por qué? Antes esto te gustaba.

Lilly alza los pechos húmedos casi a la altura de la cara de Seth. Luego roza la entrepierna con su muslo. Molesta porque no consigue llamar su atención, tira la copa de cristal contra la pared. Esta se hace añicos al instante, pero a nadie parece importarle.

—Pues ya no.

—Entonces, ¿a qué has venido? No juegues conmigo, Bennet.

—Déjame. Me das pena.

Apenas hace fuerza cuando la empuja, pero Lilly pierde el equilibrio y se zambulle por completo en el agua. Cuando sale, tiene cara de pocos amigos, el maquillaje corrido y el cabello lamido pegado a la cara.

—Pero, ¿qué te pasa? ¡Vete a la mierda, Bennet!

La agarra de la muñeca cuando pasa por su lado.

—No vuelvas a llamarme así.

Ella se remueve incómoda hasta soltarse.

—Cierra la boca de una vez, joder. Desde que sales con la estúpida de Harper te has vuelto insoportable.

Se pone frente a Lilly, de pie.

—Cállate tú, —Se tambalea por el alcohol—. No soportas que nadie te supere, y ella lo ha conseguido. De hecho, es muchísimo mejor que tú en todo: en la universidad, como compañera y desde luego como pareja.

—Ah, ¿sí? —Se pega a él por detrás, acariciando su torso con las uñas acrílicas—. Entonces, ¿por qué se ha largado de Ashford sin ti? Dime… Si tan buena novia es, ¿qué haces aquí? —Coloca sus piernas alrededor de él, flotando en el agua con los brazos rodeando su cuello—. No es mejor y lo sabes. Yo jamás te dejaría tirado.

El comentario le hace daño, y la culpa regresa a mí. Ajeno a mi presencia, enciende un porro de hierba antes de que Lilly se incline sobre él y lo bese. Me molesta que no se aparte de inmediato, incluso que dude, pero luego recuerdo que es un chico que desconoce su potencial, lo fuerte que es. Porque esa es la única realidad: ignora su fuerza. De hecho, ni siquiera sabe que la tiene. La fragilidad que percibe de sus inseguridades después de lo de su padre, hace que necesite algo a lo que agarrarse, porque su muro se ha derrumbado de repente. Porque el señor Bennet ha sido la mayor decepción para un hijo que amaba el significado de la palabra familia. Y porque observarlo en este momento me hace saber que algo se ha roto dentro de él. Con pesadez se tambalea cuando echa la cabeza hacia atrás. A pesar de su estado, continúa bebiendo.

—Voy a ser muy claro —arrastra la lengua—, para que esto no se repita—. Tú no eres ella, ni lo serás nunca. ¿Entendido?

Lilly le señala con el dedo, pero está tan enfadada que no consigue articular palabra. Yo, en cambio, suelto el aire que había retenido en mis pulmones, y vuelvo a respirar con calma. Porque lo que más deseaba en el mundo era comprobar que, por encima de todo lo malo que nos ha pasado, Seth me quiere a su lado. Consciente de que aún paso desapercibida entre la multitud, decido continuar así hasta que Lilly sale hecha una furia de la cúpula que cubre la piscina. Hoy no me siento capaz de aguantar más discusiones ni enfrentamientos, ni de añadir más tensión a mi día. Por eso espero a que se vaya para acercarme al borde de la piscina.

—Lo siento.

Se le cae el porro al agua cuando me ve detrás de él. Antes de que pase lo mismo con el *whisky*, decide dárselo a una pareja que flota muy acaramelada dentro de la piscina. Me enternece la forma en que me mira, como si lo mejor que pudiera pasarle en el mundo fuese estar conmigo. No hay nada de rencor cuando me habla. Nada. Y eso hace que me entren ganas de llorar.

—Harper, has vuelto.

Me acerco más, sujetando su cara entre mis manos. Pido disculpas sin parar, porque siento que es lo único que puedo hacer en este momento para enmendar mi error.

—Perdóname. Perdóname por no haber estado a la altura. Perdóname por dejarte solo. Por favor, Seth, perdóname.

Acaricia mi mejilla. Cuando me mira, observo que sus ojos se han enrojecido y compruebo que tiene los nudillos llenos de heridas, de los golpes que ha dado al tronco del árbol antes de arremeter contra su padre.

—No es nada, solo unos rasguños. Ven.

—¿Al agua?

Asiente. Y a mí no me parece un disparate, así que voy quitándome una a una las prendas hasta quedarme en ropa interior.

—Está caliente. Te va a gustar.

—Aún no me has dicho si me perdonas.

—Te perdonaría cualquier cosa, Harper. Lo único que me importa es que has vuelto.

Dejo las prendas que me quito lejos, para que no se mojen. La calidez del agua me calma cuando meto despacio los pies. Seth me alza, sujetándome por la cadera, hasta que el agua me cubre por el ombligo. Con suavidad, dibuja círculos con los dedos sobre la piel húmeda y me dejo besar, abrazar y querer, sin importarme si el resto de personas que están en la piscina nos ven. De todas formas, todos están demasiado borrachos o fumados como para prestarnos atención.

—Me daba mucho miedo que no volvieras, que te quedaras en Leavenworth y… Perderte. Que te fueras con él

«Él».

«Hero».

—Seth, eso no va a pasar.

—¿Por qué estás tan segura?

Hundo mi boca en sus labios con ansia. El beso es puro fuego, y sé que lo recordaré siempre porque ha conseguido que el miedo, el dolor y la ira, desaparezcan de mi cabeza de un plumazo. Cuando nos separamos, me fijo en que tiene los ojos brillantes.

—Estoy tan segura porque, aunque te sepa la boca a hierba, estés hasta las cejas de *whisky* y

lo que hemos descubierto sea una auténtica mierda, te quiero. Te quiero tanto como para intentar que lo nuestro salga bien, a pesar de que mi presencia te suponga un lastre.

Seth sujeta mi rostro con las manos, asegurándose que le miro a los ojos cuando me habla.

—Tu presencia es mi puto salvavidas.

28

Me cuesta separarme de él cuando suena el móvil. Quitar el brazo con el que rodea mi estómago es todavía más difícil, porque me gusta sentirle así de cerca. Perezoso, refunfuña cuando me aparto para coger la llamada, aunque para eso, antes tengo que saltar hasta el asiento del copiloto y estirarme mucho para llegar al teléfono.

—¿Hola?

—Harper.

La voz de Olivia hace que espabile de golpe. Me apresuro a ponerme los zapatos. Después de la fiesta, Seth y yo hablamos durante horas en el coche. Al parecer, nos hemos quedado dormidos.

—Olivia, me he dormido. Mi padre estará como loco buscándome.

—¿Qué hora es? —balbucea Seth, somnoliento.

Le hago un gesto con el dedo para que guarde silencio.

—Robin va a casa de la señora Bennet. Ha visto que no has venido a dormir y…

—¿A casa de Grace? Mierda. Gracias por avisar.

Tiro el móvil por encima del salpicadero después de colgar, me pongo la sudadera de Seth y me siento en el asiento del conductor.

—¿Pasa algo?

Su pasmosa tranquilidad me altera.

—Sí. Ya lo creo.

—¿Qué ocurre?

Pasa por encima del freno de mano para sentarse en el asiento del copiloto. Doy un volantazo al girar a la izquierda, mientras me fijo en que hoy hace un sol maravilloso. Bajo el parasol y levanto la tapa para verme en el espejo. Tengo unos pelos horribles, como si hubiese metido el dedo en un enchufe. Como puedo, me coloco el cabello con los dedos de la mano libre, sin quitar los ojos de las calles por las que pasamos a una velocidad vertiginosa.

—Mi padre ha ido a casa de tu madre.

—¿Y?

—¡Seth! ¿A quién crees que va a buscar mi padre donde tu madre? Que no he ido a dormir a casa.

—Ya sabe que salimos, ¿qué más da que no duermas en casa?

—A él no va a darle igual. Seguro que quiere arrancarte la cabeza.

—Tienes dieciocho. Pasamos casi todo el tiempo que tenemos libre juntos y, hasta llevas mi ropa puesta. Que lo asuma.

—No es tan fácil. No quiere que…

Me detengo antes de acabar la frase.

—¿Que no quiere qué?

Creo por el tono que usa, que ya sabe lo que viene a continuación.

—No quiere que nadie me haga… Daño.

Chasquea la lengua antes de llamar por teléfono.

—¿Está Robin en casa?

No oigo lo que le dice su madre, pero intuyo que no es nada bueno, porque la expresión de Seth se vuelve seria. Guarda silencio cuando Grace habla y da una patada al salpicadero cuando pierde la paciencia.

—Mamá, dile que se tranquilice. Estamos llegando.

—¿Ya está allí?

Seth no me responde. Continúa con la oreja en el teléfono. No sé qué es lo que le dice Grace, pero debe ser de todo menos bueno por cómo la cara de Seth se vuelve poco a poco colorada. Pongo una mano en su muslo para que se tranquilice, pero no sirve de mucho. Pelea un par de minutos más con su madre por teléfono.

—Dile a ese hombre que yo no soy mi maldito padre. ¡Joder! ¡Ni siquiera me he acostado con Harper!

Sin ni siquiera colgar, lanza el móvil al asiento de atrás. Apenas un minuto después aparco en la puerta de su casa. Las voces que dan nuestros padres se escuchan desde la calle. Seth y yo permanecemos unos segundos en silencio, hasta que quito la llave del coche.

—Mantén la calma, Robin solo se preocupa por mi bienestar.

Seth me fulmina con la mirada.

—¿Y yo no?

—Tú también, pero soy su hija. Solo quiere protegerme.

Me mira incrédulo

—¿Es que soy un peligro para ti? Siento que mi padre no sea tan perfecto como el tuyo, pero no tengo la culpa de que Jackson hiciera lo que hizo.

—Solo he dicho que se preocupa por mí porque soy su hija. La dirección que está tomando la conversación no me gusta, Seth. Parece que, diga lo que diga, no es suficiente. Y yo lo único que quiero es estar tranquila. Estoy cansada de tantas peleas.

Cierra la puerta del coche de un portazo.

—Entonces da la cara por mí, joder. No soy como mi padre, ¿vale? Jamás te haría daño.

—Lo sé. De verdad que lo sé.

—Me importas mucho, Harper, pero que Robin dude de mis intenciones y tú no me defiendas, resulta humillante.

Creo que está a punto de romperse cuando mi padre sale en este momento de la casa. Se dirige hacia nosotros. La escena resulta de lo más variopinta, porque Grace persigue a Robin con su bata rosa y las zapatillas pomposas. Cuando coge a Seth por la camiseta y lo levanta del suelo, bajo corriendo del coche.

—Chaval, no sabes en qué lío te has metido. Como hayas hecho algo a mi hija…

—¡Papá!

Antes de llegar a ellos, Seth se escapa del agarre. No quiere hacer daño a mi padre, por eso se limita a poner distancia entre ellos, pero la tozudez de Robin le obliga a defenderse cuando le agarra por segunda vez del pecho. Al final, le empuja con la suficiente fuerza como para hacer que se tambalee hacia atrás. Robin trastabilla, y Seth le sujeta para que no se caiga de culo sobre el césped. Cuando llego hasta ellos, respiro entrecortada.

—¡Ya basta! ¿Es que no podemos tener un maldito día tranquilo? Estoy harta de todo esto. ¿Me oís?

Robin deja de intentar coger a Seth, y se lleva los dedos a la barbilla en una actitud defensiva.

—Este chico no te conviene. Sé que ahora no lo ves, pero con el tiempo acabarás dándome la razón. Jamás será el mismo después de saber lo que hizo su padre. Te hará daño.

Grace vuelve a interponerse entre ellos.

—Esta es mi casa, y no voy a consentir una falta de respeto más. Lo siento, Harper, pero si tu padre no sabe comportarse, tendrás que irte de aquí con él. Mi hijo no es responsable de lo que Jackson hizo. ¿Me ha oído, señor Stone? Seth no tiene la culpa de nada.

—Habéis protegido al señor Bennet todo este tiempo. Yo creo que algo de culpa sí tenéis.

El pecho de Seth sube y baja con rapidez, debido a la tensión. Noto el esfuerzo que hace por calmarse y sonar sosegado cuando se dirige a mi padre.

—No lo sabíamos. Creímos en sus palabras igual que usted en las de Anne. ¿Por qué se empeña en pagarlo con nosotros? ¿Acaso mi madre no ha sufrido? ¿Mi hermano no ha sufrido? ¿Yo no he sufrido?

—Mira, chaval… Jackson acabará volviendo. ¿Qué tendrá que hacer Harper entonces? ¿Quieres que mi hija actúe como si nada? ¿Pretendes que finja que no denigró a Anne solo porque es tu padre?

—¡Mierda! Da igual lo que yo diga, señor Stone. No me quiere para ella.

—Quiero el bien de mi hija.

Miro a uno y a otro. De vez en cuando, también cruzo miradas con Grace. Estoy harta de que hablen de mí como si no estuviera. De que decidan por mí. Harta de que tomen decisiones que solo deberían ser mías. Me pongo al lado de Seth y desafío a mi padre con la mirada. Si su actitud va a ser esta, conmigo no tiene nada que hacer.

—Le quiero, papá. Quiero muchísimo a Seth, a pesar de todo, y nada de lo que digas va a hacer que le deje. ¿Por qué te empeñas en pensar que saldrá mal?

Seth sonríe, complacido por mi respuesta. Sin importar que Robin y Grace estén delante, me coge en brazos y hunde sus labios en los míos.

—No haré daño a su hija, señor Stone.

Mi padre ni le mira.

—Con el tiempo, Harper, me darás la razón. Estáis en etapas diferentes de la vida. A ti aún te quedan tres años para terminar la universidad.

—¿Y eso qué más da? Es mi vida, y Seth me hace feliz.

Sube al coche y arranca.

—Quiero que no te rompa el corazón cuando acabe los estudios y se marche de Tacoma para emprender en el mundo laboral.

—Eso no pasará.

—Ojalá estés en lo cierto, chaval.

29

Antes de los exámenes finales

Hablar con mi madre por teléfono hace semanas que se ha convertido en algo rutinario. He quedado con ella en que pasaría allí el fin de semana. No sé si a Seth le apetecerá venir. Me gustaría que conociese a Anne, la casa en la que he crecido, Leavenworth y ver a mi mejor amiga, con la que apenas hablo, antes de presentarme a los finales. Resulta extraño, pero tengo la sensación de que Eli cada vez está más lejos. Como si algo se hubiese agrietado entre nosotras. O al menos así percibo la poca relación que tenemos desde que estoy en Tacoma. O puede que desde que decidí apostar por Seth, aunque eso significase no elegir a Hero. De él tampoco sé nada. Y si tuviera que explicar cómo me hace sentir eso, diría, siendo sincera, que no lo sé. ¿En qué momento pasamos de querer a una persona a ignorar su existencia como si nunca nos hubiese importado? ¿Tan surrealista es querer conservar un pedazo intacto de lo que hubo en una relación? No digo que hablemos a diario, ni siquiera que me felicite en Navidad o en mi cumpleaños, pero qué tal un: «espero que todo te vaya bien, aunque ya no estemos juntos». Sería lo suyo. Aunque también comprendo que, al cerrar un ciclo, necesite sacarme de su vida, de sus pensamientos y de los recuerdos para no apegarse a ellos.

Las manos de Seth tapan mis ojos con entusiasmo.

—¿Ya estás?

—¡Que sí!

Dejo el cuaderno de dibujo y los carboncillos a un lado de la cama. Mi padre con el paso del tiempo está más calmado. Con la ayuda de Olivia y Anne, ha terminado dando un voto de confianza a Seth. No sé si confía en la buena fe de sus intenciones, pero al menos nos deja estar juntos sin irrumpir en mi habitación. Y lo que es más importante… sin presentarse en casa de Grace con tono amenazante cada vez que me quedo a dormir allí.

Con cuidado, Seth pasa los dedos por las hojas ligeramente rugosas, observando cada uno de los vestidos de novia que he hecho.

—Son increíbles. Deberías dejar el grado de finanzas y contabilidad. Tu potencial está aquí, ¿no te das cuenta?

—La misma conversación otra vez, no, por favor.

Hago un puchero falso, mientras me enredo sobre su cuerpo. Él acaricia mi pelo antes de ponerse en pie.

—Está bien. Vamos, te están esperando.

—¿A mí?

Echa el aire por la boca.

—A ti, sí.

Recuerdo el día que le dejé ver mis bocetos por primera vez. No podría olvidar el cuidado con el que pasaba las hojas, maravillado. El cariño con el que observaba cada uno de mis diseños. Me sentí abrumada. Emocionada porque alguien apreciase todo lo que he volcado de mí en ese cuaderno. Porque yo no quiero vivir encerrada en un despacho, frente a un ordenador sin ningún contacto con el exterior. Mi sueño es abrir una *boutique* de vestidos de novia. Tener un pequeño taller con una o dos costureras que me ayuden a la confección de las prendas. Y flores. Quiero que el lugar donde trabaje tenga cientos de flores.

Bajo las escaleras con la mano en la barandilla porque Seth tapa mis ojos. Noto su entusiasmo y el cosquilleo de la tripa aparece cuando escucho de fondo a Olivia y a mi padre, mientras él susurra algo en mi oído.

—¿Preparada?

—Que sí…

—Hija, —Escucho que Robin se acerca, luego apoya una mano en mi hombro—, he de decir que esto ha sido cosa de Olivia.

—¿El qué?

La pregunta sale de mis labios con un ligero temblor. Salimos a la calle. Lo sé por el ruido de la puerta al abrirse y porque los dedos de Seth se van retirando de mi rostro uno a uno, despacio, acrecentando mis ganas por descubrir lo que mi padre, su mujer y mi novio han tramado. Pero ni en una de las hipótesis que mi cabeza ha podido imaginar habría adivinado algo como lo que encuentro ante mis ojos. Me tapo la boca sin dar crédito cuando observo un Toyota viejo, al menos del 2009, que a mí me parece el mejor coche del mundo por el simple hecho de que es mío.

—¡Un coche! Madre mía.

Robin me lanza las llaves.

Cuando abro, Seth se sube de un salto al asiento del copiloto. Toco el volante intentando convencerme de que no es un sueño. De que no estoy fantaseando con este momento.

—Es mejor que empieces con uno así, hasta que adquieras práctica conduciendo. —Olivia le da un codazo a mi padre y este la mira de reojo—. Mira cómo dejó el mío cuando se lo llevó de Ashford.

—Papá, es genial. Gracias.

Olivia se acerca a mí por la ventanilla del conductor.

—Hay más.

Extiende la mano para ofrecerme un sobre. Reconozco el sello de las ferreterías de papá en él. Cuando lo abro, leo la propuesta de trabajo para el puesto de administración.

—¿Te gusta? —La cara de ilusión de Robin hace que no me sienta capaz de rechazar la oferta—. Empezarías después de verano. He hablado con tu tutor y las horas que hagas cuentan para la universidad. He pensado que sería una buena forma de coger experiencia mientras estudias.

La oficina de papá está en el centro de Tacoma. No es muy grande, pero tampoco tan pequeña como para resultar claustrofóbica. Aun así, la idea no me entusiasma.

—Sí, claro.

Oliva se agacha para darme un beso en la mejilla.

—Y serán horas remuneradas. Pero, paso a paso, lo importante ahora es que te salgan muy bien los exámenes finales y que disfrutes de un verano inolvidable. Estamos muy orgullosos de ti.

—Sí, lo estamos —Robin dice adiós con la mano—. Venga, marchaos por ahí y disfrutad.

Guardo el sobre en la guantera antes de meter la llave en la hendidura. El motor arranca con calma, pero firme. Y mi felicidad aumenta cuando me pongo en marcha.

30

Decidimos ir a celebrarlo a una taberna donde hacen perritos calientes con mucho beicon, salsa y cebolla caramelizada. Para beber pedimos unos refrescos con hielo y aprovechamos la espera para jugar a una partida de dardos.

—He avisado a Brad. Viene con las chicas.

—¿Y Keanu?

Seth encoge los hombros. Pasa un brazo por mi cintura cuando apunto al centro de la diana y eso hace que falle al tirar.

—Eh, ¡eso es trampa!

Las cosquillas que me hace consiguen que grite divertida, atrayendo las miradas del resto de las personas del local.

—Ojalá siempre estemos así —murmuro.

Echo el cuello hacia atrás para apoyarme en su pecho. Me besa con lentitud, hundiendo su lengua en la mía. Entrelazando los dedos sobre mi abdomen.

—¿De verdad quieres ir a trabajar a la oficina de tu padre?

A él no puedo mentirle. La camarera trae la comida repartida en dos bandejas que deja sobre la mesa, todo tiene buena pinta.

—Es una buena oportunidad.

Lo digo más para mí que para él, autoconvenciéndome de que así es.

—Sí, pero hay muchos sitios donde puedes hacer prácticas. En la sexta avenida, he visto una tienda de vestidos de novia. Quizá les interese cogerte como becaria para llevar la contabilidad.

Bajo la cabeza. Me incomoda hablar sobre esto, porque no lo veo. Crear vestidos de novia me apasiona. Soy muy feliz cuando me sumerjo en mis bocetos, pero no dejo de verlo más como un pasatiempo que de otra forma.

—A mi padre le vendrá bien una ayuda extra.

Intenta respetar mi decisión, aunque antes suelta algo que se me graba a fuego en la memoria.

—Nadie va a creer en ti si tú no lo haces.

—Tú crees en mí.

—Sí, pero eres tú la que tienes que confiar en tus bocetos, en tus habilidades y en tu talento. Es sencillo, Harper.

Me coloco para lanzar el siguiente dardo. Él sostiene mi brazo, ayudándome a apuntar al centro de la diana.

—No me lo parece.

—Da una patada a los miedos. Di que no a esas prácticas y persigue tu sueño.

Lanzo el dardo, colocándolo justo en el centro de la diana. La punta atraviesa el círculo rojo y las luces de los aros parpadean mientras emiten un sonido de victoria.

—En el clavo —advierte, antes de que las chicas, Brad y Keanu entren por la puerta.

—¡Eh, parejita!

Emily nos saluda con un abrazo. Bethany, Sophie y los demás se unen a la partida después de pedir perritos calientes. Los de este sitio son los mejores que he probado.

—Hemos visto fuera tu coche, ¡qué pasada!

—Sí…

Me sonrojo cuando Brad me zarandea de broma. Emily le hace lo mismo a él. Me gusta que compartan esa complicidad.

—Déjala ya, Brad, o saldrá corriendo antes de que empecemos a cenar.

—¿Cómo lleváis los finales?

La pregunta de Sophie hace que Bethany la dé un codazo amistoso.

—Venimos aquí para desconectar. Nada de exámenes, por favor.

—Me toca.

Brad lanza los siguientes dardos y me doy cuenta de que es bueno. Más que bueno.

—Implacable —advierte Keanu—, como siempre.

Él y Sophie cruzan una mirada que no me pasa desapercibida. Al igual que el pequeño roce de sus manos, apenas perceptible. Se ríen cuando la electricidad entre ellos es palpable y deseo con todas mis fuerzas que algún día se den cuenta de la química que comparten.

—¡Cuéntaselo!

Me giro hacia Emily, que grita a Brad entusiasmada con algo que les ha pasado el jueves después del partido de *rugby*.

—Esta no sabe mantener la lengua dentro de la boca.

Las carcajadas del grupo son contagiosas. Con ellos es como estar en casa. De hecho, les siento más de mi círculo que a estas alturas a Eli, de quien apenas sé nada.

—Vimos a Lilly —dice Emily—, estaba en uno de los descansos… Con el profesor Colin.

—A lo mejor también es su tutor —comento.

—No —Brad da un trago a la cerveza—, no lo es.

—Y… ¿Qué hacían?

Bethany apoya los codos en la mesa después de hacer la pregunta. Emily cruza las piernas, preparada para darnos la información que tenga. Su falda es demasiado corta y me río cuando Brad abre mucho los ojos al entrever, con el movimiento de las piernas, el color rosa de su ropa interior.

—Se besaron. Bueno, en realidad, Lilly le besó a él. A ver, el señor Johnson es joven y está de muy buen ver, pero joder, es un profe.

Sophie se lleva un dedo a la mejilla, pensativa.

—¿Qué años tiene?

Hago memoria, Robin me lo ha dicho alguna vez.

—Treinta y pocos, creo. Sí, porque mi padre le saca unos años.

—¿Y qué hizo cuando Lilly le besó?

Todos esperamos que Brad o Emily respondan a Bethany. Al final, es ella quien continúa.

—Pues… No sé. Fue raro, porque primero tardó en apartarse y luego parecía que discutían, pero no llegaba a escuchar qué decían.

—A ver, —Brad vuelve a beber—, está claro que han estado más veces a solas.

Seth habla por primera vez desde que ha salido el tema.

—Los dos son adultos para saber qué hacen y qué no. Esto no debería salir de aquí. El señor Johnson es un buen hombre.

—Joder, tío. —Emily gruñe ofendida—. Os lo estamos contando a vosotros, no a toda la universidad.

Noto que se agobia y salgo a la calle, detrás de él. Fuera no hace frío, pero el aire que viene resulta incómodo. Me da su sudadera al ver que me castañean los dientes por el contraste.

—¿Estás bien?

Me pongo de puntillas para apoyar mi barbilla en su hombro. Mentiría si dijera que no me preocupa que esté celoso de Colin. El solo hecho de pensar en esa posibilidad me atormenta.

—Sí.

—Eh, soy yo. Conmigo no tienes que hacerte el fuerte.

—Lo siento.

Cuando se gira, parece enfadado con el mundo. O, quizá, más bien el sentimiento que le invade sea el de decepción. Me preocupo por él, porque sé que algo de esto le hace sufrir.

—¿Qué ocurre?

—Cuando estuve con Lilly, sospeché alguna vez de la relación que mantenía con el señor Johnson. Ni una vez me dijo que sí. Está claro que lo que han visto Brad y Emily en el aula viene de mucho antes.

—¿Por eso eres a veces tan inseguro?

—No soy inseguro, solo desconfío de la gente.

—Y de mí.

—No. De ti no.

Lo miro. Me gustaría creer que lo que dice es verdad, pero sé que el dolor que le causó Lilly no se borra en unos meses de relación. La confianza es la seguridad que una persona te da. Es creer en que no te decepcionará ni fallará. Es, de hecho, lo más importante que pueden tener dos personas; lo más difícil de ganar y lo más rápido de perder. Porque cuando nos fallan, basta un paso en falso para que la torre se derrumbe encima de nosotros.

—Seth… Sé que es difícil, pero no tienes que ver el mundo de color negro. Lo que viviste con Lilly debes verlo como aprendizaje. Un aprendizaje jodido, porque te falló, sí. Pero te ha servido para no conformarte con menos a día de hoy.

—¿Y si en quien no confío es en mí mismo?

Me extrañan sus palabras. Y me hacen retroceder. Ni siquiera me doy cuenta de que lo estoy haciendo hasta que la distancia que nos separa es de dos palmos por lo menos.

—¿Por qué dices eso?

—Porque eres la persona más importante para mí, y ni siquiera contigo soy sincero.

Mi corazón bombea fuerte. Me acerco a él, pero cuando sostiene sus manos entre las mías y le miro a los ojos, sé que lo que va a decir me va a doler.

—No te entiendo.

—Te juro que lo he intentado, pero no he sido capaz de encontrar el momento adecuado.

—Me estás asustando.

—Tu padre tenía razón en algo.

—¿En qué? ¿Vas a partirme el corazón como dijo él?

Sus ojos. Sus malditos ojos me dan la respuesta.

—Me han propuesto un contrato de prácticas.

—Pero eso es genial, Seth.

—Lo sería si pudiera hacerlo aquí, pero es en una multinacional de ventas. Es una oportunidad única, Harper, pero tendría que irme a España después del verano.

—¿A España?

Se me humedecen los ojos mientras me esfuerzo por ponerme en su lugar. Es una oportunidad única, cierto, y muy buena para su futuro. Pero, ¿tan lejos? ¿Qué será de nosotros?

—En principio, el contrato es de un año.

—¿Luego volverías?

Me abraza cuando me derrumbo, cuando las lágrimas se escapan a borbotones surcando la piel de mis mejillas. Pierdo cualquier tipo de control sobre mi cuerpo y lloro sobre su hombro, desconsolada. De pronto, la idea de no verlo ni sentirlo en trescientos sesenta y cinco días se me hace un mundo. Besa mis labios como si fuesen una burbuja de oxígeno en medio del océano, y él un náufrago. Lo que me hace recordar el momento exacto en el que dijo que yo era su puto

salvavidas.

—Sí. Cuando pase ese tiempo, solicitaré que me cambien a una de las empresas que la multinacional tiene en Estados Unidos.

—Esto es una mierda —admito entre hipidos—, me gustaría rogarte hasta la saciedad que no te vayas, pero sería tan egoísta por mi parte que… no. No puedo. Tienes que ir, Seth. Y lo entiendo, pero deberías habérmelo dicho antes. Nos queda muy poco tiempo juntos y eso es una maldita mierda.

—Eh, aún nos queda parte de la primavera y todo el verano por delante.

Intento controlar el llanto.

—Prométeme que no te olvidarás de mí.

—No podría hacerlo, aunque quisiera. Eres lo mejor que tengo, Harper. ¿No te das cuenta?

—Prométemelo —insisto.

—Te lo prometo.

Limpia las lágrimas de mis mejillas antes de llenar mi rostro de besos. Sin importarle el grupo, tira de mí hacia el coche y saco las llaves para meternos dentro. Me pide que arranque después de ponerme el cinturón. Con el suyo hace lo mismo. Al principio me quedo en *shock*, pero confiando a ciegas en él, giro la llave para que ruja el motor y avanzo por las oscuras calles de Tacoma con las mejillas empapadas mientras sigo sus indicaciones, hasta que llegamos a una parte de la ciudad donde el verde predomina en los árboles y el musgo crece espeso tras una carretera estrecha. Ante mis ojos aparece el mar y el coche queda camuflado por los robustos troncos de los árboles. Las luces de la ciudad se reflejan en el agua, creando siluetas desfiguradas, pero preciosas en contraste con la oscuridad del océano ante la ausencia de sol.

—Para por aquí.

Con el coche aún en marcha, Seth se quita el cinturón y seguido la camiseta. Trago saliva al ver el marcado abdomen y mi boca se entreabre al pasar los dedos por su piel.

—Ven aquí.

El motor se detiene cuando giro la llave y me acerco con total confianza a él. Hoy más que nunca, necesito que estemos piel con piel. Hoy, sí que sí, necesito que deje recuerdos imborrables sobre cada uno de los poros que tiene mi cuerpo.

31

El pelo de Seth cae sobre su frente cuando me tumbo de lado en el asiento. Entreabro los ojos con lentitud, aprovechando la cercanía para estudiar su rostro. Me gusta su nariz, porque se estrecha en la punta, favoreciendo el ángulo que más abajo forma el mentón. Ese «algo» que le hace tan atractivo continúa siendo una incógnita para mí. Quizá se deba al color de sus ojos, a las ondas de su cabello al caer alrededor del contorno de la cara o al relieve de sus labios. Sea lo que sea, resulta cautivador y mi cuerpo reacciona ante su contacto cuando roza mi piel con los dedos. El beso que me da no es delicado, tampoco dulce, más bien duro. Parece cargado de miedos y no me extraña, hasta lo comprendo, yo también siento vértigo si pienso en la posibilidad de que la distancia se convierta para nosotros en un muro de cemento. Porque un año puede parecer un suspiro si estás con la persona que quieres, o una vida entera si la necesidad y la ausencia de contacto nos atormenta con el paso de los días. Su voz resulta estimulante cuando nuestras piernas se enredan cada vez más.

—Te quiero, Harper.

—Te quiero.

Nunca, hasta hoy, me he alegrado tanto por haber elegido una falda para salir.

Tira de mí para colocarnos de forma que los dos estemos más cómodos y accesibles. Antes de que sus dedos aparten mi ropa interior, noto que él ya está duro. Su aliento sobre mi boca consigue que gima de placer gracias a las caricias circulares que realiza con la mano que hunde entre mis muslos. Me aparto hacia atrás e inclino la cabeza a un lado para estirar el brazo. Sin dejar de mirarle, deslizo mi ropa interior por las piernas. Tiro las bragas a la alfombrilla del suelo, abriéndome para que Seth tenga más acceso a esa parte tan íntima de mi cuerpo. Hemos hecho el amor tantas veces con los dedos que conocemos a la perfección lo que cada uno necesita. Por eso continúa acariciándome así, regalándome tanto placer que me arde el estómago. Me coloco de rodillas sobre la áspera alfombrilla del Toyota, bajo la cremallera de sus vaqueros y lo mismo con su calzoncillo, dejando que caiga al lado de mi ropa. La visión de Seth desnudo sobre el asiento hace que mi boca se abra antes de poder tragar saliva. Casi se me salen los ojos de la cara cuando me fijo en lo hermoso que es.

—¿Todo bien?

Su pregunta me pilla de sorpresa. No me había dado cuenta hasta ahora de que me he quedado absorta observando su figura.

—Sí. Es solo que eres… Impresionante.

—Ven.

Los músculos de sus brazos se tensan al sostenerme en el aire para colocarme sobre él. Al notar su dureza entre mis piernas, un escalofrío recorre mi espina dorsal hasta llegar a esa parte baja de mi cuerpo que cada vez recibe más calor. Me sonrojo cuando mete las manos por dentro de la sudadera. Antes de arrancarla de mi cuerpo, sacándola por la cabeza, desabrocha el sujetador con los dedos. Cuando mis pechos quedan libres, acaricia los pezones y el calor se apodera de nosotros. Lo siento cada vez que me mira, en cada beso y cuando me toca. E intuyo que él también percibe lo que me hace sentir. Sin poder evitarlo, le acaricio mientras observo la magnitud de sus hombros, la dureza de su torso y el movimiento de sus músculos, cediendo al contacto de mis dedos. Una sensación extraña me sacude por dentro, colocándose en la parte baja

de mi vientre cuando muy poco a poco entra en mí.

—¿Sigo?

—Estoy bien, tranquilo.

Continúa haciéndose paso con suma delicadeza, sin dejar de mirarme. Pero vuelve a detenerse, preocupado por cómo me puedo encontrar en este momento.

—Si notas dolor o incomodidad, paro.

—No es eso, Seth, —Me sonrojo otra vez—, es que no sé qué puedo hacer para darte placer.

Una carcajada gutural que sale de su garganta invade el interior del coche.

—Harper, sentirte como lo estoy haciendo ya es darme placer. Hasta me da miedo moverme por si no logro contener… Las ganas.

—¿Las ganas?

Asiente.

Mi inocencia es lo suficiente inexperta como para preguntar tal gilipollez. Por la cara que pone, entiendo enseguida que Seth se contiene con todas sus fuerzas para no ceder al orgasmo. Mis mejillas arden con él dentro y recuerdo la primera vez que nos tocamos, esa noche de tantas en las que trepó hasta la terraza de mi habitación. Aquel día, supe que lo nuestro sería irrompible. Me obligo a centrarme en lo que estamos haciendo cuando pensamientos negativos sobre sus prácticas en España amenazan con romper el momento. Pero no. No lo permito, porque nuestra primera vez es para siempre, así que me olvido de la oferta de trabajo y paso la lengua por su oreja antes de morder el lóbulo, como hizo conmigo esa noche en la terraza. Su corazón comienza a latir tan deprisa que me preocupa que pueda pasarle algo, hasta que compruebo que el mío está igual. Y que la sensación es una pasada. Notar cómo todos los sentidos afloran es algo que el mundo entero debería experimentar al menos una vez en la vida. Cuando su lengua recorre la curva de mis pechos, arqueo la espalda, aturdida porque el placer y el calor aumentan por segundos. Seth ladea la cabeza después de besarme.

—¿Quieres que continúe?

Desvío la vista hasta su miembro, que espera mi permiso, todavía a medio camino.

—Por favor…

Me aferro a su espalda en busca de una penetración mayor, mientras el ansia se apodera de mi sentido común.

—Despacio —sugiere.

Se abre paso con calma, hasta hundirse con totalidad. La sensación de plenitud es abrumadora y me muevo con él, con nuestros cuerpos unidos como si fueran uno, con mis piernas abiertas alrededor de las suyas y mis brazos rodeando su ancho cuello, en el que puedo apreciar el relieve de las venas cada vez que se tensa. Hasta que cae sobre mí después de las primeras embestidas, deteniéndose para controlar la eyaculación.

—Mierda.

Busca con desesperación algo en su cartera.

—¿Qué ocurre?

Que se separe así me perturba, pero enseguida veo la tira de preservativos. Me pregunto cuánto tiempo llevará con ellos ahí cuando rompe uno de los envoltorios y estira el condón en sus dedos, antes de colocarlo.

—No va a ser lo mismo que sin barrera, pero tengo que ponérmelo.

—Claro. Sí.

Me sorprendo y reprendo a la vez por no haberme dado cuenta de que estábamos haciéndolo sin preservativo. Parece que las ganas que tengo de sentir a Seth han nublado por completo mi

razón. Vale que no es lo mismo sentir el látex y el poliuretano que su piel, pero cuando sus ojos me recorren de arriba abajo y se abre paso de nuevo en mi interior, me olvido del resto del mundo, del plástico y disfruto. Me entrego a él cuando hunde su nariz en mi cuello, cuando aumenta sus movimientos y cuando le araño la espalda porque el calor de mi vientre es insoportable. Hasta que el placer se vuelve tan fuerte que gimo al tiempo que Seth agarra un mechón de mi pelo. Lo acaricia con delicadeza antes de besar mi cuello, mis labios y la curva de mis pechos, con los que juega con una de sus manos.

—Seth, creo que…

No consigo acabar la frase, porque un ardor golpea mi vientre, obligándome a hundir mi cara en su pecho y a morderle en el hombro para no gritar de nuevo. Nos miramos a los ojos cuando las embestidas son más profundas y rápidas. Alcanzan un ritmo frenético que me hacen temer si mi vientre puede ser capaz de explotar en un momento como este, hasta que ralentiza los movimientos a la vez que mi cuerpo se destensa. Al mismo tiempo que el calor se evapora con un orgasmo que nos deja sin fuerzas. Al mismo tiempo que yo le digo que le quiero. El mismo momento en que baja la cabeza para besarme antes de enredar mi cuerpo desnudo en el suyo. Muerde mi labio inferior y me fijo en que sus ojos están llenos de lágrimas.

—Te quiero, Harper. Te quiero tanto que no sé qué voy a hacer un año sin ti.

32

Leavenworth

Anne admira el nuevo letrero que ilumina la tienda. En este no tintinea ninguna letra y el relieve brilla con elegancia. Seth ha necesitado casi una hora para ponerlo.

—Muchas gracias por ayudarme.

—No es nada, señora Moore.

Anne vuelve los ojos.

—No me trates de usted, me hace sentir mayor.

Mi madre se muere por verme feliz y, aunque tan solo llevamos desde ayer aquí, ya ha podido comprobar la buena relación que Seth y yo mantenemos. Desde mi última visita, las llamadas telefónicas diarias las hemos dedicado a hablar de nosotras y a buscar las pequeñas grietas del negocio que provocaban pérdidas. Una de esas grietas era la factura mensual que llegaba de luz y gas, proveniente de una compañía demasiado vieja como para no actualizar las tarifas con la competencia. Ahora tiene un plan mucho más económico. Al principio me costó que entendiera que tener la trastienda llena de cosas que no se vendían desde hace tiempo se traducía en dinero parado, pero al final lo hizo, y hablamos con los proveedores para que se llevasen lo que aún entraba dentro del plazo para retirar género. Anne quita los ojos brillantes del letrero para mirarme. Me sonríe con las manos metidas en los bolsillos de la camisa. Yo solo espero que no se sienta presionada con tanto cambio, pero es necesario que se involucre si quiere ver resultados favorables en el negocio familiar.

—¿Consiguieron poner el *software* para el inventario?

—Sí, cariño. Ahora puedo controlar las existencias sin llenar el almacén.

—Genial. Oye, Seth ha hecho una estrategia de crecimiento. ¿Te apetece que lo estudiemos antes de cerrar?

Seth sugiere otro plan. Parece percibir que la cabeza de Anne está saturada y posiblemente a punto de explotar.

—¿Y si primero cenamos?

—Chico, me caes bien. Muy bien.

*

Anne nos ha traído al restaurante más americano de Leavenworth, en el que hacen las mejores chuletas de cerdo rellenas. He venido más veces aquí, pero es la primera que lo hago con él. Cuando nos sirven el plato estrella de la casa, aprovecho para mirar el móvil. Sigo sin tener un solo mensaje de Eli, a pesar de haberla llamado y escrito en repetidas ocasiones. Termino guardando el teléfono mientras Anne dobla la servilleta de tela sobre sus muslos, para evitar mancharse durante la cena.

—Me hace muy feliz que hayáis venido. ¿Tenéis planes esta noche?

—Había pensado enseñarle el centro.

—Es fantástico. Las montañas se ven enormes desde esa zona de la ciudad y hay bastantes tabernas. También tiendas.

—Pero no podemos entretenernos mucho, mamá.

—¿Por qué no?

—Mañana es el último día que estaremos aquí. Aún tenemos que explicarte la estrategia de

crecimiento.

Anne deja escapar una bocanada de aire antes de llevarse a la boca otra chuleta. Después guiña un ojo a Seth, como si estuvieran compinchados.

—Cariño, no voy a permitir que el único fin de semana que estás aquí, desde que te has mudado a Tacoma, lo pases encerrada en la tienda.

—Pero…

—Pero nada. Tendréis tiempo de sobra para explicarme lo que sea necesario mañana, hoy solo disfrutad.

Antes de que pueda responder, pide *strudel* de manzana para los tres, acompañado de un delicioso helado de vainilla. Anne Moore sabe cómo distraerme, y elegir uno de mis postres favoritos es un movimiento de ficha con el que no puedo competir. Mis carrillos se llenan de comida. Enseguida noto el sabor dulce de la manzana caramelizada con trozos de nueces, canela y el toque que provoca el contraste con el helado de vainilla. El hojaldre cruje cuando mastico. Meto a Seth un rollo de *strudel* en la boca. Sus carrillos se hinchan como los míos y cierra los ojos para disfrutar de la explosión de sabores.

—¿Qué? ¿Cómo están?

Mastica complacido.

—No los he comido tan buenos en ningún sitio.

—Ni lo vas a hacer, son los mejores de todo Washington.

Durante lo que queda de cena, hablamos de la universidad, de lo cerca que estamos de los exámenes finales, del viaje que hará Seth a España y de las prácticas que realizaré en la oficina de papá. Anne también forma parte de la conversación y cuenta a Seth cómo surgió el negocio familiar hace generaciones. Por primera vez, su rostro no se ensombrece cuando menciona sin darse cuenta a mi padre. Habla de él con el cariño que solo dos personas que se han amado de verdad pueden compartir. Desde el respeto. Desde la admiración. Entonces entiendo por qué le defendía cuando yo le acusaba de habernos abandonado. Y también comprendo que Anne y Robin solo me protegían de la crueldad que escondía la verdad de los hechos.

—Así durante generaciones. —Da un trago de agua cuando nota sequedad en la garganta—. Espero que con los cambios pueda volver a funcionar como antes.

Aprieto su mano.

—Lo hará, mamá. Amas tu trabajo, te apasiona decorar los negocios de Leavenworth, las oficinas. Todo. Disfrutas de cada cosa que haces. Eso tiene que servir de algo.

—Gracias, cariño. ¿Os acerco a algún sitio?

—No hace falta. El centro está cerca de aquí.

—Está bien. No te preocupes por la hora, mañana nos vemos.

Deja dinero para pagar la cena sobre un platillo redondo de madera en el que está la cuenta. Besa mi mejilla después de ponerse la gabardina de entretiempo y a Seth le abraza durante unos segundos, con afecto.

—Señora Moore. Digo… Anne. Gracias por la cena, y por dejar que pase el fin de semana en Leavenworth.

—No me las des. Eres un gran chico.

El buen rollo que hay entre ellos me reconforta. Es un respiro si lo comparo con lo difícil que me lo ha puesto Robin. Cuando Anne sale por la puerta del restaurante, Seth aprovecha para robarme un beso.

—¿Vamos? Me apetece mucho conocer la ciudad.

—Claro.

Paseamos durante media hora, casi sin darnos cuenta, hasta llegar al centro. El paisaje montañoso le deja sin palabras. Hay una infinita variedad de tiendas, restaurantes y tabernas. Desde alguna calle, incluso podemos ver el río.

—Leavenworth es impresionante.

—Espérate a verlo en Navidad.

Una punzada de dolor se asienta en mi estómago al darme cuenta de que Seth no estará aquí en esas fechas. Desde que conozco los planes que tiene para después del verano, siento que algo dentro de mí ha cambiado. Es una sensación incómoda, provocada por la tristeza que me carcome cuando pienso en el tiempo que voy a estar sin compartir mis días con él. Cuando me responde, lo hace como si pudiera leer cada pensamiento que pasa por mi cabeza.

—Tendremos muchísimas Navidades por delante.

Ignoro el nudo que se forma en mi garganta.

—Sí. Claro.

Se detiene frente a una taberna.

—¿Te apetece tomar algo?

La fachada está adornada con barriles de cerveza cubiertos de plantas cuyas hojas cuelgan hasta el suelo. Al lado, hay un banco de madera amplio. En el respaldo aprecio un dibujo del río y las montañas de Leavenworth. Estudio rápidamente la lista de cócteles, cervezas y refrescos típicos de Estados Unidos que presenta la carta. Una de las bebidas llama mi atención y señalo el cóctel Manhattan. La base es el vermut rojo, un poco de *whisky* y concentrado de zumo de lima. Yo no tomo alcohol, pero hoy me apetece desinhibirme, dejarme llevar. Experimentar lo que cualquier adolescente disfruta haciendo a mi edad.

—Sí. Me apetece probar este.

—¿Segura?

Tiro de él hacia el interior del local.

—Vamos.

33

En el centro de Leavenworth

Doy gracias de que Seth tenga edad para comprar alcohol, porque el cóctel está buenísimo. El interior de la taberna es tan agradable como la primera impresión que nos hemos llevado de la fachada. En las paredes hay tablas de acero de las que cuelgan las mismas plantas que adornan los barriles de la entrada. Los asientos mullidos en tonos camel y las mesas bajas ovaladas con colores oscuros hacen que el lugar resulte agradable. Muevo las manos para darme aire. Me siento eufórica y estúpidamente ajena al miedo. Como si nada malo pudiera pasar después de beber varios Manhattan.

—Vaya calor.

—Creo que ya has tomado suficiente.

Seth hace un gesto a la camarera que pasa cerca de nosotros y pide una botella de agua para mí. Cuando la mujer me mira, sé que se pregunta si tendré edad o no para beber.

—¿Pedimos el último?

Pongo ojitos para persuadirlo, pero no funciona. Con un hoyuelo más que favorecedor a escasos centímetros de la comisura de su boca, alcanza la botella que trae la camarera. Quita, sin retirar sus ojos de los míos, el tapón de rosca.

—Será mejor que no.

—Porfa…

Echa el aire por la boca, pero no claudica. Ignora mi ruego y tiene el atrevimiento de colocar la boquilla sobre mis labios. El líquido fresco no hace que sienta menos los efectos del alcohol cuando pasa por mi garganta. Noto que voy con el puntillo, eso, y que el agua me ayuda a regular la temperatura corporal. La sensación de sofoco disminuye y mis reflejos parecen más ágiles que hace un momento.

—Ponte mi chaqueta.

Creo que es la primera vez que Seth no lleva una de sus sudaderas. Antes de ponerme en pie, tropiezo y caigo sobre él. Me río cuando acabo boca abajo sobre su regazo.

Como si fuese una niña pequeña, coloca mi mano en una de las mangas. Hace lo mismo con la otra y abrocha los botones. Lo beso desinhibida. Mientras saboreo sus labios, pienso que soy muy afortunada por haber encontrado un amor tan correspondido. Por haber creado con él la relación que tenemos. Porque tengo la sensación de que a su lado soy muy feliz.

—No te merezco, Harper.

Sostengo su rostro en mis manos.

—Deja de decir eso. Los dos merecemos lo que tenemos.

Se me traba un poco la lengua al hablar, pero no por eso mis palabras carecen de valor. Lo digo porque lo siento. Porque no entiendo que Seth sea incapaz de ver lo maravilloso que es. Me pongo de puntillas para rozar la punta de su nariz con la mía y le miro directamente a los ojos.

—Te quiero, Seth.

—Yo también te quiero, pero después de un año en España… ¿Sentirás lo mismo?

La pregunta me desconcierta bastante.

—¿Tú no confías en que lo que tenemos sea más grande que doce meses separados?

—No lo sé. Me preocupa que sea demasiado tiempo.

Coge mi mano para salir del local. Apenas noto frío cuando salimos a la calle gracias a su chaqueta. Comprobar que no tiene las cosas tan claras como yo, escuece.

—¿Dudas?

—No. Claro que no. Es solo que… Me da miedo que en ese tiempo conozcas a alguien que…

—¿A alguien que qué?

—A alguien que te haga olvidarme.

—Estás loco si piensas eso.

Le beso para dejarle claro que no habrá nadie más en su ausencia. Es una muestra de afecto lenta, pero lo suficiente profunda como para disipar las preocupaciones que invaden su cabeza, hasta que se le borra la sonrisa de la cara de golpe. Cuando miro en su dirección, advierto la silueta de Hero a escasos metros de nosotros. Antes siquiera de que pueda decir nada, los músculos de Seth se tensan. Ver a Hero remueve algo en mi interior, pero no como antes. No me acostumbro a sentir un bloque de hielo en el estómago cada vez que me encuentro con él. Y creo que tampoco es algo que me gustaría, por eso señalo una dirección opuesta, para evitar un enfrentamiento entre ellos. Y también conmigo. Quiero a Seth, pero me siento en deuda con Hero por todo lo que hemos vivido. Porque le debo respeto, igual que él a mí por cada uno de los momentos bonitos compartidos.

—Hay una parada de bus en esa calle, podemos ir y ver los lugares que quieras.

—¿Es que te avergüenzas de estar conmigo?

Sacudo la cabeza. ¿Cómo puede pensar algo así? Me fijo en el cuerpo de Hero, apoyado de espaldas en una pared rojiza de ladrillo, antes de responder a Seth.

—Claro que no.

—¿Entonces?

—Intento evitar una situación incómoda.

Asiente, accediendo a lo de coger la parada de bus, pero antes de cambiar de calle, sale una chica a la que reconozco enseguida. Una chica que se tira a los brazos de Hero y a sus labios. En este momento, recuerdo el tatuaje que mi ex lleva en el pecho, ese del que nacen plantas enredadas entre sí, ascendiendo por su cuello. Un boceto que siempre me ha maravillado por su significado, pero que ahora visualizo más como algo vacío que tan solo acompaña a su estúpida fachada de chico duro que no sufre por amor. Voy directa hacia ellos. Mi supuesta mejor amiga se separa de la boca del que ha sido mi primera pareja, con los labios hinchados por el beso.

—¿Eli?

—Mierda, Harper.

Es lo único que dice al verme. Los ojos negros de Hero se cruzan con los míos antes de reconocer la silueta de Seth a mi espalda. Ni siquiera me he dado cuenta de que he dejado a mi novio atrás.

—¿De qué va esto? ¿Estáis juntos?

Ninguno responde.

—¿Qué hace este aquí?

Hero formula la pregunta con desprecio, como si de esa forma tuviese menos relevancia que se acabe de besar con Eli. Como si creyera que así va a conseguir desviar el tema.

—Pero, ¿a ti qué te pasa? Te comportas como si no hubiese visto que os habéis besado. —Me giro hacia Eli. No estoy celosa, pero siento una enorme decepción—. ¿Y tú qué? No me coges las llamadas ni contestas los mensajes. Y ahora esto.

Usa un tono arrogante cuando me habla.

—¿Y qué, Harper? Lo quieres todo. ¡Todo! Si dejaste a Hero por Seth, ¿qué te importa lo

que haya entre nosotros?

—Estás mal de la cabeza, Eli. Necesitas que te encierren con una camisa de fuerza si consideras que me importa lo que tengáis. ¿Qué te he hecho a ti para que me hagas esto? ¿Para que me trates así? Eras mi mejor amiga.

—Lo era, sí. Pero elegiste Tacoma y todo lo que eso conlleva.

Los chicos se mantienen callados en un segundo plano. Aunque la tensión entre ellos es insoportable, se esfuerzan por no comenzar otra discusión. Agarro de la mano a mi novio para irme cuanto antes de allí, pero no puedo hacerlo sin antes ser sincera con todos.

—No elegí Tacoma, elegí a Seth. Y tú, Hero, podrías tener a cualquier chica. A cualquiera. Solo espero que hagas esto porque lo sientes, y no por despecho ni porque así creas que me haces daño, pues lo único que me duele es haber perdido a la que era mi mejor amiga por un chico que ha jugado conmigo.

Doy media vuelta agarrada de la mano de Seth para irme. Los ojos de Eli brillan, mientras que los de Hero arden de rabia. Sin importarle que estén Seth ni Eli delante, tira de mi brazo.

—Lo último que quiero es hacerte daño.

Seth aparta los dedos con los que Hero rodea mi antebrazo.

—No la toques.

Hero vuelve a colocar su mano donde estaba.

—¿O qué?

—O te las verás conmigo, ¿me oyes?

Permanecen cara a cara, inmóviles. Tengo que extender los brazos para separarlos y que sus cabezas no se rocen.

—No quiero peleas de gallos —aviso—. Bastante tengo con lo que he visto. Vámonos, Seth.

Tiro de él, dejando a Hero y Eli cada vez más lejos de nosotros.

—Eso, ¡vete como haces siempre! ¡Lárgate de una maldita vez! Pero antes, ¿sabes qué? ¡Me tiré a Eli el mismo día que te fuiste!

Paro en seco. Mis pies se clavan en el suelo al tiempo que aprieto los puños.

—¿Eso es verdad?

Mi pregunta va dirigida a ella, que traga saliva.

—Vino a buscarme por la noche, estaba muy mal y…

—Y decidiste consolarlo. ¿Por eso intentaste ayudarnos a volver después? ¿Para lavar tu maldita conciencia?

—Lo siento. —Solloza.

La empujo con rabia antes de girarme hacia Hero. Seth me coge en volandas, alejándome de ellos, pero consigo zafarme.

—¡Que os den a los dos! ¡Que os den!

—Harper…

Hero agacha la cabeza, arrepentido por su impulsividad, pero el daño ya está hecho. Extiende la mano para acariciar mi mejilla, pero me echo hacia atrás lo suficiente rápido como para evitar el contacto. No quiero que me vuelva a tocar nunca. El autobús pasa por delante de nosotros, dirigiéndose a la parada, y tiro de Seth para no perderle, aunque antes me giro hacia Hero.

—Eres un crío. Un crío al que espero no volver a ver jamás.

34

Desayunar con Anne ha sido agradable. Aunque no se le han pasado por alto mis ojeras, ha logrado mantenerse al margen. Anoche me costó más de la cuenta dormir. Daba vueltas de un lado para otro, en la cama, hasta que Seth me envolvió en un abrazo cálido con el que conseguí relajarme lo suficiente como para conciliar el sueño. La cama de mi dormitorio es pequeña, lo justo para que una adolescente descanse sin que se le lleguen a salir los pies por la parte baja.

—¿Entiendes lo que decimos?

Estudio la expresión de mi madre mientras sostiene los papeles en los que hemos impreso la estrategia de crecimiento para *Moore Decorations.* Es un plan sencillo. Seguido con constancia, puede generar un mayor número de ventas y disminución de los gastos actuales. La presencia en redes sociales, manejar la página web con tienda en línea, envíos nacionales e internacionales de los productos decorativos, mantener un estratégico orden adecuado del género y aparecer en medios de comunicación como la prensa, son solo algunas de las cosas que Anne tendrá que empezar a hacer si quiere que el negocio funcione.

—También deberías subir los precios.

La sugerencia de Seth es buena. Mi madre lleva años con las mismas tarifas y la tienda sobrevive a base de absurdas ofertas donde la ganancia es imperceptible.

—Tiene razón. Es insostenible que mantengas los mismos precios que cuando te hiciste cargo del negocio. Todo ha subido, mamá: el agua, la compra en el supermercado, el combustible, los salarios…

—Perderé clientes si hago eso.

Seth cruza los brazos.

—O valorarán más lo que tienes y lo que haces.

Antes de que se eche para atrás, enciendo el TPV y busco la tarifa de los productos y servicios. Los modificamos a mano. Es una tarea que nos lleva horas y un tiempo en el que me sumerjo en los números y cuentas de la tienda, intentando no pensar en lo que ocurrió anoche. Ya me atormenté ayer lo suficiente, y no por celos. Sentir cuchillos afilados clavados en la espalda no es plato de buen gusto. Seth acaricia mi espalda. Con él me siento comprendida, sabe cuándo puede hacer preguntas y cuándo debe darme espacio porque no estoy dispuesta a contestar. Igual que anoche, en la cama. Él sabía que lo único que necesitaba después de todo era un abrazo en el que pudiera alejarme del dolor un rato. Y así lo hizo; me envolvió en sus brazos para que mi malestar disminuyera.

—Mamá.

Anne levanta la cabeza del mostrador con pesadumbre. Detesta todo lo relacionado con la economía, administración y gestión de una empresa. Pero eso debería haberlo pensado antes de meterse en *Moore Decorations*.

—¿Sí?

Juraría que se está quedando dormida frente a la pantalla del terminal.

—Hemos acabado. No olvides que a las cinco viene el que hace las fotos del periódico local. Quiere una de la fachada y alguna en el interior. También le gustaría que aparecieras en al menos una de ellas.

—Bien. ¿Quién me hará la entrevista?, ¿tu amiga Eli?

Apenas quedan unos minutos para que sea la hora.

—No lo sé. Hablé directamente con el director.

Sé que se debate entre preguntar si ocurre algo entre nosotras o no, pero decide guardar

silencio y yo agradezco que se decante por lo segundo. En este momento, no me apetece dar explicaciones a nadie del motivo por el que Eli y yo ya no mantenemos ni mantendremos contacto.

—Será mejor que os vayáis. No quiero que lleguéis tarde a Tacoma, y todavía tenéis que ir a casa a hacer las maletas.

Me abraza como solo una madre puede hacerlo.

—¿Me llamas mañana?

Mi pregunta consigue que Anne sonría. Las llamadas a diario ya forman parte de nuestra rutina. Parpadea muy rápido para que la humedad de sus ojos no escape a sus mejillas.

—Claro, te llamaré.

—Me ha encantado vuestra visita. Podéis venir siempre que queráis. Los dos.

Acorta la distancia entre nosotros y extiende los brazos. Inspiro hondo, embriagándome de su familiar olor a hogar.

—Mamá, nos vas a asfixiar.

—Mucha suerte en los exámenes. —Mira a Seth con cariño—. Espero veros pronto.

Nos dirigimos a la salida cuando el fotógrafo del periódico entra. Antes de irnos, Anne nos dice que ha dejado unos sándwiches preparados para nuestra vuelta.

—Llámame cuando llegues a casa de tu padre.

—Que sí, mamá.

Lanzo un beso al aire que va dirigido a ella cuando salimos. Camino con Seth, sin prisa hasta llegar a casa. Hacemos las maletas de mano que hemos traído para pasar el fin de semana mientras me doy cuenta de que mi habitación es y ha sido siempre muy impersonal. Nada que ver con la de él, con la camiseta de su jugador de fútbol preferido, las medallas y los trofeos decorando los estantes.

Terminamos más pronto de lo que pensaba y salgo al patio para ver la cabaña árbol que hizo hace años mi padre. Seth se ofrece a meter las maletas al coche mientras admiro la pequeña construcción de madera. Me trae recuerdos bonitos.

—¿Coges la comida? —pregunta.

—Sí. Voy.

Me apresuro a meter todo en la fiambrera y giro la llave de la puerta dos veces para cerrarla antes de subir al coche. Con el corazón encogido, miro la casa que ha sido mi hogar mucho tiempo y sé que siempre que me vaya volveré a echarla de menos. A la construcción, al vecindario, a las montañas y el lago, pero sobre todo a los recuerdos de unos años de mi vida donde fui muy feliz.

35

Graduación de Seth - North End

Hemos pasado la época de exámenes alejados de cualquier atisbo de vida social. Como se ha podido comprobar en nuestras notas, todo esfuerzo durante el curso académico ha merecido la pena.

La graduación comienza en los jardines del campus, con los alumnos que han superado el último curso, pasando por la impoluta e infinita alfombra roja que llega hasta una alargada mesa cuando las filas de sillas terminan. Doy la mano a Grace en un intento por infundir calma. Sus ojos brillan con orgullo cuando sus hijos aparecen con la toga, la esclavina, el birrete y la borla. Seth sostiene el documento que acredita su licenciatura después de estrechar la mano al docente. Es un apretón firme, cargado de agradecimiento y esperanza, de miradas a un futuro laboral prometedor. Un gesto con el que cierra la etapa universitaria para abrirse al mundo laboral. Sonríe tantísimo que cuando nuestras miradas se cruzan se me eriza el vello de la piel y tengo que morderme la lengua para no saltar por encima de la gente y tirarme sobre él.

—Mis chicos…

Grace limpia una lágrima solitaria que se desliza por su mejilla. Ver a sus dos hijos graduarse es motivo suficiente de felicidad. Brad y Seth no lo han tenido fácil, pero ella tampoco. Los tres rompieron el contacto con el señor Bennet en Ashford. Nadie le ha vuelto a ver por Tacoma, mucho menos en el barrio de North End.

Aprieto su mano.

—Se lo merecen.

—Ha sido una época difícil. Pensé que lo de su padre influiría negativamente en sus estudios, pero míralos. Lo han conseguido.

Levantamos la vista hacia ellos. Se me encoge el estómago, porque yo también he llegado a creer alguna vez que Seth no acabaría la universidad. Al menos no este curso. Nadie, excepto nosotros, conoce de verdad el sufrimiento que guarda dentro. Lo mal que lo ha pasado. Siempre se habla de cómo los hijos decepcionan a los padres, pero pocas veces se menciona lo que ocurre cuando son las figuras paternas o maternas quienes fallan a los hijos. El impacto puede resultar devastador, porque las heridas que dejan no se cierran. Intento quitar de mi cabeza cada una de las noches en las que se ha desvelado gritando, empapado en sudor y lágrimas. Y es que las pesadillas han sido más frecuentes a medida que han ido acercándose los exámenes finales.

—Los dos son maravillosos, Grace.

—Sí, lo son. Por favor, Harper, dime que vienes a comer con nosotros.

Asiento. Seth me ha dicho que será una comida tranquila y familiar, en su casa.

—Claro.

Doy la conversación por concluida cuando me dedica una amplia sonrisa, antes de centrar su atención en la graduación de sus hijos. Al terminar, los estudiantes de último curso lanzan los birretes por los aires. Familiares y amigos nos ponemos en pie para aplaudir, tomamos fotos y dejamos que los estudiantes graduados disfruten, eufóricos, de los logros que con mucho esfuerzo han conseguido. Un brazo se desliza por detrás de mi espalda y sé quién es antes siquiera de verle.

—Seth.

Al pronunciar su nombre, compruebo cómo sus ojos recorren mi cuerpo, demorándose en la comisura de mis labios.

—Estás preciosa.

Mis mejillas se tornan rojizas. Brad y Grace nos miran con una sonrisa pícara antes de darse la vuelta, dándonos un poco de intimidad entre la masa de personas que se han concentrado en los jardines del campus. Sus palabras me provocan cosquillas en la barriga y, su beso, cuando atrapa con su boca la mía, hace que un escalofrío recorra mi columna. Cuando nuestros labios se separan, cojo aire, y advierto que su mirada se demora donde mi blusa deja entrever el sujetador. La delgadísima tela marca la silueta que forman mis pechos. La falda, por la mitad de los muslos, ondea con el aire y él traga saliva con dificultad. Sus dedos presionan mi cintura cuando me atrae más hacia su cuerpo y me pregunto si es posible sentir más calor del que tengo en este momento.

—No solo eres preciosa, sino que estás absolutamente arrebatadora.

Me muerdo el labio.

—No lo hagas —pide con voz ronca.

—¿Que no haga qué?

Antes de contestar, besa con disimulo el lóbulo de mi oreja, haciendo que me estremezca.

—Mirarme así. Eso, y morderte el labio. Si sigues haciéndolo no seré capaz de ir a la comida. Tendré que dar plantón a mi familia, llevarte a un sitio más íntimo y meterme bajo tu falda.

—Eso suena interesante —le desafío.

Sé que se debate entre hacer lo correcto o cumplir con su advertencia cuando realiza una mueca, cuando sus ojos miran hacia abajo, indicando que mantiene consigo mismo una conversación interna. O cuando sus músculos se tensan.

—Maldita sea, Harper.

Antes de tirar de mí, mira deprisa a su alrededor. Me lleva casi a rastras hasta su madre y su hermano. Grace está sacando fotos a Brad con sus compañeros del equipo de *rugby* y Seth pasa justo en ese momento por delante, interponiéndose entre la cámara y los chicos.

—¡Tío, sal con nosotros! —grita uno de ellos.

—Sí, Seth —dice otro—. Eres el mejor del equipo, aunque a tu hermano le escueza.

Las risas y el buen rollo son palpables entre los jugadores.

—En otra ocasión —responde impaciente, antes de girarse hacia Grace—. ¿Cuándo comemos?

Su madre mira la esfera del reloj de oro rosa que luce con elegancia en su muñeca. Es de las pocas joyas que no ha vendido desde que se separó para hacer frente a las facturas, antes de que la cogieran para trabajar como traductora en una agencia de viajes de Tacoma. Me parece admirable la entereza que muestra cada día para salir adelante. Para que a sus hijos no les falte de nada. Para que el nivel de vida de Brad y Seth no se vea alterado por la falta de ingresos, por las habladurías de los vecinos de North End ni por la ausencia de su padre.

—En una ho…

—Suficiente —interrumpe, sin dejar que acabe—. A las doce y media estamos en casa.

Grace no es la única sorprendida al ver que nos vamos. Brad y los del equipo cruzan miradas entre sí, y alguna sonrisa con la que todos podemos leer entre líneas. Clavo los pies en el suelo mientras tiro de su ropa, en un intento por hacerle cambiar de parecer.

—Estás loco. ¿Qué van a pensar si nos vamos ahora?

—¿Acaso importa?

Me gustaría decirle que sí, que, por supuesto importa, pero en realidad… Estoy convencida de que no. No me importa en absoluto. Aun así, intento hacer lo correcto, deteniéndome frente al coche. La poca distancia que nos separa hace que me dé cuenta de lo guapo que es y se me escapa una risa nerviosa cuando roza mi barbilla con los dedos.

—No pienso subir a tu coche.

Se dirige a mí con voz suave.

—Justo eso dijiste la primera vez que te invité a subir.

—No es verdad.

—Sí lo es.

Hago memoria, recordando cómo arrugó la frente cuando le contesté lo mismo que ahora.

—Cierto. No estabas acostumbrado a que las chicas te dieran calabazas, eh…

—Intentaba ser amable.

Unas cosquillas aparecen en mi estómago al oír su contestación.

—¿Es que recuerdas toda la conversación?

—Casi toda. Y sigo creyendo que la chaqueta que llevabas era una mierda. —Al ver que alzo una ceja, continúa—: No abrigaba lo suficiente.

Le pellizco en el abdomen.

—¿Dónde está el chico políticamente correcto que me llevó a casa entonces? Antes no te metías en peleas. Tampoco te habrías ido en medio de tu propia graduación para…

—¿Para qué, Harper? —Su brazo se cierra sobre mi cintura. Intento zafarme de él, pero mi masa muscular es enclenque comparada con la suya—. Para… ¿Hacer el amor? Sí —admite—. Llevo deseando meterme bajo tu falda desde que te he visto llegar. Joder, loco tendría que estar si no te deseara.

Es extraño, pero un cosquilleo recorre mi nuca al oírle. Nuestros cuerpos encajan al eliminar la distancia que nos separa cuando acaricia mi espalda, atrayéndome hacia él y abro la boca para discutir algo, cualquier cosa que me sirva para no irnos en medio de la celebración, pero mi cuerpo ha cedido al deseo y resulta imposible contradecirlo. Por eso me dejo querer cuando sus labios se hunden en los míos. Cuando su lengua me invade al tiempo que el corazón golpea con fuerza, y entonces siento que voy a perder el sentido. Al final subo al coche. Seth conduce sin dejar de acariciar con los dedos mi muslo, hasta que aparece el mar ante nuestros ojos. Estoy segura de que reconocería este sitio en cualquier ocasión, por mucho tiempo que pasara.

—Es…

Un nudo se forma en mi garganta, impidiéndome continuar.

—Sí —dice él—. Aquí fue nuestra primera vez.

Camufla el coche entre los robustos troncos de los árboles. La ciudad no cuenta con las luces que se reflejaban aquella vez sobre el agua, creando siluetas desdibujadas.

—De día es más impresionante todavía.

Seth se quita la ropa mientras mis ojos recorren cada parte del paisaje. Antes de que me dé cuenta, ha desabrochado mi cinturón y su torso firme reluce ante mí. Paseo sin prisa las yemas de los dedos sobre su piel caliente y me echo a un lado para que se tumbe conmigo. Su pelo cae desenfadado, esparcido por la frente cuando se inclina, acabando con cualquier distancia que hubiera entre nosotros.

—Esta falda es más bonita que la de esa vez.

Se me escapa una carcajada al oírle. Sin duda, mi elección de hoy es bastante más acertada que la falda verde pistacho de tablas. Revuelvo sus rizos porque no me quita los ojos de encima.

—¿Qué miras?

—Nada.

—¿Nada?

—Es… agradable estar contigo.

—¿Agradable?

—Sí, Harper. Estar cerca de ti me altera y calma a partes iguales. Y sé que esto, —Dibuja círculos con los dedos—, traerte aquí cuando deberíamos estar en la graduación, es inapropiado. ¿Pero qué hago si no puedo evitarlo? Nada de esto tiene sentido, pero me gusta. Me gusta tanto estar contigo que no quiero irme a España.

—Espera, ¿qué?

He escuchado a la perfección lo que ha dicho, pero mi cabeza se niega a procesar lo que significan sus palabras. Absorta, observo su expresión. La determinación enmarca su rostro con decisión. Lo tiene claro, nada de lo que diga va a hacer que cambie de opinión.

—No quiero irme a España.

—Seth, es una oportunidad única. La situación en tu casa no está para…

—No me importa.

—Claro que importa. Llevas años matándote a estudiar para conseguir una oportunidad así. Y este último año ha sido el más difícil.

Echa los mechones de su frente hacia atrás.

—En eso tienes razón, sin embargo, olvidas que ese sueño lo tenía antes de conocerte a ti.

Una lágrima solitaria se desliza hasta mi barbilla.

—Me siento la peor persona del mundo, Seth.

—Es mi decisión, no la tuya. Y te elijo a ti por encima de todo, desde el día que te conocí.

Mis sentimientos son contradictorios. Muy contradictorios. Por un lado, me da pena que rechace la oportunidad que le han dado. Pero también es cierto que la idea de seguir juntos resulta tentadora. ¿Y lo de elegirme por encima de todo? Esa declaración ha conseguido que mi corazón aumente la frecuencia del bombeo en un tiempo insuperable. Debería convencerle para que se quede, insistir en lo importante que será para su vida laboral tener como experiencia una oportunidad así, debería volver a recordarle que la situación económica de su madre no es la mejor en estos momentos. Debería decirle muchas cosas, y mi conciencia lo sabe, pero el corazón gana una batalla titánica entre el deber y el sentir, proclamándose vencedor.

—Seth… Bésame, por favor.

Levanta la cabeza un poco, lo justo para que sus ojos y los míos se crucen. A pesar de la sorpresa, inclina su cabeza hasta que sus labios encajan sobre los míos con una sonrisa. Un gruñido gutural que sale de su garganta consigue que me estremezca. Sus manos agarran mi cintura después de subir la falda. Con torpeza, desabrocho el botón del vaquero, luego tiro de la cremallera y dejo que se acomode entre mis piernas. Con cuidado de no estropearme el maquillaje ni el peinado, reparte besos y caricias por mis pómulos, mejillas y cuello, antes de desabrochar la parte superior de la blusa para deleitarse con mis pechos. Puedo sentir el deseo de Seth en cada gesto, en los ruidos que hace al respirar, en cada uno de los gemidos ahogados que se pierden entre nuestros besos. Puedo sentir que se muere por mí como yo lo hago por él y una punzada palpitante me recorre por dentro cuando la embestida es mayor. Cuando nuestros jadeos aumentan. Cuando nuestros pechos suben y bajan, agitados.

—Mierda.

Se retira deprisa, tanto que una sensación de soledad me invade de inmediato. Estábamos tan perdidos el uno en el otro que nos hemos olvidado del preservativo. «Joder». Cruzo los dedos para que la suerte esté de nuestra parte y me relajo cuando saca un envoltorio plateado de la cartera. Se lo pone enseguida y volvemos a unirnos, a tocarnos, a movernos. Volvemos a ser dos personas llenas de deseo, de hambre, de fuego. Volvemos a perdernos en nuestros cuerpos hasta que el calor resulta insoportable. Deslizo la lengua sobre sus labios y paso una mano por debajo, tocándole con suavidad. Seth se estremece cuando mis dedos le rozan, justo antes de acabar,

exhaustos, y con las caderas encajadas.

La conexión entre nosotros es cada vez más grande. No soy ni de lejos una experta del amor, pero sé que lo que tenemos no podría ser de la misma manera con nadie más.

Miro el reloj.

—Tenemos que vestirnos.

—Que le den a la graduación.

Respiro hondo, porque el esfuerzo que hago para separarme de él en este momento es desmesurado.

—Grace cuenta con nosotros.

—Está bien. Oye…

—Dime.

—No voy a cambiar de opinión sobre lo de España. Se lo diré a mi madre cuando esté con ella, en casa.

—Deberías ir. Primero por ti, pero también por ella.

—Harper, yo solo puedo pensar en ti. E imaginarte tan lejos me mata. Es mi decisión y, he decidido que no voy a ir.

36

Hemos llegado a tiempo, justo cuando Grace se disponía a servir los primeros platos en la enorme mesa del comedor. Will y Carrie son hermanos de Grace. Sam es el marido de Carrie, con quien tiene dos hijos: Stacey y Joe. Stacey tiene tres años menos que Joe, y Joe tiene la misma edad que Brad y Seth. La familia materna de la madre de Seth no es muy grande y el último en presentarse ha sido el tío abuelo Gregory, un hombre mayor con un amplio sentido del humor.

—¿Más estofado, Harper?

Grace sirve un cucharón generoso que coge del fondo de la vajilla.

—Gracias. Así está bien.

Stacey y Joe se revuelven en los asientos. Por alguna razón, Joe intenta quitar el móvil a su hermana. Sam extiende la mano para coger el teléfono de su hija.

—Parad. Nada de aparatos en la comida.

Stacey refunfuña antes de llevarse el tenedor a la boca. Me parece una chica demasiado inmadura para la edad que tiene, pero no le doy más importancia. La tía Carrie es muy amable y felicita a Seth y Brad por las notas finales que han conseguido este último curso.

—Enhorabuena, chicos. Tenéis que estar orgullosos de lo que habéis logrado. ¿A que sí?

—Claro —dice su marido, limpiándose la comisura de los labios con la servilleta de tela—. No como Joe, que lleva sin dar un palo al agua desde el segundo año.

Joe no parece ofendido cuando se coloca erguido en su asiento. Más bien, da la impresión de que ya está acostumbrado a los comentarios de su padre. Sin levantar la voz ni cambiar el gesto, responde con una pasmosa tranquilidad.

—Química es más complejo.

Su padre vuelve los ojos hacia arriba.

—Si dedicaras más horas a estudiar y menos a fanfarronear, te iría mejor.

El tío abuelo Gregory levanta la copa de vino, cansado de las quejas de Sam. Levantamos los vasos de cristal fino acercándolos al centro de la mesa. Tintinean cuando chocan unos contra otros.

—Vamos a brindar por Brad y Seth.

—Salud —añade Joe antes de beber de un trago el líquido burbujeante.

Unos rayos de sol se cuelan por los altos ventanales. La luz hace que la piel de Seth brille cuando se lleva a la boca un trozo de carne. Dejo caer los hombros, relajada mientras como, hasta que la prima de los hermanos Bennet abre la boca.

—¿No habéis invitado a Lilly y sus padres?

Casi me atraganto al oír el nombre de la animadora, pero me recompongo rápido. Lilly no es nadie para Seth, ya me lo ha demostrado muchas veces. Debería dejar de incomodarme tanto que alguien la mencione.

—Estamos en una comida familiar —recuerda Joe.

Es la primera vez desde que he llegado que le veo así de serio. Continúo comiendo como si no la hubiesen nombrado, pero Stacey no parece dispuesta a dejar el tema.

—Harper tampoco es de la familia y está aquí.

El tenedor de Seth rebota en el plato al caer. Sé por la rigidez de su espalda que intenta contenerse, por eso le cojo la mano por debajo de la mesa, buscando contacto visual para infundirle calma. Brad, que conoce a su hermano tanto como yo, saca la cara por mí.

—Teniendo en cuenta que sale con Seth, como si lo fuera.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que Stacey traga lo que tiene en la boca, pero me parece una eternidad. Despreocupada, limpia la comisura de sus labios igual que ha hecho antes su padre, con la servilleta de tela. Joe le advierte con los ojos que no siga por ahí, pero la mueca de asco que hace al mirarme indica que no va a parar hasta sacar de quicio a Seth. O puede que a mí.

—Lilly salió con él la última vez que vinimos. Si cada día trae a una distinta, ¿tenemos que considerar a todas de la familia?

Carrie observa a su hija con las mejillas rojas por la vergüenza.

—Ya vale —reprende con dureza—, Stacey. Que te lleves bien con Lilly no te da derecho a hablar así delante de Harper.

Observo las lámparas colgantes del techo para intentar relajarme sin soltar la mano de Seth. Me encantaría irme de aquí y dejar de escuchar a la estúpida prima de los hermanos Bennet, pero no voy a hacerlo. No voy a permitir que nos estropeé la comida. Para relajar la tensión que se está acumulando en mi cuerpo, estiro el cuello e ignorando a Stacey, me giro hacia Grace.

—El estofado está exquisito. ¿Puedo servirme un poco más?

—Claro. Ahora mismo…

—Tranquila, voy yo.

Me levanto antes de que lo haga ella. Salgo del comedor con el plato en la mano, pestañeando para que las lágrimas no escapen de mis ojos.

En la cocina, Joe se coloca frente a mí cuando cojo el cucharón para servirme un poco más. Me quita el cazo con tacto y selecciona los trozos más tiernos antes de echarlos en mi plato. Respiro hondo, recordando que él no tiene la culpa. Joe no es responsable de lo que dice Stacey. Estoy dándome la vuelta para volver al comedor cuando me habla. Al volverme hacia él, me fijo en que es casi tan alto como Seth. Su nariz se asemeja a la de su primo, pero la suya es menos recta.

—Siento lo que ha dicho mi hermana.

—No hace falta que te disculpes.

—Aunque no sea mi culpa, quiero disculparme por el mal rato que os habéis llevado. ¿Sabes, Harper? Nosotros no venimos mucho por aquí. Habré coincidido dos veces con Lilly, como mucho, pero es verdad que Stacey y ella hicieron buenas migas desde el principio. Hablan por teléfono, se escriben con frecuencia y, a veces, mi hermana viene desde Seattle para salir con ella y con las del equipo de animadoras. Pero nada de eso justifica su comportamiento.

—No. No lo justifica.

—Hablaré con ella.

—Gracias, Joe. Seth no está pasando por su mejor momento y… Bueno. Eso nos hace estar a todos más sensibles.

—Imagino que lo de su padre es… Complicado.

—Sí, lo es.

Suena el timbre repetidas veces. Oigo que alguien abre la puerta y giro sobre mis talones dispuesta a volver al comedor, pero un ruido estridente hace que se me acelere el corazón. Sé que es la vajilla de Grace la que se ha hecho añicos en el suelo incluso antes de llegar a la sala del comedor.

—Mierda.

Joe me echa a un lado al oír las voces, adelantándome. Llega unos segundos antes que yo, lo justo para interponerse entre Seth y… «¿Qué hace Jackson aquí?». La escena es caótica. Seth lanza todo lo que hay a su alcance por los aires, mientras Joe intenta sujetarlo. Jackson no suelta la botella de *whisky* que lleva en la mano. Está demasiado borracho, y hace un enorme esfuerzo

por mantenerse en pie. Seth lanza otro plato contra la pared, zafándose del brazo de Joe.

—¡Lárgate!

—Hijo, solo quiero felicitarte por tu graduación.

Se detiene ante el enorme jarrón que hay en la esquina, saca las flores y mete la cabeza dentro para devolver. La cara de Carrie se contrae de asco ante la escena. Stacey realiza la misma mueca, junto a Sam.

—Por favor, Jackson, —ruega Will, intentando no perder las formas cuando ve que a su hermana le va a dar un ataque—, será mejor que te vayas.

De un manotazo, el señor Bennet lo aparta de su camino y se detiene como si no pasara nada frente al tío abuelo.

—Gregory, le veo bien.

El anciano palidece.

—Una pena que no pueda decir lo mismo de usted.

Brad es el que pone un brazo alrededor de su padre. Se me rompe el alma al ver la decepción enmarcando su rostro, pero ahí está, guardando las formas. Seth, en cambio, parece fuera de control. La ira no le permite calmarse y el dolor se le atasca en la garganta en forma de nudo. Voy hasta él ignorando las advertencias de Joe y sujeto su rostro entre mis manos, aprovechando que su primo ha conseguido inmovilizarle los brazos.

—Tranquilízate, Seth, por favor.

—¿Cómo te atreves a venir aquí? —Su voz se rompe en el aire, convirtiéndose en sollozos que le desgarran—. ¿Es que no has hecho bastante ya? ¡Ojalá te mueras! ¡Ojalá sufras algún día todo lo que has hecho a esta familia!

—Perderos ya es peor que estar muerto.

La declaración de Jackson me pone los pelos de punta. ¿Cuánto dolor puede causar a una familia entera una mala decisión? ¿Cuánto daño podemos hacer con nuestras acciones? ¿Cómo es posible que los actos de otros repercutan en uno mismo con tanta fuerza?

—¡Que te marches!

Jackson da un trago de *whisky* antes de arrastrarse por la pared, hasta la salida.

—Lo siento. Siento haberos fallado.

El comedor queda sumido en un silencio absoluto cuando el señor Bennet desaparece, hasta que la voz del anciano Gregory retumba entre los techos y las paredes.

—Creo que es mejor que nos vayamos.

37

He tardado horas en calmar a Seth y conseguir que se duerma. Horas agotadoras en las que no paraba de llorar, en las que consolarlo ha sido un reto duro. Durísimo, mejor dicho. Pero ha merecido la pena cuando sus párpados se han cerrado, tranquilos al fin, cediendo al sueño. En otras ocasiones le he visto perder el control, he presenciado cómo las palabras que salen de su boca no son las más acertadas, pero es la primera vez que de verdad he sentido miedo por si el odio que tiene dentro le supera. Miedo de que se hunda en un agujero sin fondo por los errores de Jackson. Miedo porque las desacertadas decisiones de su padre se lleven por delante el futuro de la persona más brillante que he conocido nunca. Brad deja caer el peso de su cuerpo en una de las sillas de madera del jardín. Está agotado. Y no me extraña. Después de ayudar a Grace a recoger los cristales de la vajilla, ha lavado los platos de la comida y recogido todo el comedor mientras su madre, al igual que Seth, ha caído rendida en un profundo sueño.

—Gracias, Harper.

—Anda…

—En serio —insiste—. No sé qué habría sido de mi hermano si hoy no hubieras estado aquí. Creo que irse a España le va a venir muy bien, aunque le duela estar lejos de ti. Al menos se alejará de toda esta mierda.

Trago saliva.

—No va a ir.

—¿Cómo que no va a ir?

Dar un trago largo la cerveza. Yo encojo los hombros, incapaz de confesar que soy el motivo principal por el que Seth va a dejar escapar una oportunidad así.

—Es estúpido. Estúpido de remate, pero, ¿sabes qué? No le culpo. Si yo fuera él, tampoco querría separarme de la única persona que me mantiene a flote.

—Seth no necesita que nadie lo salve, solo tiempo para digerir… Lo que ha pasado.

—Eso ha sonado muy poético. ¿Quieres algo? Voy a por otra.

—Café, bien cargado.

—Marchando.

—¿Brad? —Espero a que se gire—. No se lo cuentes a Grace. Seth quería decírselo cuando acabase la comida, pero… Ya sabes. Todo se ha torcido.

—Tranquila, no me pierdo por nada del mundo la bronca que se va a llevar cuando mi madre lo sepa.

Intenta sonar divertido, pero arrastra los pies al andar, fatigado, como si sobre sus hombros hubiese algo pesado que dificultara su movilidad. «Tristeza, Harper», me aclara la voz de mi cabeza. Cierro los ojos cuando me acomodo en la silla. El silencio es necesario en momentos como estos.

—¡Harper!

Oír a Brad gritar mi nombre poco después de entrar en la casa me pone alerta. Por su tono, sé que lo que sea que haya pasado no es bueno. Así que corro al interior, encontrando a Seth en el suelo.

—¡Madre mía!

Seth se tambalea en un intento por incorporarse. Tiene los ojos rojísimos, pero esta vez no es por las lágrimas. El olor de la hierba que ha estado fumando a escondidas se ha pegado en la ropa.

—Oye, no grites —se queja—. Estoy bien.

—Estás fumado, eso es lo que estás. ¿Se puede saber qué coño pasa contigo?

Se levanta como si la cosa no fuera con él. Tiene las ojeras tan marcadas que parece un mapache.

—Me voy a tomar unas cervezas.

Las palabras le salen atropelladas de la boca y el color amarillento de su cara me indica con claridad la ingente cantidad de maría que ha debido de fumar. Brad le habla con dureza.

—No te vas a tomar una puta mierda.

—Quita, joder. ¿A quién intentas dar lecciones de moral? ¿Has olvidado que tú también fumas esto?

Saca una bolsa transparente con un clip de cierre llena de verde. He ido a las suficientes fiestas como para saber lo que es.

—No vuelvas a consumir esta porquería, ¿me oyes?

Se lo quito.

—¡Eh! ¡Dámelo! No soy un puñetero crío.

Me persigue por toda la casa con Brad pisando sus talones, pero yo soy más rápida. Tiro todo el contenido por el váter y presiono con fuerza el botón de la cadena. Seth se lleva las manos a la cabeza y golpea la puerta del baño. Grace está tan dormida gracias a los ansiolíticos que el ruido no la despierta. O eso creo. La mujer no necesita más disgustos.

—¡No me jodas, Harper!

Mete la mano dentro de la taza, en un desesperado intento por recuperar la droga.

—¿Acaso has perdido la cabeza? —Brad tira de él—. ¡Para!

Empiezan a empujarse el uno al otro.

—Oye, chicos. —Intento poner espacio entre ellos—. Por favor.

Los empujones son cada vez más intensos y las manos empiezan a alzarse en el aire.

—Te voy a quitar la fumada de una patada en el culo.

Le advierte Brad.

Seth suelta un derechazo y su puño se hunde en el estómago de su hermano.

—Que te den, capullo.

Brad le reduce con facilidad, aunque antes le devuelve el golpe. La patada que le da en el culo hace que Seth pierda el equilibrio y su frente choca contra las baldosas de la pared.

—¡Seth!

Compruebo que no se haya abierto la cabeza cuando rodea mi cintura con uno de sus brazos.

—Harper, hueles tan bien. Tan bien…

Su hermano y yo cruzamos miradas cuando empieza a desvariar.

—Brad, ¿hay guisantes congelados?

—Creo que sí.

—Bien. Trae una bolsa para la frente de tu hermano. A menos que quieras que parezca un unicornio los próximos días.

La comisura de su labio se estira hacia arriba.

—No le vendría mal escarmentar. Empiezo a pensar que está perdiendo el sentido común.

—Cállate —gruñe Seth—, y trae los malditos guisantes. Me duele la cabeza.

Odio esta versión de él en la que las sustancias estupefacientes le hacen ser una persona diferente a la que yo he conocido.

—Cállate tú —le aviso—, o la próxima patada en el culo te la daré yo. ¿En qué pensabas? ¿Crees que porque fumes porros la realidad va a ser distinta? Te creía más inteligente.

Apoya la cabeza en la pared. Parece agotado.

—Nada de esto estaría pasando si te hubieras quedado en Leavenworth con Hero, Eli y tu madre.

Abro mucho los ojos.

—¿Cómo dices?

—Escucha —coge mi mano con torpeza—, no quiero que te enfades, pero es una putada mirarte. Cada vez que lo hago me muero de ganas por tocarte, olerte y besarte, pero mirarte también me hace profundamente infeliz.

—Estás fumado, Seth. No digas cosas de las que más tarde te vayas a arrepentir.

—No me arrepiento de haberte conocido, pero me mata mirarte. Me haces recordar cada día que mi padre abusó de tu madre. ¿Te haces una ligera idea de lo duro que es eso? Mi padre, Harper. Mi padre, el hombre que yo he admirado desde que nací, es mentira. Y tú…

—No sigas.

Mis ojos se llenan de lágrimas y levanto las manos para que no se me acerque.

—Por favor, no llores. Solo te lo digo para que entiendas por qué necesito, a veces, fumar la

mierda que has tirado por el váter.

—Eres un egoísta. —Me alejo todo lo que puedo de él—. ¿Crees que para mí es fácil? ¿De veras lo crees? Tú no eres responsable de las malas decisiones que Jackson haya tomado. Y yo tampoco, Seth. Pero si piensas eso, —Brad aparece justo detrás de mí. Con la cara empapada en lágrimas, le quito la bolsa de guisantes y se la estampo a Seth en la cabeza—, si piensas que tenerme cerca no va a ayudar a que superes todo esto, será mejor que lo nuestro acabe aquí.

—Harper…

—No. Todo esto es demasiado.

—¿Me estás dejando?

Intenta levantarse, pero se resbala.

—No creo que funcione si cada vez que me miras recuerdas lo que hizo tu padre. Lo siento, Seth. Espero que lo entiendas, pero no estoy dispuesta a aceptar que solo quieras una parte de mí, mientras la otra te atormenta.

38

Imagino que mi padre ha tenido que morderse la lengua para no decirme: «Te lo dije». Tanto él como Olivia saben que por dentro estoy destrozada, porque recordar las palabras de Seth es igual de desagradable que si alguien me golpease la cabeza con un martillo. Es como si después de todo no hubiésemos llegado a ningún sitio.

—¿Puedo pasar?

La voz de Olivia se cuela hasta el balcón.

—Sí. Claro.

Admiro las vistas de la bahía con la mirada perdida en el horizonte. Y limpio la humedad de mis mejillas antes de que me vea cuando se sienta en el asiento de madera que hizo mi padre.

—¿Cómo te encuentras?

No sé muy bien cómo responder a su pregunta, así que opto por acomodarme a su lado. Llevo mis rodillas hasta el pecho y las envuelvo con actitud protectora entre mis brazos.

—Ahora mismo tengo la sensación de que nada puede arreglar lo que sea que nos haya pasado.

—Es normal que la gente discuta a veces.

—¿Puedes no ponerte de su parte?

—No lo hago, —Acaricia mi pelo como haría mi madre—, intento que comprendas que a veces, lo que nos ocurre, nos hace hacer y decir cosas poco acertadas. Pero créeme cuando te digo que todo pasa.

—Creo que me vendrá bien empezar las prácticas cuanto antes. Puede que tener la cabeza entre papeles me ayude a no pensar demasiado.

No he oído a Olivia levantarse, pero agradezco que me abrace justo cuando siento que voy a derrumbarme. Agarrándome fuerte a los barrotes de acero que marcan los límites de la terraza, agacho la cabeza ahogando un suspiro profundo.

—Si es lo que quieres, hablaré con Robin.

—Es lo que necesito.

Besa mi frente antes de dejarme sola. Permanezco unos minutos más ahí, antes de volver a mi cuarto. Sobre la cama, tiro los diferentes lápices de dibujo y pierdo la noción del tiempo plasmando en el papel rugoso los distintos diseños de vestidos de novia que me vienen a la mente. Dibujar siempre me ayuda a desconectar. Es mi refugio. Por eso las horas pasan sin que me dé cuenta, y ya de madrugada, dejo todo colocado sobre el escritorio y me pongo un chándal antes de meterme en la cama. Me cuesta horrores dormir, porque mi cabeza no para de dar vueltas ni de recrear las acusaciones de Seth. Y justo cuando estoy a punto de conseguirlo, el teléfono vibra. Pero no me siento preparada para escuchar su voz ni para hablar con él, así que lo tiro a la otra punta del colchón. La llamada se repite hasta tres veces, lo que me hace plantearme si habrá ocurrido algo o si tan solo se ha dado cuenta de que me ha hecho daño. Cojo el teléfono cuando deja de lucir, sorprendiéndome al comprobar que las llamadas no son de Seth, sino de su madre. «¿Qué ha hecho esta vez?». Pero no tengo tiempo de formular hipótesis, porque mi padre irrumpe en mi habitación con una expresión de pena inescrutable. Me levanto de la cama, preocupada por cómo me mira.

—Hija, se trata de Seth. Acaba de llamarme su madre.

—¿Está bien?

El corazón me va muy rápido y un horrible dolor aparece en mi estómago. Cierro los ojos y rezo para que no haya pasado una desgracia, pero todo indica lo contrario. El miedo puede ser

nuestro fiel compañero o el peor de nuestros enemigos.

—No. Está de camino al hospital.

Por primera vez en mi vida, siento un miedo paralizante.

—¿Por qué?

—Su padre ha muerto. Lo ha encontrado un barquero flotando en la bahía. Parece que ha resbalado mientras andaba por las rocas. En la caída ha perdido el conocimiento por golpearse la cabeza y… Se ha ahogado.

—Eso es horrible. Pero, —Intento contener el llanto para lograr hablar—, entonces, ¿por qué está Seth de camino al hospital?

—Tuvieron que ir a identificar el cuerpo.

Esa declaración hace que los pelos se me pongan como escarpias y los recuerdos llegan a mi cabeza con claridad, recordando cómo Seth había deseado la muerte de Jackson delante de toda su familia. Pero yo sé que no hablaba él. Hablaba desde el más oscuro rencor, no desde el corazón.

—Seth no tiene la culpa. Tengo que ir con él, tengo que… Convencerle para que no haga ninguna locura.

Nerviosa, hasta el punto de olvidar por un momento que ya está en el hospital, saco unos playeros del armario y busco en el bolso las llaves de mi coche.

—Harper, —Mi padre se arrodilla en el suelo cuando tiro todo para coger las malditas llaves —, escúchame.

—Déjame.

Solo quiero salir de casa, montar al coche y buscarle.

—Escúchame —Cuando Robin me zarandea, regreso a la realidad—. Seth iba conduciendo. Ha ido demasiado rápido y ha perdido el control del vehículo. Se ha lesionado el cuello y la espalda al salirse de la carretera. Está mal.

Empiezo a llorar. La llave del Toyota se escurre entre mis dedos temblorosos y me asalta la culpa: «Si no le hubiera dejado solo», «si esta noche me hubiera quedado con él», «si sus palabras no me hubieran hecho tanto daño»… Robin envuelve sus brazos alrededor de mi cuerpo, meciéndome igual que hacía cuando era tan solo una niña. Mi corazón se parte. Ni siquiera consigo controlar los gritos de dolor que salen de mi garganta. Mucho menos las lágrimas. Olivia se asoma por la puerta, asustada por mis lamentos.

—Llevadme con él, por favor.

39

Hospital General de Tacoma

La espera resulta más complicada de lo que esperaba. Tengo la sensación de que se estira continuamente y lo único que sabemos de Seth es que sigue inconsciente. Mi padre y Olivia se han ido después de dar el pésame a Brad y a Grace, aunque para eso he tenido que repetirles una docena de veces que estaré bien. La idea de que Jackson ya no esté se me hace de lo más extraña. Apenas han pasado diez horas desde que irrumpió borracho en la comida de graduación de sus dos hijos. Horas desde que Seth le deseó la muerte. Y ahora ya no está. Ni va a estar. Su pérdida no me alivia, pero tampoco me atormenta. Ni siquiera sé cómo debo sentirme en estos momentos ni lo que debería pasar por mi cabeza.

—Te he traído uno, con leche.

Sostengo con dedos temblorosos el vaso de café que Grace me ofrece. Cuando doy un sorbo, pienso que el sabor ni siquiera es agradable, aun así, bebo.

—¿Le puedo ver?

Que tarde tanto en responder hace que salten todas mis alarmas. Me giro hacia ella con el vaso en la mano. Cuando sus ojos y los míos se cruzan, percibo que le cuesta aguantarme la mirada. Nerviosa, toca el reloj de oro rosa que todavía luce en su muñeca.

—De eso quería… hablar contigo. No pienses que para mí es fácil lo que voy a decir, —Traga saliva antes de continuar—, porque no lo es, pero creo que es lo que mi hijo necesita.

Brad mete las manos en los bolsillos, atento a nuestra conversación. Lleva el dolor de la pérdida grabado en su rostro.

—Mamá, creo que te estás equivocando.

Ella le reprende.

—Ya hemos hablado de esto.

—Con Seth, no. Mi hermano no estaría de acuerdo.

Brad se va arrastrando los pies.

—Mira, Harper, —ella pone una mano sobre mi hombro—, lo que ha pasado es una desgracia. Ninguno… Deseábamos un final así para Jackson.

—Mi familia y yo tampoco.

Grace baja la barbilla hasta casi rozar con el mentón su propio pecho. Sé que no me va a gustar lo que voy a oír por su expresión. De todos modos, mantengo la compostura y una actitud abierta cuando me habla.

—Lo sé. Y te agradezco todo lo que has hecho por nosotros, sobre todo por Seth, pero lo vuestro no puede ser.

—¿Qué?

—Brad me ha contado lo que te dijo mi hijo antes de que te fueras de casa.

—Había fumado hierba. No… No era en ese momento él.

—Sí. Sí lo era. —Sus ojos se enrojecen—. Me cuesta mucho pedirte esto, pero tienes que darle espacio. Seth tiene mucho rencor dentro, demasiado, tanto que no sabe separar lo que hizo su padre y tu vida, de la de él.

Vuelvo a subir las rodillas hasta mi pecho, sentada en el incómodo asiento. Las envuelvo con los brazos, meciéndome en un movimiento rítmico que otras veces consigue calmarme. Pero esta

vez, no. Gimo en voz baja, porque sé que, en el fondo, muy en el fondo, Grace tiene razón.

—Mira, Harper… Estoy segura de que le quieres tanto como para entender que alejarte es lo mejor para ti, y también para él. La muerte de Jackson no ha sido un accidente. Las palabras de Seth le dolieron, y he compartido mi vida con él lo suficiente como para saber por qué lo ha hecho.

Grace limpia una lágrima brillante que se desliza por su pómulo. Una prueba más del dolor que puede generar lo que hagan los demás. De lo injusto que es sufrir porque otra persona tome decisiones desacertadas en un momento de debilidad.

—Mi padre ha dicho que el señor Bennet había resbalado con las piedras de la bahía.

—El seguro de vida no ofrece cobertura si el asegurado se suicida.

Confusa, me tomo un momento para comprender lo que intenta decirme. «¿Está insinuando que se quitó la vida para asegurar el sustento de su familia?».

—Sé lo que estás pensando —murmura con acidez—, y sí, estás en lo cierto. Aunque te aseguro que habría preferido que no lo hiciera. Vivir con modestia habría sido mucho mejor que ser viuda. Yo… A pesar de todo, le quería.

—Tenía entendido que os habíais…

—¿Separado? —Ríe con lágrimas en los ojos—. Yo también lo pensaba, pero Jackson no entregó nunca los papeles. Bebe, el café frío se vuelve amargo.

Doy otro sorbo, aunque en realidad no me apetece. Escucho a Grace desahogarse mientras me cuenta que Jackson se ha quitado la vida de forma que parezca un accidente y empiezo a cuestionarme si se arrepiente o no de haberle negado una segunda oportunidad. A pesar de lo afligida que se muestra, creo que no habría sido capaz de volver con él. Ni de perdonar lo que hizo, por mucho que le quiera. Hay cosas que no podemos pasar por alto en nombre del amor.

Hablamos durante una hora y media en la que termino comprendiendo todo. Jackson tenía, como se suele decir, amigos hasta en el infierno. Con los contactos adecuados, es fácil conseguir un certificado de defunción donde todo indique que ha sido un accidente.

—¿Seth lo sabe? —pregunto.

—Es muy inteligente. Demasiado como para que se le pase por alto algo así.

—Por eso cogió el coche.

Imagino la culpa que ha debido sentir al ver el cuerpo sin vida de su padre. Pero lo que él no sabe es que el señor Bennet lo habría hecho antes o después. Perder a su familia ha sido para él más insoportable que tomar la decisión de quitarse del medio.

—Jackson se tiró de cabeza a las rocas. Tenía el cráneo abierto cuando lo sacaron del agua y una parte de la cara desfigurada.

—Grace, eso no tiene nada que ver conmigo. De verdad, creo que incluso puedo ayudarle a superarlo.

—¿Qué crees que pensará ahora Seth cuando te mire?

La pregunta escuece, sobre todo cuando mi cerebro revive en mi cabeza las palabras que su hijo me ha confesado en un momento de debilidad, antes de irme de su casa: «Me haces recordar cada día que mi padre abusó de tu madre. ¿Lo entiendes? ¿Te haces una idea de lo duro que es eso? Mi padre, Harper. Mi padre, el hombre que yo he admirado desde que nací, es mentira».

Entonces comprendo a la mujer que tengo delante, a la mujer que sufre por el dolor de sus hijos y el de la pérdida del que ha sido durante muchos años su amigo, su compañero de vida, padre y marido. Y entiendo lo que quiere decir: ahora, con la muerte de Jackson, yo soy para Seth un espejo. A partir de ahora soy un cristal en el que solo verá a su padre inerte, con el rostro desfigurado. Un tormento que le perseguirá de noche y de día, despierto e incluso cuando

duerme. Si es que duerme, porque después de esto, estoy segura de que las pesadillas serán peores. Grace, en cambio, es consciente de la realidad que poco a poco nos aleja, tan fuerte como ineludible. La idea de alejarme de él hace que un nudo se forme en mi estómago, retorciéndome las tripas.

—España le vendrá bien, Harper.

—Sí. Debería ir.

Coge mi mano.

—Si de verdad quieres a mi hijo, piensa en lo que te he dicho. El dolor es lento, pero quizá en el futuro logre superar toda la basura que Jackson ha ido tirando. Mientras tanto, lo mejor será que ni él ni tú estéis cerca, u os haréis daño.

Un hombre con uniforme se acerca a nosotras.

—¿Familiares de Seth Bennet?

—Sí. Soy su madre.

40

Ni Grace ni Brad han mencionado a Seth nada de lo ocurrido, como si nombrar a Jackson fuese algo de lo que todavía no se sintieran capaces, o como si por no decirlo en alto fuese menos real.

Estoy segura de que dejar a Seth va a ser la cosa más dura que haya hecho nunca, pero las palabras de su madre no me dejan otra opción. Es un sentimiento demasiado raro el de hacer algo que no quieres cuando sabes que debes. Cuando te toca comportarte como una adulta, enfrentándote a los problemas porque esquivarlos no es una opción. Le miro como si pudiera grabar su imagen en mi retina. Seth permanece quieto en la camilla. El collarín del cuello le impide moverse, por lo que gruñe mientras realiza una mueca al comprobar que debe continuar tumbado.

—Siento mucho lo de tu padre.

La cara que pone de aversión es hacia sí mismo.

—Yo sí que lo siento.

Despacio, me acerco hasta donde está. Voy a decirle que no es culpa suya lo que ha pasado, pero levanta con dificultad un brazo, indicando que no lo haga al mostrar la palma abierta de su mano. Aún está aturdido por los sedantes y su vista se detiene en el techo del hospital.

—Le dije cosas horribles. No sé si lo ha hecho por mi culpa o no, pero jamás voy a olvidar que lo último que le dije fue que se muriera. Y de eso sí soy responsable.

—¿Te importa si me siento aquí?

Señalo el borde de la cama cuando asiente.

—Mierda —gruñe.

La mueca que realiza al torcer los labios me indica que sus dolores son muy fuertes. Quiero tumbarme con él, abrazarle, besar cada uno de sus golpes y heridas para que el dolor sea reemplazado por el amor que siento. Quiero cerrar la puerta con cerrojo para que nadie nos interrumpa ni nos separe. Y quiero una máquina del tiempo para retroceder, pero es tan improbable de conseguir como todo lo demás.

—Si te duele mucho puedo avisar a…

—Ya me han dado fármacos como para dopar a una manada de leones. La culpa no se va a desvanecer porque me droguen.

—Oye, Seth… Siento haberte dejado solo.

—Bastante que no me metiste la bolsa de guisantes por la garganta.

Mis dedos juguetean nerviosos con la sábana blanca que sobresale de la camilla cuando la puerta se abre con sigilo. Un técnico en cuidados auxiliares entra en la habitación para proceder a hacer las curas y el silencio pesa de pronto como una losa. Inmersa en cómo hacer lo que Grace espera de mí, me sorprendo cuando la voz de Seth se cuela en mis oídos:

—¿Estás bien?

El auxiliar se ha ido. Ni siquiera me he dado cuenta de que ha salido de la habitación.

—Sí…

Al principio sueno creíble, pero la vocal pierde fuerza a medida que mis labios la estiran. Suspiro con pesadez, consciente de que lo normal sería que esa pregunta se la hiciera yo a él, no al revés.

—¿Y tú? ¿Tú lo estás?

—No. No lo estoy. Te necesito, Harper. Eres lo mejor que tengo.

Sus palabras me ponen demasiado nerviosa, así que me levanto para que la distancia entre nosotros sea mayor. Intento ganar algo de tiempo para pensar con claridad, pero es muy difícil.

Sus ojos y los míos se cruzan. Entonces, la expresión de Seth cambia. Dicen que hay personas que son como libros abiertos. No es que yo sea una muestra de ello para el mundo exterior, pero en nuestro mundo, en el de Seth y Harper, yo soy su libro. Uno que ya se sabe de memoria porque lo ha leído en innumerables ocasiones, porque ha acariciado cada una de mis páginas, hasta aquellas que estaban arrugadas o agrietadas. Aquellas hojas imperfectas en las que se detenía, apreciando cada seña que me hacía especial. Única ante unos ojos ahora inquietos.

—No me tienes, Seth. Y yo tampoco te tengo a ti.

Aparto la vista.

—Si tú me quieres siquiera la mitad de lo que yo te quiero a ti, nos tenemos el uno al otro. No en un sentido posesivo, sino contando con que el uno está tanto para el otro como el otro para el uno. Y te aseguro que yo te quiero mucho, bastante más que a mí, incluso.

Sus ojos arden. El dolor de la pérdida, el miedo, el ansia porque nos alejemos se refleja en el brillo de estos.

—Puede que los finales felices no sean para todo el mundo.

—Para nosotros, sí —contesta con determinación—. Merecemos que este mundo de mierda nos dé una oportunidad. Que todo lo que ha ocurrido sirva para algo. Harper… Merecemos que lo nuestro funcione.

Me doy la vuelta para impedir que vea las lágrimas rodando por mis mejillas, pero tira de mí, haciendo que mi cuerpo quede tendido a su lado. Gruñe un poco cuando su cuello se mueve por culpa del bote que da el colchón de la camilla, pero parece no importarle nada más que yo.

—No me dejes, por favor.

—Seth…

—Lo siento, ¿vale? —sus músculos se tensan—. Siento haber dicho que tu imagen me recuerda que mi padre no era la persona que creía que era, aunque de puertas para dentro fuese el hombre más dedicado y atento.

—Para.

—No, —Me sujeta con más decisión, acariciando con los dedos la piel de mi hombro. Sus labios están a escasos centímetros de los míos—, escúchame, ¿vale? Siento haber sido un hijo horrible con Jackson. Siento refugiarme en los porros para escapar de toda la basura que me rodea. Y siento haber sido un gilipollas contigo. Maldita sea, Harper, siento en el alma decepcionarte. Pero por favor, no me dejes.

Deseo con todo mi corazón que sigamos juntos, pero no puedo hacerle eso. Y a mí tampoco.

—Nos estaríamos condenando el uno al otro.

Seth golpea la mesilla del hospital con la mano que tiene vendada. El impacto de su muñeca contra el mueble hace que me contraiga.

—¡Joder! —Grita—. Dime qué puedo hacer. ¿Qué necesitas que haga para que no te vayas?

—No lo sé.

Mi corazón se encoge.

—Sí lo sabes. Haré lo que me pidas.

—Tiempo.

Aparta la mano de la mía.

—¿Tiempo? ¿Cuánto tiempo?

—No lo sé, pero deberías aprovechar la oportunidad que te han dado en España.

—¿Por qué? ¿Porque es lo que se espera de mí?

—Porque es tu sueño.

Niega con la cabeza.

—No lo es, y lo sabes. Aun así, si para estar contigo tengo que irme a la otra punta del mundo, lo haré. Pero tú tendrás que venir conmigo, porque yo ya no puedo vivir sin ti.

41

Cuando despierto, la luz del sol se cuela por la ventana. Ni siquiera recuerdo haberme dormido a su lado, acurrucada en un extremo de la camilla. Y es que sabes que no estás haciendo las cosas bien cuando en tu cabeza se repite como un mantra la idea de que los acontecimientos a los que hemos llegado no son los esperados.

—¿Hasta cuándo vas a estar mirándome así?

La pregunta sale con suavidad de mis labios. Seth se limita a observarme. En su rostro percibo la calma que le proporciona mi presencia. Pero, ¿qué conseguiremos como pareja si uno de los dos se estanca en un ritmo diferente al que le pertenece? ¿Qué ocurrirá si me dejo llevar por lo que siento en vez de admitir que el tiempo nos demostrará lo equivocados que estamos? Porque lo hará, más pronto que tarde, cuando el rencor por no sentirse realizado no le deje verme como soy. Lo hará cuando sea consciente de que ha paralizado su vida por la mía. Cuando me mire y no pueda evitar recordar las decisiones desacertadas de su padre. Entonces, dejaremos de ser Harper y Seth, dejaremos de mirarnos con respeto y dejaremos de caminar de la mano.

—¿Por qué tendría que dejar de hacerlo? Eres preciosa.

Mi cuerpo entero tiembla cuando voy a por un vaso de agua. Inquieta, bebo con la intención de que el refrescante líquido me aclare las ideas. Después hago lo que tendría que haber hecho ayer.

—Seth, yo voy a quedarme aquí, en North End.

Su rostro cambia.

—Entonces, yo también.

—Por edad deberías ser el más maduro de los dos.

—Si la madurez es alejarme de ti, no la quiero.

Contengo el aliento cuando coge mi mano. Tira de mí, y hunde su lengua despacio cuando nuestros labios chocan. Sus dedos acarician mi barbilla. Por un momento, creo que voy a ceder de nuevo al deseo. Al amor. A los sentimientos. Por un segundo olvido qué está mal y qué está bien, para saborear el que sé que es nuestro último beso.

—Si algún día logras perdonarme —titubeo—, perdonarte a ti y verme tan solo como Harper, te esperaré. Te juro que lo haré.

Se nota que hace un gran esfuerzo por mantener la calma.

—¿Por qué te empeñas en que esto no funcione?

—Por nosotros. Merecemos ser felices, pero no así. No con todo lo que ha pasado.

—¿Es por ti, pero también por mí? Mira, sé que he sido infinitamente gilipollas, pero no creo que eso y no querer ir a España sea todo.

No. No lo es. Pero no seré yo quien le diga que nuestra historia no funcionará si nos aferramos a una tela enclenque que apenas se sostiene. Porque el día menos esperado hará «clac», se rasgará y nunca volverá a ser la misma. La incredulidad que reflejan sus ojos escuece, sobre todo cuando mi cerebro revive una vez más lo que me dijo en el baño y el maldito nudo regresa a mi estómago, retorciéndome los intestinos cuando la voz de la señora Bennet bulle en mi cabeza: «Si de verdad quieres a mi hijo, piensa en lo que te he dicho. El dolor es lento, Harper. Quizá en el futuro logre superar toda la basura que Jackson ha ido tirando, pero, mientras tanto, lo mejor será que ni él ni tú estéis cerca». Me siento incapaz de hablar, así que el silencio de la habitación invade todo el espacio. No me gusta la sensación que tengo de amargor ni que las lágrimas escuezan tanto. Antes de pensar siquiera lo que estoy haciendo, entrelazo mis dedos con los suyos, acariciando más despacio que nunca la suavidad de su palma, la forma arqueada

de sus falanges y la curva que se forma en la unión del nudillo. Es un momento íntimo y doloroso, muy difícil, en el que deseo con todas mis fuerzas que el tiempo se estire un poco más.

Mucha gente piensa que el amor nos hace débiles, pero no es cierto. Amar nos hace fuertes. Nos abruma de esperanza, de alegría y de energía. Y aunque a veces sea insoportablemente doloroso, vivirlo es tan inimaginable que cada segundo merece la pena.

Me rindo, dejando que las lágrimas se deslicen por mis mejillas mientras acerco mis labios al dorso de su mano. Luego inspiro en profundidad, memorizando la fragancia de la piel de Seth.

—Pídeme lo que sea, Harper, pero no te vayas.

—Necesito que el tiempo nos permita ser algún día nosotros; los que éramos antes de que todo a nuestro alrededor se derrumbara. Te deseo lo mejor, Seth. De corazón.

Salgo de la habitación con la sensación de que el mundo entero cae sobre mis hombros.

42

Semanas más tarde

Jamás me han escocido tanto los ojos ni dolido así el corazón. Al parecer, Grace ha llamado a casa en varias ocasiones, preocupada más por mí que por su propia situación, pero no he encontrado las fuerzas necesarias para ponerme al otro lado del teléfono. Ni tampoco para enfrentarme a mi decisión.

—¿Cómo estás?

—Tirando, supongo.

El señor Johnson lleva un peto vaquero de trabajo con bolsos a los lados de los muslos. Los murmullos que corren por North End sobre su relación con Lilly no han cesado, pero van perdiendo fuerza con el paso de los días. Tuvieron una historia, sí, pero no funcionó. Fin.

Me incorporo sobre la silla de madera, echando a un lado la máquina de coser que he comprado con mi primer sueldo de becaria en la oficina de mi padre.

—Poco a poco, Harper. Al principio es complicado, pero todo pasa.

Sé que habla desde su propia experiencia.

—¿Qué haces aquí?

—Voy a, —Baja la vista hasta los tirantes de su peto—, no sé. Supongo que voy a ayudar a tu padre, pero no tengo ni idea de lo que pretende hacer esta vez.

—Ánimo.

Mi palabra no tiene mucha fuerza, pero es lo máximo que mi estado anímico me permite expresar en este momento. Cuando se va, vuelvo a colocar mis dedos sobre la tela. Durante los siguientes minutos logro evadir mis pensamientos para olvidar por un rato el dolor. Pero pronto vuelve, recordándome que quizá no haya tomado la decisión más correcta, pero sí la más acertada. Antes de darme cuenta, tengo en el móvil una página abierta sobre el grado de diseño y confección. Mientras miro la solicitud, Robin camina con la ayuda de Colin, sosteniendo una enorme viga de madera.

—¡Papá!

Se detienen a la par.

—Hija. ¿Ocurre algo?

Su pregunta no me sorprende. Robin es consciente de todo lo que estoy sufriendo y está preocupado por mi salud. Mentalmente, me encuentro como si hubiese caído sobre mi cerebro el peso de una estantería a rebosar de rollos de telas. Cruza una rápida mirada con Colin antes de dejar la madera en el suelo.

—¿Puedo hablar contigo? Será un momento.

—Por supuesto.

Se sienta en la silla que hay a mi lado. Bebo un gran trago del café con leche que Olivia trae al jardín, como si eso me fuese a proporcionar la confianza que necesito.

—¿Todo bien? —pregunta angustiada.

Les pido que se sienten cuando muestro la solicitud de acceso al grado de diseño y confección.

—Necesito esto, papá. Necesito algo que me haga feliz. Algo que me haga creer en mí.

Mi padre lleva sus dedos a la barbilla.

—¿Estás segura?

—Sí. Saber de números está bien, pero no es lo que quiero. O sea, sí, pero… Me gusta esto. Y me gustaría hacerlo después del grado de finanzas y contabilidad.

Ya está. Ya lo he dicho.

Los tres me miran sin decir nada, hasta que Olivia apoya una mano sobre mi hombro.

—Te apoyaremos en lo que necesites, Harper.

43

Leavenworth - Años después

No voy a negar que el segundo año de carrera resultó duro. Cogí más asignaturas de las que mi cerebro podía procesar. El gran vacío que había en mi corazón me impedía concentrarme, disfrutar de las cosas cotidianas, incluso socializar se me hacía como subir una montaña interminable de telas resbaladizas que acababan por aplastarme. Dudé de mí misma tantas veces como minutos tiene el día, pero al final lo logré: conseguí sacar finanzas y contabilidad. Y conseguí, en mi primera matrícula, entrar en diseño y confección.

—Es diminuto —murmura mi madre.

—Suficiente para mí.

Admiro la luz que entra por la ventana del salón. Es cierto que el espacio no es muy amplio, pero los techos son tan altos que compensan todo lo demás.

—No tienes por qué vivir de alquiler. Puedes quedarte conmigo el tiempo que quieras.

—Mamá… ¿Cuántos años hace que volví a Leavenworth?

Duda antes de responder.

—¿Dos? ¿Tres?

—Más de tres.

Anne parece confundida. Como si fuese un disparate que yo, a mis recién cumplidos treinta años, piense en irme a vivir sola.

—Suficiente.

Uso el mismo término que hace un momento y me giro hacia el propietario de la casa.

—¿El alquiler es con opción a compra?

—Sí.

—Bueno saberlo.

Firmo el contrato con una amplia sonrisa. Cuando el hombre se marcha, abro cada una de las ventanas. El aire entra renovado y mis pulmones se ensanchan al respirarlo.

—¿Me ayudas? Tengo en el coche mis cosas.

*

Pasamos las siguientes horas limpiando, ordenando, añadiendo a la decoración algunas cosas personales: la foto del día de mi graduación en diseño y confección, la primera máquina de coser que compré con el sueldo de becaria, los cuadernos de dibujo en los que pasaba horas inmersa entre sus páginas, la lámpara de mi viaje de fin de carrera en Milán y también la fotografía que me regaló Sophie en mi decimoctavo cumpleaños.

—¿Dónde dejo esta ropa de deporte?

Anne sostiene entre sus brazos una pila de sudaderas y mallas que acaba de doblar.

—Aquí.

Señalo las baldas del vestidor. Cuando pasa por delante, mis ojos se detienen en una de las prendas que lleva y, entonces, el día que le conocí se cuela con una claridad aplastante en mi cabeza. Veo a Bethany y Emily subiendo al autobús con Seth a mi espalda. Una risa nerviosa se me escapa al recordar que le reconocí porque su nariz es un poco más estrecha que la de Brad. Y una lágrima se cuela por la curva de mi mejilla al pensar que, una de las prendas que acaba de dejar mi madre en la balda, es la que me dejó ese día. «Ese día y muchos más», recuerdo.

—Abro yo la *boutique*, ¿quieres?

—Gracias.

Me quedo ahí, parada.

—Harper, ¿te encuentras bien?

—Sí. Estoy… Bien. He quedado en dos horas con Sophie para hacer los últimos arreglos de su vestido.

—Genial, cariño. Hasta entonces, disfruta de tu nueva casa.

Besa mi cabeza antes de dirigirse a la salida. Cuando me quedo sola, cojo la prenda con delicadeza. Recorro cada costura, cada detalle y hasta las etiquetas. Quizá algún día deje de castigarme por la decisión que tomé hace tanto tiempo. Y quizá, solo quizá, ese día sea hoy. Con el mismo cariño con el que he extendido la prenda, doblo las mangas y los extremos antes de guardarla con las demás, justo antes de ponerme a llorar, pero esta vez de felicidad. Porque yo ya no soy la Harper adolescente que soñaba con cumplir sueños. Ni siquiera recuerdo cuándo paré de perseguirlos para empezar a tocarlos con los dedos. Porque eso es lo que hago desde que mi madre y yo convertimos *Moore Decorations* en *Moore Wedding Dress*. La gran tienda de vestidos de novia de Leavenworth, con mi pequeño taller de confección y flores, muchas flores. Tantas como hace años había soñado.

Mi móvil vibra al recibir un mensaje de Olivia. Ella y Robin se han escapado el resto de la semana a una maravillosa casa frente al lago, en Forks. En la foto que recibo se les ve felices. Y me alegro por ellos, pero sobre todo por mi hermanito, el pequeño Andrew Stone, que ya ha cumplido siete años. Porque si algo me ha enseñado el tiempo, es que ser feliz es lo único que importa.

Miro la foto una vez más. Andrew parece estar creciendo a un ritmo vertiginoso y tecleo unas palabras con la emoción que me invade cada vez que pienso en mi padre, en Olivia y en mi hermano: «Disfrutad mucho, los tres. Os quiero».

Consciente de que la Tierra no deja de girar, acaricio la tela de la sudadera de Seth y me levanto dispuesta a afrontar con entusiasmo otro día más.

44

Enlace de Sophie y Keanu - Tacoma

En el banquete, los recién casados se levantan cuando las luces se vuelven tenues. A través de los altavoces, suenan las teclas de un piano mezcladas con las cuerdas de violín. Sophie y Keanu bailan mientras los invitados sostenemos bengalas prendidas en alto y los destellos se reflejan como sombras sobre el techo de lona de la carpa. La ceremonia ha sido muy emotiva. No sabría decir por qué siempre supe que lo que había entre ellos funcionaría, pero lo sabía.

Bethany sonríe mostrando sus perfectos y blancos dientes.

—No pueden hacer mejor pareja.

—Ni vosotras —digo.

Emily y ella se cogen de la mano. Cuando se miran, sonríen con picardía.

—¿Te acuerdas de la cara que pusiste cuando te lo contamos?

Es inevitable reprimir la carcajada que amenaza por escapar de mi garganta ante la pregunta de Bethany. Sobre todo, porque no me lo contaron.

—Os pillé basándoos en el baño de la bolera. Jamás lo habría imaginado.

—Nosotras tampoco —admite Emily con naturalidad—, y míranos… Cinco años juntas ya.

Se besan como si ni yo ni el resto del mundo estuviéramos presentes. Y siento una pizca de envidia. Hace mucho que no noto que lo demás desaparezca a mi alrededor.

—Será mejor que vaya a por algo de beber.

—Aquí te esperamos.

Voy a la barra libre. Mientras espero que alguna de las camareras me atienda, pienso en la fuerza del tiempo y en su capacidad para cambiarlo todo. Veo a Sophie y a Keanu, acercándose llenos de felicidad y amor por cada una de las mesas, saludando y agradeciendo a los invitados por acompañarlos en un día tan especial para ellos. Luego miro a Bethany y Emily, que se admiran y respetan desde la más absoluta franqueza. También pienso en mi madre, dedicada y entregada a nuestro negocio, por el que se deja la piel dando lo mejor de ella. ¿Y qué hay de Robin y Olivia? Han creado juntos una nueva vida, una vida con manitas diminutas y ojos miel, pelo castaño y unas pestañas adorables y espesas.

—Harper.

Un cosquilleo me atraviesa. Esa voz… Ese aroma… Mi piel se eriza. Mi corazón se acelera. Mi cuerpo se queda rígido por un momento y tardo varios segundos en reaccionar, en girarme hacia él. Apenas tres o cuatro, pero me resultan excesivamente largos. Me he preguntado muchas veces si algún día volveríamos a vernos, cómo sería su vida sin mí, si fue o no a España y, por encima de todo, me he cuestionado a menudo si él era esa persona. Porque de serlo, me arrepentiría como he estado haciendo de haberlo dejado ir. Intento calcular los años que han pasado desde la última vez que nos vimos en el hospital y me faltan dedos en las manos para contar cada uno de ellos. De todas formas, tenerlo delante me impide pensar con claridad. Solo puedo mirarle mientras mi mente y yo debatimos si esto es o no real.

—¿Seth?

Temblorosa, extiendo mis dedos hasta su mentón. Acaricio con suavidad su rostro, a pesar de que las manos me tiemblan. En realidad, todo mi cuerpo lo hace. «¿Qué pretendes? Para, Harper. Para», me repito. Algo se remueve en mí cuando retiro el brazo, alejándome unos pasos hacia

atrás.

—Perdona, no esperaba…

—¿Verme aquí?

—Sí, eso.

Me mantengo en pie con torpeza. Unas manos se posan sobre mis hombros, pero no son las suyas, sino las de Sophie, que viene acompañada por Keanu, su flamante marido. Es la novia más radiante de todo Washington, y no pueden hacer mejor pareja. Noto que se emocionan cuando ven a Seth. Keanu le abraza.

—Pensábamos que no vendrías.

—¿Y perderme la boda del año? Ni loco. Enhorabuena, os deseo lo mejor.

—¿Brad está aquí?

—Está dejando las chaquetas en el guardarropa. Acabamos de llegar.

—Es todo un detalle que hayáis venido.

Durante unos minutos, Keanu, Sophie y Seth hablan. Llevan mucho tiempo sin verse, pero sé que alguna vez han quedado fuera de Tacoma. Con ellos sí ha mantenido algo de contacto. También con Bethany y Emily. Al principio me dolía que ellos estuvieran más cerca de él que yo, pero con los años aprendí a gestionar el vacío de su ausencia. Un hueco desierto que yo misma había decidido tejer por su bien y por el mío. Pero sobre todo por él.

Sophie gira sobre sí misma, luciendo el vestido de novia que tanto tiempo, trabajo y dedicación me ha costado.

—¿Qué te parece? Lo ha hecho Harper.

La rigidez de los hombros de Seth disminuye un poco cuando su atención se desvía hasta la prenda. Se acerca más a ella y extiende los dedos con delicadeza sobre los bordados a mano y las pequeñas piedras brillantes.

—Lo conseguiste.

No es una pregunta. Su tono refleja admiración y no puedo ignorar el efecto que sus palabras ocasionan en mí.

—Es la mejor. —Keanu besa mi mejilla—. Desde que abrió *Moore Wedding Dress*, en la antigua tienda de Anne, no ha parado de recibir encargos.

—¿Y el taller? —pregunta, realmente interesado.

—Es pequeño, pero por ahora nos hace el apaño.

Sophie le zarandea con entusiasmo.

—Deberías verlo, toda la tienda está decorada con flores.

—¿Flores?

Su sonrisa se ensancha.

—Sí. Hay… Muchas flores.

—Vivías con la nariz metida en ese *bloc* de dibujo. Me alegra mucho que lo hayas conseguido.

Le brillan los ojos y a mí me viene a la cabeza su imagen, años atrás, pasando los dedos por las hojas rugosas de mis cuadernos, observando cada uno de los vestidos que había plasmado en simples bocetos.

—En realidad, la confianza que depositaste en mí fue lo que hizo que lo intentara. Eras el único que lo sabía. Solo tú apreciabas todo lo que volcaba de mí en cada diseño.

La camarera se acerca. Sophie y Keanu se despiden de nosotros para estar con el resto de los invitados.

—¿Quieres algo? —pregunto.

«Genial. También me tiembla la voz».

Seth no para de mirarme y yo no puedo quitar mis ojos de él.

—Sí —acepta, aunque no parece muy seguro—. Agua, por favor.

Alzo una ceja.

—¿Agua?

—A la vuelta tengo que conducir.

Por un momento, había olvidado que la familia Bennet ya no vive en Tacoma.

—Claro. Una de agua y… Vino. El que sea.

Nos alejamos de la multitud sin darnos cuenta. En una pequeña mesa dejamos las bebidas y tomamos asiento en los pequeños sillones de dos plazas que hay repartidos por el jardín. Después de tantos años sin vernos, no sé qué decir. Y tampoco soy capaz de calcular el tiempo que permanecemos en silencio, tan solo mirándonos. Pero de repente, Seth se acerca y acaricia mi cabello.

—El pelo corto te queda bien.

Llevo los dedos hasta mi nuca. Me lo corté antes de abrir la tienda de vestidos de novia porque aún, años después de nuestra ruptura, mi mente y mi cuerpo seguían necesitando con desesperación un cambio. Algo que cortase de raíz cualquier conexión con la Harper que fui en el pasado.

—Gracias, supongo.

Lo miro.

—¿Qué? —pregunta.

—Tú… Estás más mayor.

—¿Es un cumplido o me estás llamando viejo?

Vuelve a moverse, acercándose todavía más. Avergonzada, muevo las piernas desde el asiento.

—No, no, no. Quería decir que… Bueno. Ya sabes. Ya no eres un veinteañero, te has convertido en todo un hombre.

Parece disfrutar con la conversación. Lo que no sabe es que su olor es exactamente igual que cuando éramos dos adolescentes. Sí. Ya tiene dos o tres pelos blancos entre los mechones que caen por su frente, muchos puntitos de una barba rasurada alrededor de la mandíbula que antes no estaban ahí y pequeñas arrugas en el borde externo de los ojos. Pero son detalles que no le hacen ni de lejos menos atractivo, sino todo lo contrario. Él ya no es el Seth que conocí. Y yo no soy Harper; al menos, no la que él recuerda. Pero la química que había entre nosotros parece que continúa intacta. Flota entre los dos sin vergüenza, trayendo recuerdos que en realidad ninguno ha olvidado en más de una década.

Doy un trago a la copa.

—¿Fuiste a España?

—Sí, pero no era lo mío. Regresé a las pocas semanas con mi familia, y nos mudamos a Spokane. Soy director de Recursos Humanos en una plataforma de ventas, pero… ¿Sabes una cosa? Ir allí fue lo que me salvó. Tenía mucho rencor dentro y ni siquiera lo sabía, pero tú, sí, Harper. Tú te diste cuenta.

—Seth…

Levanto la vista para mirarlo.

Es mucho más apuesto de lo que recordaba.

—No, espera —ruega, cogiendo mi mano—. Quiero darte las gracias. Estabas en lo cierto cuando dijiste que merecíamos ser felices, pero no con todo lo que nos rodeaba. Necesito que

sepas, que yo ya no veo a nadie cuando te miro. —Una punzada me atraviesa el corazón—. A nadie más que a ti.

Sé lo que sus palabras significan. Claro que lo sé. «Siempre acabas llorando», reprendo mentalmente a la Harper treintañera que se derrite ante un Seth cambiado años después, pero que a mis ojos continúa siendo el mismo. Pasa el dedo por mi mejilla para limpiar la lágrima que escapa por el surco del pómulo. En este momento único en el que el mundo parece que después de una eternidad se detiene, aparece una verdad que no puedo obviar: si le dejo marchar, me arrepentiré toda la vida.

—¿Estás… Conociendo a alguien?

Sorbo por la nariz antes de contestar, tomándome la licencia de apoyarme en su pecho. Acaricio su mentón con suavidad mientras reprimo la fuerte tentación de hundir mi nariz en su piel.

—Lo he hecho. En estos años han pasado diferentes hombres por mi vida, pero ninguno ha sido tan importante como tú. Yo… Nunca te he olvidado.

Seth toma aire antes de hablar, y juraría que noto cómo sus pulmones se ensanchan al hacerlo.

—Harper… Yo tampoco te he olvidado.

Tiemblo.

—¿Y qué significa eso? ¿Acaso estamos destinados a sufrir?

Pasea los dedos por mi frente y coloca un mechón que danza libre detrás de mi oreja.

—No, claro que no. Me enamoré de ti cuando tan solo era un chaval, y tú una niña que ni siquiera confiaba en sí misma. Ahora es diferente. Somos Harper y Seth, los de verdad. Somos nosotros, sin trampas ni mochilas de otros a las espaldas. Somos los mismos jóvenes que hace más de diez años soñaban alto, con la diferencia de que ya no recreamos ilusiones ajenas. Ahora tocamos las nuestras con los dedos de las manos. —Hace una pausa para coger aire por la nariz, y juraría que ha aprovechado para oler, sin prisa, el aroma de mi cabello—. ¿Sabes? Al principio pensé que no sería buena idea venir a la boda. Me martirizaba pensar que cabía la posibilidad de encontrarte con otro. Que alguien hubiese logrado llegar a tu corazón me mataba por dentro. Pero luego, valorando con madurez la situación, tuve que recordarme que ese miedo era irracional. Porque en el fondo, Harper, nadie puede querer de la misma forma. Y lo sé porque yo no he logrado querer a nadie tanto como te quiero a ti. Ni siquiera a mí mismo.

—Seth…

Trago saliva. Yo sí que estoy muerta de miedo, pero también de ganas de decirle que ahora mismo hay un remolino de emociones dentro de mí. Acaricia mi mejilla antes de hablar.

—Si tú quieres, podemos intentarlo.

—Y si… ¿Y si no funciona? Ha pasado mucho tiempo.

—Los «Y si» no son para nosotros. No después de todo. El día que te conocí supe nada más entrar en la cafetería del campus que acababa de cruzarme con el amor de mi vida. Aunque fuese demasiado idiota por aquel entonces como para apreciar todo lo que significaba eso. He necesitado que el paso del tiempo me aplastara como una losa para darme cuenta de que olvidarte no era una opción. Ni lo será nunca.

Alza mi barbilla con los dedos. A una velocidad de vértigo, se inclina hacia mi boca y me besa. Sus labios impactan sobre los míos con una calidez que me embriaga hasta el punto de hacerme cerrar los ojos. Rodea mi cintura con los brazos, decidido a no soltarme y sus pupilas se dilatan cuando se separa.

—Esta vez va a salir bien.

Roza mi mejilla con la punta de su nariz.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque este tipo de amor solo puede tener un final feliz. Tú y yo merecemos serlo.

—¿Sabes una cosa? —Ignoro los nervios y el cosquilleo en el estómago—. Por una vez estoy de acuerdo en todo lo que has dicho. Los «Y si» no son para nosotros. Ya no.

Los ojos de Seth se vuelven brillantes debido a la emoción. Tengo muy claro lo que quiero y él también. Me acerco a su boca, despacio. Estoy más segura que nunca de lo que tengo que hacer. Que hayamos cometido errores no nos condena, tan solo nos enseña que la vida es un aprendizaje constante en el que a veces pierdes el hilo, pero no pasa nada. Si tu destino es ese, un día, el que menos lo esperes, encontrarás la base que supone el principio de un amor de verdad; de un amor como el nuestro: genuino. El cielo se llena de fuegos artificiales justo en el momento en que me estiro hasta él, para hundir mi boca en la suya. Sus músculos se tensan al instante de notar mis labios y profundiza en el beso como si llevase una eternidad deseando este momento. Y es que eso es lo que ocurre; que los dos hemos estado demasiado tiempo echándonos de menos.

Me pierdo en él, con la convicción de que esta vez sí va a funcionar. Porque algo así solo puede salir bien.

A pesar del tiempo que ha pasado, puedo ver en sus ojos que el amor se mantiene intacto. Que somos los mismos jóvenes enamorados que desde la inexperiencia se equivocaron. Esos chicos alocados que soñaban con superar todo juntos. Tan reales, que no se asustaban ante el resto del mundo. Porque desde el día que le conocí, mi corazón es suyo.

—Pase lo que pase… No me sueltes, Harper.

—No lo haré. Llevo más de una década esperándote.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Cuando empecé a escribir esta novela, sentí que la idea podría encajar en algunas editoriales a las que sigo desde hace bastante tiempo. El mundo literario hoy en día es complicado, pero eso ya lo sabía cuando me metí en este proyecto. Siempre intento mantener los pies en la tierra cuando envío propuestas a editores, sobre todo cuando no salen como espero. Por eso agradezco de corazón a mis lectoras y lectores que confíen en mí cada año. Aunque publicar en una editorial tradicional sigue siendo una de mis metas, tengo la suficiente madurez como para saber que conseguir una buena oferta es complicado. De hecho, me parece muy difícil. Pero ojalá un día pueda decir que lo he conseguido.

Gracias por disfrutar con Harper y Seth, por abrazarlos y formar parte de ellos. La vida, como suelo decir, es impredecible. Puede que por eso me guste tanto escribir sobre el amor… Porque siempre logra sorprenderme.